



On baile
en
Nairobi

de Nicholas Drayson

Lectulandia

Una tierna y original historia de amor y rivalidad donde la fantástica naturaleza de Kenia desempeña un papel fundamental.

El atildado señor Malik tiene un secreto que ni siquiera sus amigos más cercanos conocen: lleva años enamorado de Rose Mbikwa, compañera en la Sociedad Ornitológica, a la que dedica todos sus ratos libres.

Cuando por fin reúne el valor para invitarle al baile anual de su club, reaparece en su vida un antiguo conocido: el fanfarrón *playboy* Harry Khan, quien, evidentemente, también se siente atraído por Rose.

Los dos caballeros deciden jugarse a la dama en un singular reto: la llevará al baile aquel que sea capaz de avistar más especies de pájaros en una semana. Y, como en el amor y en la guerra todo vale, Malik y Khan se embarcan en una guerra sin cuartel plagada de trucos y trampas.

Lectulandia

Nicholas Drayson

Un baile en Nairobi

ePub r1.0

Titivillus 09.07.2017

Título original: *A Guide to the Birds of East Africa*

Nicholas Drayson, 2008

Traducción: Catalina Muñoz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Bernadette



1

— **S** í —dijo Rose Mbikwa, al ver el gran pájaro negro de elegante cola que planeaba sobre el aparcamiento del Museo de Nairobi—, es un milano negro. Que, por cierto, no es negro sino marrón.

El señor Malik sonrió. ¿Cuántas veces había oído esas mismas palabras en boca de Rose Mbikwa? Casi tantas como había acudido al paseo ornitológico de los martes.

Uno nunca sabe cuántas especies de aves podrá ver en los paseos de los martes de la Sociedad Ornitológica de África Oriental, pero lo que es seguro es que el milano no falla. Estos expertos carroñeros se alimentan de la basura de la sociedad humana en Nairobi y en sus alrededores. De sus primeras competiciones deportivas escolares (¿cuánto hace ya de eso?, ¿será posible que hayan pasado cincuenta años?) el señor Malik apenas recordaba los saltos, los lanzamientos de jabalina o las carreras de sacos de los padres, pero jamás olvidaría al milano que surgió de la nada y descendió en picado para arrancarle de la mano un muslo de pollo con salsa picante. Aún recordaba el roce de las plumas en la mejilla y el breve instante en que las garras del pájaro se cerraron en torno a su presa, al tiempo que miraba fijamente a Malik con sus ojos amarillos. Claro que decir que no guardaba recuerdos del lanzamiento de jabalina no es del todo exacto. Pocos olvidarían el incidente ocurrido con la perrita corgi de la mujer del gobernador general.

Se habían reunido bastantes personas. Sentado en la tapia del museo, un grupo de jóvenes ornitólogos (JO), en su mayoría aspirantes a guías turísticos, charlaba con aire jactancioso. Allí estaban también los veteranos. Joan Baker y Hilary Fotherington-Thomas conversaban, apoyadas en un coche, con dos hombres de cara colorada, uno de ellos con barba, a quienes por los abultados bolsillos de sus pantalones caqui se identificaba de inmediato como turistas y por su acento como australianos. A un lado, ligeramente escondidos, se encontraban Patsy King y Jonathan Evans. Hacía ya dos años que vivían su romance las mañanas de los martes, y aunque Malik nunca había tenido un romance, suponía que para alcanzar una

satisfacción plena en estos menesteres era imprescindible cierta dosis de furtivismo. Formaban una pareja inverosímil. Imaginen una jirafa que se alza como una torre en la inmensidad de la sabana. Y a continuación imaginen un jabalí verrugoso. No obstante, Malik estaba acostumbrado a ver a la desgarbada Patsy King paseando por una carretera o una pista de tierra, con unos prismáticos de 10 x 50 en una mano grande, y a Jonathan Evans trotando a su lado. Para Malik eran como de su familia, y ya no se fijaba en ellos.

Reservado y solo, como de costumbre, estaba Thomas Nyambe. De pie y de espaldas a la multitud, contemplaba el cielo, extasiado. Nyambe era un enamorado de las aves y llevaba todavía más tiempo que Malik asistiendo a los paseos ornitológicos. El martes libraba en su trabajo de chófer del gobierno. Un chófer en Kenia rara vez gana lo suficiente para tener coche propio, de ahí que, como de costumbre, Nyambe fuera andando hasta el museo, desde su casa en Factory Road, justo detrás de la estación del ferrocarril. Y, como de costumbre, Malik se ofreció a llevarlo en su coche adonde fueran ese día.

Un golpe, un traqueteo y una sonora maldición a través de una ventanilla bajada anunció la llegada de Tom Turnbull, que pasaba el badén en su Morris Minor amarillo. El badén lleva allí más de un año, pero a Turnbull lo pillaba siempre por sorpresa. Abrió la puerta del coche y salió dando un portazo. Soltó un taco, abrió la puerta y volvió a cerrarla violentamente. Daban las nueve en el lejano reloj del ayuntamiento.

—Buenos días y bienvenidos —dijo Rose.

Cesaron todas las conversaciones y se volvieron todas las cabezas.

—Veo algunas caras nuevas y muchas conocidas. Os doy la bienvenida a todos al paseo ornitológico de los martes. Mi nombre es Rose Mbikwa.

El señor Malik ya conocía para entonces la transformación de la voz normal de Rose, una voz de contralto, en su voz pública, sonora y clara. La mujer recorrió el grupo con la mirada, sonriendo aquí y asintiendo allá, y deliberó una vez más con la joven que poco antes había señalado a los abejarucos.

—Y para aquellos que no la conozcáis, os presento a Jennifer Halutu. Os recuerdo que la semana que viene estaré fuera, y Jennifer dirigirá el paseo. La semana pasada intentamos llegar al MEATI, pero no contábamos con coches suficientes. ¿Los tenemos hoy? —Echó una ojeada al aparcamiento—. Creo que sí. ¿Quién puede llevar a otros?

Se levantaron varias manos y se hicieron los debidos cálculos.

—Muy bien. Al MEATI entonces. ¿Sabéis llegar?

Fueron Joan Baker y Hilary Fotherington-Thomas las encargadas de explicar a los perplejos novatos que el MEATI (Moderno Albergue Turístico de África Oriental) era un restaurante popular situado en las afueras, al sur de Nairobi.

Thomas Nyambe ya se había instalado en el asiento del copiloto del viejo Mercedes 450 SEL de Malik. Los asientos traseros seguían vacíos. Malik pensó que

tal vez los turistas australianos quisieran ir con ellos. Estaba a punto de ofrecérselo cuando otro Mercedes, un flamante SL 350 de color rojo, rebotó en el badén y entró en el aparcamiento. Una ventanilla tintada descendió despacio, y un rostro oculto bajo unas gafas de sol asomó por encima de un brazo con pulseras de oro.

—Hola, Rose. ¿Llego a tiempo? —El hombre salió del automóvil de un salto—. Hola, David. Hola, George. Vuestro coche os espera.

Los turistas, que según conjeturó Malik se llamaban David y George, se acercaron al Mercedes rojo, donde fueron saludados con apretones de manos, sonrisas y zarzándeos de hombros.

—Estos hombres se alojan también en el Hilton, Rose. Les dije que se apuntaran. ¿No te importa?

En cuanto los tres hubieron recibido la aprobación de Rose y pagado su cuota, los australianos ocuparon los asientos traseros, mientras el conductor volvía a ponerse al volante de un salto, arrancaba el motor y salía a la calle, gritando por la ventanilla justo antes de que se cerrara.

—Nos vemos allí.

¿Quién narices era ése? Moreno, pelo blanco, ropa cara y ligero acento americano, pero con un aspecto familiar. Malik no tuvo tiempo de sopesar la pregunta, ni de adivinar de qué conocía a Rose Mbikwa, porque una pandilla de africanos jóvenes se amontonó en el asiento trasero de su viejo Mercedes. El resto de jóvenes ornitólogos se dispersó para apretujarse en el 504 de Rose, el Morris Minor de Tom y la variedad de Land Rovers, Toyotas y otros vehículos de los veteranos. Se encendieron los motores y se soltaron los frenos de mano. Al pasar despacio por el badén y adentrarse con su apretado pasaje en el tráfico de la mañana, Malik parecía preocupado.

Ese hombre. No podía ser. No después de tanto tiempo.



2

Antes de conocer al extranjero misterioso debo contarles un poco más acerca de Malik y Rose.

Todos los martes, desde hacía diecisiete años, lloviera o luciera el sol, Rose Mbikwa salía del museo a las ocho y media de la mañana en su Peugeot 504 ranchera. Compró este coche en 1980, un año después de que un 504 ganase el Rally Safari Internacional de África Oriental. Por aquel entonces llevaba a su hijo al colegio o lo acercaba hasta la parada del autobús escolar. A Rose le gustaba conducir y se negaba a tener chófer, incluso más tarde, cuando vinieron los problemas. Además, era a primera hora de la mañana cuando se avistaban más pájaros, y siempre le habían gustado las aves. Pero cuando detuvieron por primera vez a su marido, Rose pensó que era preferible quitar a su hijo de en medio. Lo mandó a un internado en Escocia, cerca de donde seguían viviendo sus padres, en la casa donde ella había crecido, justo enfrente del hoyo decimotercero del campo de golf de Morningside, en Edimburgo.

¿Se habían imaginado que Rose es negra? Pues es blanca. Su nombre de pila es Rose Macdonald, pelirroja y de piel clara, afincada en Kenia desde 1970. Llegó aquí para pasar unas vacaciones, un regalo de sus padres por terminar la carrera de derecho. Tenía un brillante futuro por delante. Ya le habían ofrecido un buen puesto en Harrington, Harrington, MacBrace y Harcourt, Abogados y Notarios. Andando el tiempo, decía su madre, incluso se casaría con uno de los socios. Cuando llegó el momento de volver a Escocia para recoger su diploma y empezar a trabajar en el bufete, a la vuelta de Prince's Street, Rose no se vio llevando una vida entre escrituras y querellas, pues para entonces se había enamorado de Kenia... y de un ciudadano de este país. Pese a la tempestad que desató la noticia, tanto en Morningside como en el Club Muthaiga, Rose y Joshua Mbikwa, que acababa de terminar su doctorado en antropología física, pero tenía pasión por la política, se casaron en la catedral de la Sagrada Familia de Nairobi, el 16 de julio de 1971. Joshua fue elegido parlamentario el mes de octubre siguiente, y en noviembre nació su hijo Angus. Posteriormente fue

reelegido en 1977 y detenido por primera vez en 1985 (tan sólo una advertencia, dijeron), y en 1988 se convertía en el líder parlamentario de la oposición. En diciembre del año siguiente volvió a ser detenido, juzgado y encarcelado, acusado de sedición. Mientras pasaba sus días y sus noches haciendo campaña por la liberación de su marido y escribiendo cartas a todas las personas importantes, tanto si las conocía como si no, Rose empezó a interesarse por las plantas y los animales de su entorno. Y triunfó en ambas empresas. Su campaña generó tantas tensiones, dentro y fuera de Kenia, que Joshua Mbikwa fue finalmente excarcelado. Se retiraron todos los cargos contra él y volvió a ocupar su escaño en el parlamento, al tiempo que Rose descubría una pasión por los bulbos y los tejedores africanos comparable a la que sintiera por los mirlos y los zorzales en Escocia.

Cinco meses más tarde, cuando Joshua perdió la vida en un desgraciado y misterioso accidente de avioneta, el propio presidente del país le aseguró a Rose que se sentía tan consternado como ella, e insistió en que lo llamara personalmente si creía que podía ayudarla en algo para regresar al Reino Unido de la manera menos dolorosa posible. Rose Mbikwa, que para entonces amaba Kenia con la misma pasión que su marido, y conocía la flora, la fauna y a los políticos del país mejor que los nativos, le dio las gracias por su amabilidad. Al día siguiente se afilió a la Sociedad Ornitológica de África Oriental de Nairobi, pagando la cuota de tres años por adelantado.

Llegado el momento de renovar su suscripción, Angus había dejado su querido internado en Edimburgo para estudiar relaciones internacionales (a los dos les divertía la idea) en la Universidad de St. Andrews, y Rose seguía viviendo en la misma casa de Serengeti Gardens, en Hatton Rise, Nairobi. Y tenía un plan. Que su amado esposo hubiera muerto no significa que sus creencias y su labor por una Kenia mejor debieran morir con él. Empezaba a ser evidente que Kenia, sacudida por los vientos del cambio global y atrapada por las cadenas de la corrupción interna, necesitaba ayuda. Rose vislumbraba una luz en el horizonte, que nada tenía que ver con la ley sino con el turismo. ¿Qué atraía a la gente de Kenia? La naturaleza. ¿Quién formaba a los guías locales para mostrar a los turistas la vida natural? Nadie. Rose decidió que el Museo de Nairobi podía hacerse cargo de esta empresa. Con su equipo de conservadores, sus colecciones y sus muestras de animales y plantas, de tierra, paisaje y herencia cultural, el museo sería el espacio ideal para desarrollar un completo programa de formación turística.

Rose trabajaba en segundo plano: proponiendo, solicitando, persuadiendo y planificando. Naturalmente, no había dinero para el proyecto, pero ahora que su hijo había terminado los estudios, se sintió feliz de contribuir con lo que le quedaba de su pequeña herencia, para ir tirando. Estaba segura de que su marido habría hecho lo mismo. Tal fue su éxito en esta iniciativa que cuando el Ministerio de Turismo y el Ministerio de Educación ofrecieron una rueda de prensa conjunta para anunciar el programa de formación diseñado por Rose, ambos parecían convencidos de que la

idea era exclusivamente de Joshua Mbikwa.

Rose aceptó el puesto de directora y coordinadora del programa, un puesto que todavía sigue ejerciendo. Es probable que si ustedes hacen un safari por Kenia, su guía se haya formado en el Museo de Nairobi y tenga un ligero acento escocés. Pero Rose sigue enamorada de las aves, y como Secretaria Honorífica de la Sociedad Ornitológica, sale todos los martes de su despacho en el museo para dirigir el paseo guiado como todas las semanas, desde hace ya diecisiete años. Aunque ahora tiene el pelo casi blanco, no ha perdido un ápice de su entusiasmo; sus conocimientos no tienen rival y su coche está tan viejo y baqueteado como cualquier Peugeot 504 de África.

Malik, como habrán adivinado, no es ni blanco ni negro. Es un hombre de ascendencia india, de sesenta y un años, bajito, gordo y con calvicie incipiente. La mayoría de los hombres se quedan calvos. Basta tener un cromosoma X y un cromosoma Y para que en algún momento de la vida, si se vive lo suficiente, el pelo empiece a caerse, a retroceder o a desaparecer por completo, y de poco consuelo sirve que los folículos que abandonan el cráneo parezcan vigorizarse en las orejas y en las fosas nasales. Lo cierto es que, tarde o temprano, todos los hombres tienen que afrontar el dilema: o combatir la calvicie o convivir con ella.

Malik acababa de cumplir los treinta y dos cuando, al visitar a su barbero en Nkomo Avenue, adonde iba cada quince días para retocarse desde mucho antes de que esta calle cambiara su nombre por el de King George Street, recibió la noticia de que «el señor empezaba a perder pelo en la coronilla». La información fue ciertamente ingrata para un hombre orgulloso de su pelo lacio. El barbero sugirió entonces que tal vez fuera el momento de cambiar de estilo.

Hay que decir que esta sugerencia tenía su mérito, siquiera desde el punto de vista estético. El tupé engominado que el atrevido y joven Malik había traído de Londres a principios de la década de 1960 bien pudo ser un agradable soplo de aire fresco para la nuca y las sienes despejadas del Nairobi de la época, pero ya estaban en 1976. Si uno quería parecer un empresario respetable, tal como era el caso de Malik, un tupé engominado y unas patillas de diez centímetros no eran la mejor opción.

—Tal vez algo un poco más formal, señor. Formal, que no anticuado.

El señor, a quien acababan de lavarle la cabeza y estaba recibiendo un masaje en el cuero cabelludo, se sentía dichoso y benévolo.

—¿Tiene alguna idea?

El barbero cogió una carpeta de una estantería.

—Había pensado en patillas afiladas y nuca recta, a lo Boston —dijo, pasando algunas páginas—. Las patillas podemos conservarlas, si el señor insiste, pero no más allá de dos centímetros. Algo así, quizá.

Colocó la carpeta delante de su cliente. La fotografía mostraba al actor Rock

Hudson en la promoción de una película todavía reciente. Se trataba de un wéstern, a juzgar por la camisa a cuadros y el pañuelo que el actor llevaba en el cuello. Malik sentía simpatía por Rock Hudson, sobre todo en sus películas con Doris Day, mientras que no soportaba a la almibarada y divina señorita. Miró la foto con atención. Rock Hudson lucía además un importante bigote, y a menos que tuviera la cabeza muy pequeña, las patillas superaban los dos centímetros, aunque el estilo resultaba en conjunto moderno. Si entrecerraba los ojos, Malik incluso creía vislumbrar un conato de tupé.

Con ayuda de peines y de espejos, el barbero le mostró otra ventaja de este corte. Si el señor se hacía la raya un poquito más a la derecha, la zona donde el pelo empezaba a ralearse resultaría casi indetectable. Malik se mostró de acuerdo y salió de la barbería con un peinado nuevo y una zancada enérgica y segura, tras recompensar al peluquero con una propina más que generosa. Y llámenlo casualidad si así lo quieren, pero lo cierto es que apenas unas semanas más tarde la señora Malik anunciaba que siete años y un mes después de que naciera su primer y único hijo volvía a estar embarazada.

A medida que la pequeña Petula se iba haciendo más alta y regordeta, la calvicie se extendía desde la coronilla de Malik. Al principio esto no representó un problema. Malik comprobó que bastaba con desplazar muy ligeramente la raya hacia la derecha para disponer de mayor cantidad de pelo con la que cubrir la zona pelada. Cuando la calva creció de tamaño, descubrió que un poco de gomina, de la que aún conservaba un gran frasco en el fondo del armario del cuarto de baño, de sus tiempos de tupé, ayudaba a mantener el pelo en su sitio. Poco a poco, de manera casi imperceptible, la raya fue descendiendo, y la cantidad de gomina necesaria, aumentando. Hasta que no quedó la menor duda. Lo que empezara treinta años antes como un corte recto se transformó en el clásico peinado a contrapelo.

Petula, que había crecido y adelgazado, se metía con Malik, mientras que su amigo Patel, abominablemente peludo, se permitía hacer veladas alusiones en el club a ciertos futbolistas británicos famosos por su adhesión a la moda. Su barbero sugería que tal vez fuera el momento de pensar en un peluquín, y su mujer había fallecido tristemente para entonces, sin hacer jamás ningún comentario sobre el particular. Un gran cambio de estilo en el peinado era suficiente en la vida de un hombre. Las pelucas quedaban descartadas, pero Malik no estaba dispuesto a pasar de una cabeza con pelo a una calva, por más que le llevara un buen rato arreglarse por las mañanas y por más que el resultado fuera muy poco convincente. Sin embargo, es una verdad poco reconocida que ningún peinado, por malo que sea, afecta al corazón de la persona. Las pasiones arden en el pecho del Malik con la misma intensidad que en el de otros hombres.

Malik —de piel oscura, bajito, gordo y con calvicie incipiente— lleva tres años profundamente enamorado de Rose Mbikwa.



3

Cuando Aruna murió de cáncer, de eso hacía ya ocho años, la respuesta de Malik, como la de muchos hombres en situaciones similares, fue volcarse en su trabajo. Quería mucho a su mujer. No desde el primer momento, cuando conoció a la tímida muchacha elegida como esposa por sus respectivas familias. Aruna era tirando a alta, en opinión de Malik, aunque no podía decirse que fuera guapa. Malik pronto llegó a conocer bien a esta muchacha profunda y callada que, al convertirse en una mujer, impresionó a su marido por sus fortalezas, que eran muchas, y lo enterneció por sus debilidades, que eran pocas. Y la belleza pareció resplandecer en Aruna, con tanta intensidad a veces que Malik apenas podía mirarla. La muerte de Aruna fue como una puñalada en el alma, y sólo el trabajo sin tregua podía mitigar el dolor de Malik. Cuando el viudo sufrió su primer ataque al corazón —exactamente a la misma edad que tenía su padre cuando un infarto se llevó su vida—, su hija Petula insistió en consultar con un especialista.

—Estoy pensando en Harley Street, papá, no en Limuru Road.

Malik no era un hombre pobre. Su padre había fundado la Jolly Man Manufacturing Company en 1932. Por aquel entonces todo el mundo fumaba. Fumar estaba de moda. Los hombres fumaban en pipa, los ricos fumaban puros y las mujeres, desde las criadas hasta las marquesas, fumaban cigarrillos. En las películas todos los actores fumaban, incluido Rock Hudson (aunque puede que Doris Day no lo hiciera). En la Kenia de esos tiempos lejanos a veces no era fácil encontrar cigarrillos y cigarros de importación. Al señor Malik padre se le ocurrió comprar un poco de tabaco y algunas máquinas para elaborar sus propios productos. Su compañía, en cuya marca aparecía un negro sonriente, con chistera y chaqué, fumando un puro de tamaño considerable, fue un éxito inmediato.

Poco después estalló la Segunda Guerra Mundial. Los submarinos alemanes patrullaban el Atlántico, y las exportaciones de tabaco a Gran Bretaña desde América y Las Antillas quedaron interrumpidas. Kenia formaba parte del Imperio Británico, y el tabaco keniano se requisaba para los fabricantes británicos. La producción de la

Jolly Man Manufacturing Company se vio drásticamente reducida. Nada más terminar la guerra llegaron las grandes compañías internacionales, con su Pall Mall y su Lucky Strike. La empresa de Malik, con su maquinaria vieja y obsoleta, no podía competir. La cosa pintaba mal, pero los cigarros de Jolly Man se habían convertido durante la guerra en los favoritos de Mijaíl Onócrátov, el cónsul ruso, de quien todo el mundo sabía que era un espía, pero daba unas fiestas espléndidas. Tras el armisticio, el cónsul empezó a enviar cajas de cigarros keniatas a su familia y amigos en Europa del Este. Los cigarros de Jolly Man gustaron mucho en la zona soviética, por ser superiores al producto local y más baratos que los cubanos. Tal fue su éxito al otro lado del Telón de Acero, que el cónsul se presentó ante el señor Malik padre para ofrecerse como agente exportador. En 1960 Mijaíl Onócrátov tenía una hermosa casa a orillas del lago de Como, y sus entendidos camaradas solicitaban los puros Jolly Man desde Gdansk y Stalingrado hasta Sofía y el mar Negro. Y el señor Malik padre contrató a trescientos trabajadores para su fábrica de Nairobi. En 1964 murió de un infarto.

Para entonces, Malik hijo había terminado sus estudios primarios y estudiaba en la London School of Economics. Aunque la economía no le interesaba lo más mínimo (su ingreso en la LSE había sido idea del padre), le encantaba Londres.

—Necesita usted una afición. Algo que le distraiga del trabajo; la culpa es del estrés.

El eminente cardiólogo saboreó la palabra. Tan sólo un año antes habría dicho «sobrecarga» y aún seguía sin estar seguro de que la expresión fuese en realidad más propia de Harley Street, pero en ese momento todo el mundo hablaba de «estrés» y había que estar a la altura de los tiempos. Los pacientes así lo esperaban.

Un gran pájaro gris surcaba despacio la penumbra en dirección al parque. Maldita garza: ¿qué estaría haciendo allí? Asesina de truchas. El doctor se volvió de la ventana con cara de pocos amigos. ¿Había —se preguntó mientras su paciente de piel oscura se abrochaba el botón superior de la camisa y se hacía el lazo de la corbata— truchas en la India? No. ¿En África? Aún recordaba algunos fragmentos de las clases de medicina tropical en Barts. Mosquitos y malaria; mosca negra y fiebre fluvial; tse-tse y enfermedad del sueño... había una gran variedad de moscas en África. Pero ¿tenían moscardas y tábanos, tijeretas y frigáneas? ¿Descendían con brío los arroyos desde las cumbres africanas y serpenteaban lentos los cursos calcáreos por suaves praderas en la tierra natal de aquel hombre, cualquiera que fuese?

—Yo soy pescador —dijo, adoptando una vez más esa actitud que le permitían su rango y sus ingresos—. Pero a usted le recomendaría los pájaros.

El señor Malik, cuya estancia en Londres en los sesenta había coincidido con la breve y prodigiosa revelación de las «palomitas», se mostró desconcertado. ¿Le estaba proponiendo el médico que se buscara otra mujer? ¿O tal vez que se revitalizara con la acción profiláctica de la prostitución?

—Los gorriones, por ejemplo —continuó *sir* Horatio—. Una vez conocí a un

hombre que se pasaba horas sentado, observando a los gorriones. Una actividad muy relajante, según me dijo. Gorriones volando, gorriones brincando, gorriones comiendo y gorriones anidando. ¿Hay gorriones en...?

—Kenia.

—Exacto.

—Sí.

—Muy bien. Pues eso es lo que tiene que hacer. Ah, y tómesese una de estas pastillas verdes tres veces al día antes de las comidas.

Malik respiró, interiormente aliviado. La ornitología le resultaría mucho más fácil —mucho menos estresante— que las mujeres. De vuelta a Nairobi, compró unos prismáticos Bausch & Lomb de 8 x 50 en el aeropuerto de Heathrow. Le sorprendió descubrir que la fábrica había seguido funcionando perfectamente en su ausencia.

El martes siguiente, sin más demora, empezó a familiarizarse con las aves de África Oriental y con Rose Mbikwa.



4

Cuando Malik llegó al MEATI, casi todos los demás ya estaban allí, rastreando entre los matorrales próximos en busca de pájaros. El hombre de las gafas de sol y las pulseras de oro (y, vio entonces Malik, también una cadena de oro en el cuello) estaba con los australianos. Señalaba hacia un árbol, pero interrumpió su conversación cuando Malik bajó del coche.

—Eh, Malik, ¿eres tú?

Y los recuerdos volvieron como una avalancha. Harry Khan.

Igual que un enfermo cuyos síntomas remiten durante un tiempo prolongado puede olvidarse de su enfermedad hasta que ésta regresa, así se había olvidado Malik de Harry Khan. Malik tenía once años cuando recibió el primer golpe de Harry. Acababa de ingresar en el internado Eastlands. También Harry Khan. Les tocó a los dos en la misma clase, y todo el mundo esperaba que los nuevos (a quienes llamaban los «novatos», imitando la jerga de los colegios privados ingleses) se llevaran bien. Pero no fue así. El señor Malik, o simplemente Malik, como era conocido entre sus profesores y compañeros, era un niño estudioso y tímido. Harry Khan era..., ¿cómo decirlo? Era llamativo, aunque no de una manera desagradable. Tenía desparpajo, sin llegar a ser maleducado. Era gracioso, pero no ofensivo. Era listo y no parecía tener la necesidad de esforzarse. Le resultaba fácil hacer amigos, era rápido con el pie en el *rugby* y decididamente hábil con una bola de críquet y un bate. Fue Harry Khan quien metió de contrabando el tostador eléctrico en el dormitorio y quien escondía una radio debajo del colchón para sintonizar con la BBC y escuchar *The Goon Show* los sábados por la noche, y fue él quien introdujo a los más pequeños (y a algunos de los mayores) en otros placeres nocturnos. Hasta sabía bailar el *rock and roll*. Por todo ello era muy popular entre sus compañeros, pero se convirtió en la pesadilla de Malik durante siete años. Porque Harry Khan era un provocador, un chistoso, un bromista, y cada broma requería un blanco. Todo empezó la primera mañana.

Hay que decir que si alguien le preguntara hoy a Harry Khan por todas estas cosas, seguiría sosteniendo que no fue culpa suya. Al parecer esto fue lo que ocurrió. Tras sobrevivir a su primera noche en el dormitorio de los medianos, los dos chicos nuevos se encontraban en el baño, lavándose la cara y los dientes antes de desayunar. La madre de Malik le había preparado el baúl con todo lo que figuraba en la lista enviada por la supervisora, incluido un bonito neceser de plástico de la BOAC con cierre hermético, que contenía un esponja y todos los demás artículos de la lista. Las esponjas brillaban por su ausencia en el colegio, aunque el neceser incluía una manopla (debidamente etiquetada con el apellido del alumno), peine, cepillo y pasta de dientes. Sucedió que la madre de Malik se olvidó de meter la pasta de dientes. Malik cayó en la cuenta de este olvido la noche anterior, pero no se atrevió a decir nada ni a la supervisora ni al resto de los chicos. Se limitó a fingir que en su cepillo había pasta de dientes y confió en que nadie lo notara. Esa mañana se sentía más valiente, y le preguntó a Khan, el otro chico nuevo, si podía usar un poco de la suya.

—Sírvete, amigo, está en el neceser.

De manera que Malik cogió el tubo de dentífrico del neceser de Khan —uno bastante elegante de la Pan Am, según comprobó Malik—, puso un poco de pasta en el cepillo y empezó a frotarse los colmillos. Humm, era una pasta rara; no tenía sabor a menta. Siguió cepillando. Y tenía una textura extraña: grasienta en lugar de espumosa. Un segundo más tarde Malik se doblaba sobre el lavabo, con la boca en llamas, y escupía con toda su alma. Harry Khan, que había cogido el tubo y lo había identificado como el ungüento que debía aplicarse tres veces al día entre los dedos de los pies para curar su pie de atleta, también estaba doblado sobre el lavabo, pero no de dolor sino de risa. Las carcajadas de Khan atrajeron al resto de los chicos, causando la hilaridad general. Y esto atrajo a su vez a la supervisora, que se llevó al pobre Malik a la enfermería para hacerle un lavado bucal con un desinfectante y administrarle una severa dosis preventiva de ipecacuana.

Ahora bien, ¿lo sabía o no Harry Khan? Él juró a la enfermera que no, y también a la junta de profesores. Sin embargo, su juramento de poco sirvió, porque los compañeros estaban convencidos de que lo sabía y a todos les pareció una broma genial.

Poco después tuvo lugar el partido. Malik era un pésimo jugador, a pesar de que siempre le había gustado mucho el críquet. No parecía estar hecho para este deporte. Como tuvo que reconocerle a Khan, un bate de críquet en sus manos se convertía en un objeto dotado de vida propia, con una vida empeñada en no atinar a la bola y golpear los rastrillos o golpearlo a él. Cuando Malik lanzaba la bola, según había llegado a darse cuenta, lo hacía como una niña. Su posición favorita en el campo eran las gradas, con la tarjeta en las rodillas para anotar la puntuación. Eso sí se le daba bien. Las líneas azul claro, pulcras y ordenadas; los puntos para anotar las carreras y

esos símbolos tan bonitos para anotar las «bolas largas» y los «no eliminados». De ahí que le sorprendiera mucho, pasadas tres semanas, ver su nombre en el tablón entre los jugadores seleccionados para el encuentro. Tras dos días de agonía, Malik reunió finalmente valor para cuestionarle al capitán del equipo la idoneidad de su fichaje.

—Sí, lo sé todo sobre ti, Malik. El mejor jugador en el equipo de primaria, según me han dicho. Me alegro de contar contigo.

—No, capitán, yo...

—Vamos, Malik, déjate de falsa modestia. Khan me lo ha contado todo. Eres justo lo que necesitamos.

—Pero yo...

—No te preocupes, amigo. Estoy seguro de que estamos todos un poco en baja forma después de las vacaciones. Tú ven mañana a la cancha después de clase y ya veremos de qué pasta estás hecho.

El capitán quiso asegurarse a Malik la tarde siguiente, después del entrenamiento, que no estaba enfadado. No estaba enfadado, sólo estaba muy, pero que muy decepcionado. Sólo había una manera de ser un buen jugador de críquet, y consistía en no alardear, en no mentir, en no fingir. En esforzarse. Pero de verdad que no estaba enfadado y quería que Malik entendiera su semana de doble trabajo no como un castigo sino como un aprendizaje. ¿Verdad que lo aceptaba? Malik lo aceptó. Por consideración, creyó preferible no preguntar si podía llevar las anotaciones del partido.

Y por último llegó su apodo. Una de las cosas que mejor se le daban a Harry Khan era poner mote. No llevaba ni siquiera un trimestre completo en el colegio cuando todos los profesores ya tenían sus apodos, nombres ingeniosos y con chispa. El director, el señor Gopal, conocido hasta entonces entre profesores y alumnos simplemente como «el dire», se convirtió en el Gop [el Destructor], un nombre muy divertido para quien entendiera swahili.

Prakesh Kahdka, que desde niño había sido alto y huesudo y conocido como el Cigüeña, fue transmutado por Harry Khan en el Palo, y se extendió la tonta costumbre de salir corriendo cuando él aparecía y gritar «¡Cuidado, que viene el Palo!», lo cual molestaba mucho al pobre Prakesh, que era un alma inofensiva y bondadosa. En cuanto a Malik, recibió el alias de Jack.

Tal vez pueda pensarse que Jack es un apodo sin ninguna maldad. Se articula muy fácilmente y carece de connotaciones obvias o de rimas con palabras ridículas o escatológicas. No parece tener un significado oculto ni siquiera para los hablantes de swahili. Pero lo tiene, y en el transcurso de sus largos años de escuela Malik llegó a odiar este apodo, y una parte nada desdeñable de la alegría que sintió al dejar el colegio para irse a estudiar a la Universidad de Londres tuvo que ver con el hecho de dejar este nombre atrás. Cuando volvió a Kenia, dos años más tarde, comprobó con alivio no sólo que Harry Khan se había marchado de Nairobi sino que parecía haberse

llevado consigo el odiado mote.
Pero Harry Khan había regresado.



5

— ¡Malik, eres tú! ¡Cuánto tiempo! ¡Mucho tiempo! Malik sonrió, pues no supo qué otra cosa hacer.

—Tendría que haberlo adivinado..., sigues siendo el último en la carrera. ¿No me digas que has venido por la carretera con vistas pintorescas?

El camino que había tomado Malik hasta el MEATI había sido de todo menos pintoresco. Un camión volcado en la carretera de Langata se había ocupado de que así fuera.

Harry se volvió hacia los australianos.

—¿Tenía o no razón Harry, chicos? La carretera del valle es la que había que tomar. Pues, verás, Malik..., te has perdido uno bueno.

—¿Qué era, Harry? —preguntó el australiano de la barba.

—¿Qué era, Rose? —preguntó Harry.

—Un obispo rojo, señor Malik —dijo Rose, con ese acento que a Malik le encantaba. Esa manera de arrastrar ligeramente la erre de «rojo» le hizo estremecerse de la cabeza a los pies—. Un macho. Magnífico. Siento que no lo haya visto.

—Sí —asintió Harry—. Era una belleza.

Malik sonrió de nuevo. Hacía mucho tiempo que deseaba ver al pequeño pinzón de improbable color llamado obispo rojo. Esta vez no había sido posible, pero al menos Harry Khan parecía haberse olvidado de «Jack».

El Moderno Albergue Turístico de África Oriental —popularmente conocido como MEATI—, es «el» sitio perfecto en Nairobi para ir en busca de la fauna local. ¿En qué otro lugar de África —en qué lugar del mundo— podían verse diez especies de animales pastando libremente en plena tarde y comérselos después esa misma noche? Jirafas, cebras, dos o tres clases de antílopes, ñúes, búfalos, cocodrilos, avestruces, gallinas de Guinea y ánades negros formaban parte del menú. No verán a muchos nativos comiendo allí. Aunque a la mayoría de los keniatas les encanta la carne, muy

pocos pueden pagar sesenta dólares por una cena y además desprecian la carne de la estepa. Pollo, cabra o ternera es lo que buscan. Sin embargo, cualquiera puede indicarnos cómo llegar hasta el MEATI, por la carretera de Ngong, nada más pasar el antiguo aeródromo.

Las veinte o treinta personas reunidas en la puerta de este restaurante turístico de las afueras de la ciudad no estaban allí por la comida. Estaban allí porque ésta es una de las zonas de transición entre la selva y la sabana que más gusta a los pájaros. Las pocas hectáreas abandonadas que separan el restaurante de los barracones del Primer y Segundo Batallón de la Brigada de Fusileros de Kenia, justo al pie de la carretera, han sido valladas con mayor o menor celo, y con el paso de los años se ha vertido en ellas una buena cantidad de basura. Además de los vertidos hay grandes agujeros, normalmente llenos de agua, que revelan las extracciones practicadas en el lugar, de creta o de arcilla tal vez. La zona está cubierta en su mayor parte por acacias y hierbas altas, aunque alrededor de una docena de árboles de mayor tamaño han logrado sobrevivir a las hachas de los leñadores. El lugar se encuentra situado en un ligero promontorio y, si bien es cierto que hacia el sur se divisan las verdes llanuras del Parque Nacional de Nairobi, el norte ofrece una espléndida vista de las chabolas de Kibera. No es por tanto el material habitual de los folletos turísticos. La voz de Rose Mbikwa se alza una vez más sobre las distintas conversaciones que mantienen los miembros del grupo.

—Ah, sí. Gracias, Matthew. Puede que hayáis visto revolotear por aquí a la pareja de ratoneros africanos. Podréis comprobar que uno está en la fase clara y otro en la fase oscura. ¡Ay, madre! ¿No es una nectarina de cabeza azul?

Todas las miradas se volvieron al magnífico pajarillo que estaba libando el néctar de una planta de flores anaranjadas.

—Creo que es un verderón, Rose —dijo Hilary Fotherington-Thomas, escudriñando a través de los prismáticos.

—Sí, sí —dijo Rose—. Una nectarina de cabeza verde. De hecho sería muy raro ver la variedad de cabeza azul en el extremo oriental del continente. Y ahí tenemos a una pareja de tejedores de Baglafecht. —Repitió el nombre—. Tejedores de Ba-gla-fecht. Preciosos.

—Sí —dijo Harry Khan—. Casi tan preciosos como tú, linda Rose.

«¿Linda Rose?». Malik levantó su taza de Nescafé matinal de la mesa del porche y bebió un sorbo despacio. «¿Linda Rose?».

Habían pasado casi cuarenta y ocho horas desde el paseo ornitológico, y durante veintiuna de ellas no había podido quitarse de la cabeza esas dos palabras. Suspiró y dejó la taza en la mesa. Volvió a suspirar y, tras una pausa, tomó el cuaderno y el lápiz colocados junto a los dos plátanos de su desayuno, que aún no había tocado. Usaba este cuaderno para todo, y en lugar de su nombre, en la cubierta había hecho

un tosco dibujo a bolígrafo de un águila negra. Se inclinó sobre el papel para trazar una marca en la parte superior de la página que acababa de pasar. Ya iban tres esta mañana. Un sonido familiar le hizo levantar la vista. Desde detrás del rosal de *Banksia* amarillo (su variedad de rosa favorita), en una esquina del *bungalow*, surgió una figura menuda que caminaba hacia atrás, barriendo.

—¡Ah, Benjamin! —dijo Malik, sonriendo con repentina inspiración—. Benjamin, tengo un trabajo para ti.

Benjamin, como es natural, ya tenía un trabajo con el que estaba muy contento. En su condición de *shamba* de Garden Lane 12, barría el césped y las calles. Todas las mañanas cortaba algunas ramas de los árboles o arbustos que a su juicio estarían mejor sin ellas, las ataba a la escoba con un poco de cuerda pita y pasaba el resto del día erosionándolas con la hierba y el cemento. Una vez al mes trepaba hasta el tejado con ayuda de una escalera para limpiar los canalones. Todo lo que sacaba de allí lo quemaba en una hoguera al borde de la acera. Todas las calles de los barrios residenciales de Nairobi están flaqueadas por pequeñas hogueras en las que se amontonan las hojas que caen de los árboles y otros restos vegetales. El olor de Nairobi es el olor de estas hogueras.

El señor Malik le mostró el cuaderno. En la primera página, Benjamin vio dibujada una hilera de palos.

—Estoy haciendo una investigación —dijo Malik, llevándose el Nescafé a los labios para dar otro sorbo inspirador—. Una investigación sobre pájaros.

Dejó la taza.

Me gustaría mucho contar con tu ayuda. Hoy trabajaré en casa. Quiero que te quedes aquí conmigo... No te preocupes por tu trabajo. Cada vez que pronuncie la palabra «hadada» quiero que la anotes en este papel con este lápiz. ¿Ves? Esta mañana he visto ya, ¿cuántas?... , cuatro hadadas.

Benjamin apoyó la escoba en la pared, cogió el cuaderno y contó las marcas pulcramente espaciadas en la primera línea. Malik se inclinó hacia delante.

—Hadada —dijo, y tras una breve pausa añadió—: Dos. Márcalas.

Benjamin trazó dos palitos sobre el papel. Malik los revisó, asintió y manifestó su aprobación con una sonrisa.

Es posible que se pregunten, como le ocurría a Benjamin, qué clase de tontería era ésta. Para empezar, tal vez no sepan que la hadada es una especie de ibis: un ave zancuda de gran tamaño y patas largas, con plumaje marrón, pico largo y curvado y voz sonora. Anida en grupo, entre los árboles, en las zonas más frondosas de Nairobi y su reclamo epónimo es uno de los más insistentes en el coro del amanecer en esta región del mundo, aunque puede oírse a cualquier hora del día. Pero Malik en realidad no está contando hadadas. En realidad no está haciendo ninguna investigación. Malik está mintiendo.

Y he aquí una pequeña paradoja. Malik está mintiendo porque es el hombre más honrado del Club Asadi.



6

La vida de los clubes en esta parte de África ya no es lo que era. Hubo un tiempo en que un hombre, si era un hombre blanco, pasaba la mitad de su vida en su club. Si vivía en el norte de la ciudad pertenecía al Club Muthaiga; si vivía en el sur, al Karen. Todas las noches, después del trabajo, y todos los fines de semana en compañía de su mensahib (y de sus hijos, si es que habían vuelto de Inglaterra para las vacaciones), el club era el hogar del hogar. Hoy no quedan en África tantos hombres blancos como antes —probablemente todavía menos mujeres— y aunque en estos momentos cualquiera pueda sumarse al Muthaiga o al Karen, ya sea hombre o mujer (bueno, cualquiera tampoco, pero ya saben a qué me refiero), tampoco los clubes son lo que fueron.

Y esto es así porque los tratos ya no se cierran en los clubes. Los tratos se cierran en un edificio blanco y anónimo de la ciudad, con las ventanas de cristales negros, donde dos hombres muy corpulentos con ceñidos uniformes de galones y gafas de sol montan guardia en las puertas y reciben con un leve asentimiento de cabeza a los poco escogidos a quienes se les permite el acceso, excluyendo a todos los demás. ¿Que quiénes pueden entrar? Los que son muy ricos, muy poderosos o muy guapos. ¿En qué situación deja esto al Club Asadi? Muy bien, gracias.

El Club Asadi es el lugar adonde va la gente que no es ni blanca ni negra, sino mestiza, el lugar donde se reúne la población africana de origen indio, los inmigrantes que acudieron para ayudar a los blancos a construir el ferrocarril y luego se quedaron para construir una colonia. Allí siguen reuniéndose. El Club Asadi, fundado en 1903 con el lema *Spero meliora*, es un lugar próspero. Cualquiera día de la semana, de noche, el aparcamiento está repleto de flamantes Mercedes y BMW, las bolas blancas y rojas bullen sobre el paño verde de las cuatro mesas de billar (lástima que en el Muthaiga ya sólo queden dos mesas) y los camareros reemplazan en la barra los vasos vacíos por vasos llenos a una velocidad increíble. El abuelo de Malik fue miembro fundador del club, su padre fue secretario durante casi cuarenta años, y este lugar se ha convertido para Malik en un segundo hogar desde que murió su mujer.

Allí se intercambian noticias y rumores, y allí se dirigió Malik tras pasar el día acordándose del paseo ornitológico e intentando sin éxito alguno quitarse de la cabeza a Harry Khan, con la intención de averiguar todo cuanto había que saber acerca de este hombre. Patel o Gopez podrían informarle, y así lo hicieron; pero sucedió que, mientras conseguía lo que buscaba, Malik se vio enredado en el asunto de la «hadada».

—¡Chorradas! —dijo Gopez.

Malik, que tenía en la mano un vaso de cerveza Tusker perlada y fría, se sentó en el asiento libre y se acercó para picar del cuenco de palomitas con chili.

—¡Qué gilipollez!

Gopez estaba leyendo el *Evening News*.

—Esa lengua, A. B., esa lengua —murmuró Patel desde el otro lado de la mesa.

—Me quedo corto —dijo Gopez, cerrando el periódico de un manotazo para coger su vaso—. ¿De dónde se habrán sacado esa historia?

Patel sonrió. Tenía la deliciosa sensación de que se avecinaba una discusión. ¿Sería por algo que había dicho el presidente (siempre chorradas), por algo que había escrito el editorialista (casi siempre chorradas) o por alguna noticia de agencia internacional (normalmente relacionada con la familia real británica y normalmente una gilipollez)? ¿O sería por algo que había escrito ese tío en su columna de los miércoles, «Dios los cría» (que a veces podía ser una chorrada, aunque casi nunca lo era)? Cogió el periódico y dirigió la mirada hacia un breve artículo impreso al pie de la página. Un estudio llevado a cabo por científicos daneses sobre la digestión humana había revelado que un individuo medio emite un total de ciento veintitrés ventosidades al día.

—¿Ves lo que digo? —insistió Gopez—. ¡Qué gilipollez! Una memez absoluta. Ni con los garbanzos de mi suegra llegaría nadie a ventosear tanto.

—No sé —dijo Patel.

En el curso de los muchos años desde que conocía a A. B. Gopez, Patel había descubierto que esas dos palabras eran un método infalible para provocar una apuesta. Con una sensación parecida a la que puede experimentar un trozo de queso atrapado en un cebo para ratones al oír un chillido lejano, Patel aguardó la respuesta de su amigo.

—¿No sabes? —Dos cejas muy pobladas se dispararon hacia el techo—. ¿No sabes? Pues es cuestión de lógica. Una cantidad aproximada de cien pedos es superior al volumen total del cuerpo humano. Al final del día parecerías una empanadilla vacía. ¿Tú qué opinas, Malik?

Hay que decir que Malik iba para entonces por la segunda Tusker, con la temeridad que esto entraña. Debería haber dicho «hummm». Pero lo que dijo fue: «¿Hummm?».

—¿Qué quieres decir con «hummm»?

—Quiero decir que podría no ser exactamente así, A. B. Un pedo, según tengo entendido, no se almacena sino que se genera.

—¡Exacto! —dijo Patel—. Justo lo que yo pienso. ¿Y quién sabe qué tamaño tienen los pedos daneses, eh? ¿Hablamos de una sonora pedorreta o de un delicado cuesco a la escandinava?

—Hablamos del promedio de los pedos daneses, hablamos de más de cien al día, y yo digo que eso es una chorrada. Una sandez.

Éste era el momento que esperaba Patel.

—Y yo digo que no lo es.

Gopez dejó el vaso en la mesa. Le dirigió a Malik una mirada que insinuaba que su amigo era en el mejor de los casos bobo y en el peor redomadamente imbécil e hizo una pausa para dar un buen trago a su *whisky* con soda. Decidió abordar el asunto con actitud conciliadora.

—Piénsalo bien, querido Patel..., usa el coco. Un día, veinticuatro horas. Ciento veintitrés pedos: eso supone más de cinco pedos por hora; más de uno cada doce minutos. Imposible. Como te digo, es cuestión de lógica.

—Uno cada once minutos y cuarenta y nueve segundos, para ser exactos, A. B. Yo sigo sin ver que la lógica tenga mucho que ver en esto, ¿no te parece, Malik? En casos como éste, la interpretación racional debe ceder el paso a los datos empíricos.

Malik no dijo nada. Si guardaba silencio aún tendría una oportunidad.

—¿Piensas ponerte a contar los pedos que te tiras? —Las cejas de Gopez se frunció para fundirse con la frente—. ¿Y pretendes que luego te crea? Dime una cosa, ¿cómo los cuentas mientras duermes?

—Ah —dijo Patel. Hizo una pausa—. Ya te entiendo, A. B. Sí, en eso tienes razón. —Hizo otra pausa, como si cavilara con mucho rigor—. Ya lo tengo —dijo al fin—. Preguntémosle al Tigre.

«Oh, no —pensó Malik—. Al Tigre no».

El «Tigre» Singh, campeón de billar, campeón de snooer, campeón de *whist*, campeón de badminton por espacio de quince años consecutivos, hasta que se le fastidió la rodilla, era la autoridad en asuntos deportivos. En el Club Asadi, esto incluía todas las cuestiones relacionadas con las apuestas, tanto las que tenían una base sensata como las que no. Cuando había una apuesta en juego, se podía confiar en que el Tigre sopesara las posibilidades, reuniera la porra y pagase una ronda de cerveza con los beneficios acumulados (así parecía normalmente) a partir de estas actividades. Fuera del club se ganaba la vida como abogado. Llamado desde la mesa de billar para serle expuesto el caso, el Tigre primero escuchó y después habló.

—Bien, caballeros, *amoto quaeramus seria ludo*, que diríais vosotros. Se me plantean dos dudas. La primera: ¿cómo lo hacen los daneses? La segunda: ¿de cuánto estamos hablando?

—Con respecto a la primera —dijo Gopez, pasándole el periódico—, no tengo la

menor idea..., compruébalo tú mismo. En cuanto a la segunda... —Se sacó la billetera del bolsillo—. ¿Digamos... diez mil?

Malik pensó que la cosa se estaba desmadrando.

Patel también sacó la billetera.

—Que sean diez mil.

El Tigre levantó las manos.

—Esperad, esperad, esperad, amigos. Guardad las billeteras. —Por fin alguien se mostraba sensato—. Antes de hacer la porra tenemos que decidir qué apostamos. Dime, A. B., ¿cuál es exactamente tu apuesta?

—Yo digo..., apuesto... a que los daneses están hablando de sus... de sus santos culos. Ninguna persona normal ventosea más de cien veces al día.

—Y yo digo que sí —apostilló Patel.

—Ahí lo tienes, es muy fácil.

—No, A. B.; de fácil no tiene nada —dijo el Tigre—. Es evidente que hay que comprobar la afirmación, la hipótesis. Pero, dejando a un lado por el momento el problema de cómo contar los pedos —¿acaso tenemos un pedómetro danés o qué?—, debemos abordar la cuestión de la definición. ¿Cómo se define un pedo exactamente? *Communi consilio*, como decimos en leyes. Necesitamos partir de un consenso, ¿no es así?

Sin esperar la respuesta (¿he mencionado ya que era abogado?), el Tigre continuó.

—Y aún más importante: ¿cómo verificamos el resultado? Quién aceptaría la palabra de quién, ¿comprendéis lo que quiero decir?

Tres pares de cejas se fruncióron y tres pares de labios se apretaron.

—Si contáramos con una tercera parte neutral...

Tres pares de ojos se volvieron al unísono hacia Malik.



— **H**adada. Benjamin trazó obedientemente otro palito sobre el papel. Malik, el noble Malik, el honrado Malik, naturalmente se negó a participar en aquel plan tan descabellado.

—Pues no hay otra manera de hacerlo —señaló el Tigre.

—No —dijo Malik.

—Eres el único —terció Patel.

—No —insistió Malik.

—Malik..., *clarum et venerabile nomen*.

—Un emblema —dijo Gopez.

—Un sinónimo...

—De honestidad...

—De integridad.

—No se lo confiaría a nadie más.

—No podría confiárselo a nadie más.

—No —repitió Malik.

—Eres el honor del club, querido amigo —dijo el Tigre. Y con esto, al parecer, dieron en el blanco. Jamás ningún Malik había eludido su responsabilidad para con el Club Asadi. Jamás ningún Malik había quedado mal.

—De acuerdo, joder —cedió Malik.

Mientras tomaban otra ronda de Tusker (por cortesía del Tigre, del querido Tigre), acordaron, redactaron, leyeron y firmaron las reglas. Malik debía ocuparse, de acuerdo con el método que estimara más oportuno, de registrar el número de emisiones gaseosas (en lo sucesivo, pedos) procedentes de su orificio intestinal por espacio de doce horas, comprendidas éstas entre las siete de la mañana y las siete de la tarde del día siguiente. El juicio de Malik en lo tocante a lo que pudiera constituir un auténtico pedo sería aceptado por todas las partes, sin discusión posible. Tras acordar las partes la imposibilidad de contar los pedos emitidos durante el sueño, el

número de ventosidades registradas en ese lapso de doce horas sería aceptado por todos como equivalente a la mitad del periodo correspondiente al día completo. Malik debía presentarse en el Club Asadi a las ocho de la mañana para dar cuenta de los resultados. Si el número de pedos registrados en las susodichas veinticuatro horas era igual o superior a cincuenta y uno, se consideraría como prueba de la validez del estudio danés, y el señor Patel ganaría la apuesta. Si el número de pedos era igual o inferior a cincuenta, se consideraría como prueba de invalidez del estudio danés, y el señor Gopez ganaría la apuesta. Las apuestas debían entregarse al señor H. H. Singh, licenciado en Derecho por la Universidad de Oxford y abogado en ejercicio.

El asunto no revistió mayor sensatez cuando Malik despertó a la mañana siguiente, pero era inevitable y tenía que abordarlo. Se inclinó sobre la mesa para alcanzar su taza de Nescafé matinal.

—Hadada —dijo una vez más.

Benjamin trazó la cuarta señal de la mañana, que ascendía a un total de diez. Sin embargo, la súbita inspiración de solicitar la ayuda de Benjamin había sido un destello de inteligencia, en opinión de Malik. Le resultaría mucho más cómodo no tener que sacar el cuaderno cada vez para hacer la dichosa anotación, y el chico se alegraría de dejar la escoba para variar. Además, Patel y A. B. habían resultado de gran utilidad en lo relativo a Harry Khan. De gran utilidad. Pero antes de saber lo que Malik averiguó acerca de Harry en el Club Asadi, hablemos un poco más sobre Benjamin.

Tenía dieciséis años, jamás lo habían besado y llevaba sólo cinco meses trabajando como *shamba* al servicio de Malik. Le encantaba su trabajo. Alojamiento, pensión completa y trescientos cincuenta chelines al mes. Por primera vez en su vida tenía una habitación propia, una habitación enorme y con eco, de dos metros cuadrados, y dotada de una ventana. Y electricidad: encender y apagar. Y un grifo de agua en el jardín: abrir y cerrar. Y dinero en el bolsillo. Claro que enviaba a casa doscientos cincuenta chelines de su sueldo, pero le quedaban la friolera de cien para gastar en... ¿en qué? En azúcar, en bombones, en Coca-Cola. ¡Muchísima Coca-Cola!

Benjamin siempre supo disfrutar de la vida. Era el menor de sus hermanos, uno de esos niños a los que en Occidente se les asigna la triste etiqueta de «accidente», mientras que en África se designan mediante descripciones más favorables. En la aldea de Benjamin, allá en el gran valle, estos niños reciben el nombre de «última lluvia». El más próximo de los hermanos tenía casi siete años cuando nació Benjamin, por lo que éste creció no en soledad, aunque generalmente solo. Le gustaba mucho jugar por su cuenta en la pequeña granja de sus padres, entre el polvo o el barro, según la estación del año. Le gustaba mucho cuidar de las gallinas, y le fascinaba el carácter individual de cada una. Se mostró entusiasmado cuando tuvo edad suficiente para salir solo con las cabras, al principio únicamente por las mañanas

y después el día entero (aunque le decepcionó comprobar que no eran ni la mitad de listas que las gallinas). Le encantaba observar a los animales salvajes: las descaradas mangostas, los cosquilleantes escorpiones, las tímidas serpientes y lagartijas y las numerosas especies de aves que bajaban a beber al depósito de agua. Le gustaba charlar con las mujeres y los hombres de la aldea, y se volvió loco de alegría cuando, al cumplir los ocho años y tras muchas deliberaciones en las que al parecer participó la comunidad al completo, lo enviaron a la escuela. La escuela se encontraba a cinco kilómetros de la aldea, en la carretera de Nakuru, y Benjamin aún tenía tiempo de lanzar un palo, trepar a un árbol o acechar a una serpiente verde brillante en el camino de ida o en el de vuelta. A veces subía con otros niños a la montaña que había detrás de la escuela, para bajar rodando desde allí, por pura diversión, y en una ocasión subieron la montaña con un neumático viejo. ¡Qué divertido ver cómo el neumático cobraba velocidad gradualmente y bajaba rebotando! Para regocijo de los niños, la rueda no paró de rodar y de botar al llegar al pie de la montaña, sino que cruzó la carretera, saltó la valla y siguió su camino. Y para consternación de los niños, sólo se detuvo al chocar contra la pared de la casa del director de la escuela, haciendo que a éste se le cayera la taza de té bien cargado que solía tomar para tranquilizarse después de las clases, una vez concluida su jornada laboral. Sin embargo, aparte del ocasional culo colorado por este tipo de travesuras, Benjamin disfrutaba en el colegio y los años pasaron muy deprisa.

Se dio la circunstancia de que Benjamin empezó a ir al colegio inmediatamente después de que el Ministerio de Educación decretara que la enseñanza no se impartiría en lo sucesivo en la lengua de los antiguos amos coloniales. El swahili sería a partir de ese momento la lengua franca en todo el país. El profesor de Benjamin era un hombre sabio, y siguió enseñando a los niños el inglés, además del swahili, y al pequeño le gustó aprender dos idiomas nuevos para él. Tanto le gustaba que se convirtió en la pesadilla del maestro, pues a cada momento quería saber cómo se decía esto o lo otro. ¿Cómo se decía en swahili *doguru*, una manada de mangostas? ¿Cómo se decía en inglés *wakiku*, esas pequeñas bayas verdes que crecían en los *kikuya*? El maestro de Benjamin, que se había criado en las orillas del lago Victoria, donde la mangosta era un animal solitario y las bayas de *wakiku* una especie desconocida, se exasperaba tanto con la curiosidad del alumno que limitó a Benjamin (y, para ser exactos, a todos los demás niños) el número de preguntas a sólo tres al día. Esto no impidió que Benjamin siguiera formulando sus preguntas mentalmente. ¿Por qué se llama *makari* a un *makari*, por qué hay distintas palabras para el masculino y el femenino de *myaki* —*nudzi* y *kiyu*—, pero no para el masculino y el femenino de *hatajii*, y por qué en inglés no existe una palabra para *huturu*, cuando seguramente todo el mundo necesita hacer *huturu*? Cuando Benjamin terminó la escuela, y con doce años empezó a ayudar a su padre y a sus tíos con la azada y la siembra en el *hasara* (o *shamba*, según había aprendido a decir en swahili), el muchacho empezó a hacer preguntas similares. Su padre era un hombre paciente,

pero tras cuatro años de interrogatorios diarios sobre idiomas que apenas conocía, decidió (una vez más con el entusiasta consentimiento de toda la aldea) enviar a Benjamin con el hermano menor de su madre, Emanuel, a Nairobi.

Cuando el jefe de la fábrica donde trabajaba Emanuel anunció que necesitaba un empleado —un joven trabajador y de confianza— que pudiera estar interesado en trabajar como jardinero, Emanuel levantó la mano. Tras varias preguntas cuyas respuestas parecieron satisfacer al jefe —sí, se trataba de una persona joven; sí, había trabajado en el campo; sí, era cristiano, y, lo principal, no llevaba en la ciudad el tiempo suficiente para caer en sus vicios— se dispuso que Benjamin se presentara al día siguiente en casa del jefe para tener una entrevista con él.

Y como seguramente habrán adivinado, el jefe de Emanuel —propietario y gerente de la Jolly Man Manufacturing Company— era el señor Malik.



Pero volvamos a lo que Malik averiguó en el Club Asadi acerca de Harry Khan. Una vez zanjada la apuesta, volvió a llenar su vaso y se inclinó para coger otro puñado de palomitas con chili.

—Hoy he visto a un tío al que no veía desde hace muchos años.

—¿De veras?

Gopez había vuelto al periódico y estaba leyendo la página de deportes.

—Sí, desde hace muchos años.

—Australia vuelve a ser la favorita en críquet. ¿Qué ha pasado con Las Antillas? Perdona... ¿Cómo ha sido?

—Apareció en el paseo ornitológico.

Gopez levantó la vista del periódico.

—¿Las Antillas?

—No, ese tío. Harry Khan.

—No suena a nombre antillano.

—No lo es; nació aquí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Íbamos juntos al colegio.

—Bueno, ¿y qué hace en el equipo de Las Antillas?

Patel acudió en rescate de Malik.

—Harry Khan... ¿Te refieres al hijo de Bertie Khan?

Sí, ése. Como iba diciendo, lo conozco del colegio.

—Ah —dijo Gopez—, ya me acuerdo: «Khan es sinónimo de Khalidad». Murió, ¿verdad?

—No. Lo he visto hoy.

—¿Vivo?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¡Qué raro! ¿A quién enterraron entonces? Nunca olvidaré las samosas. Sin guisantes. No me gustan los guisantes.

—Creo que Malik está hablando de Harry Khan, A. B., no de Bertie.

—¿Cómo? ¿También ha muerto?

—Recuerdo que la familia se marchó a Canadá —dijo Patel—. Tengo entendido que les fue muy bien. Tiendas y negocios.

El Tigre irrumpió en la conversación.

—Tiendas y negocios, hoteles, franquicias de importación y exportación, y hasta un par de buenos restaurantes, según me han dicho. Primero en Toronto y después en Nueva York.

—¿Nueva York?

—Eso dice mi mujer. Me contó que Harry Khan ha vuelto a la ciudad. Su cuarta esposa acaba de pedir el divorcio... por adulterio continuado, según mi mujer. Un mujeriego de primera, según ella..., que no le vengan con que eso no tiene importancia. Supongo que anda en busca de otra.

¿Otra mujer? No, por favor. Que no sea Harry Khan. Que no sea Rose. Y mucho menos cuando Malik acaba de escribir esa carta.

Seguramente recordarán que Malik está muy enamorado de Rose Mbikwa...; en realidad, sería más exacto decir que está «embelesado» o «embobado». Se enamoró de ella nada más verla, y tres años viéndola todos los martes en el paseo no han hecho más que avivar las llamas de su pasión. Tal vez hayan deducido que Malik no es un hombre desenvuelto, confiado y extravertido, pero también habrán visto que a la hora de la verdad no se porta como un cobarde. Sumen estos dos datos con la inminente fecha de la principal ocasión social del calendario keniano y verán a Malik, una semana antes (justo después del paseo, por cierto), sentado a su mesa, escribiendo una carta a la señora Rose Mbikwa, en la que le pregunta si le haría el honor de acompañarlo al baile anual del Club de Caza de Nairobi.

Malik, hay que decirlo, nunca ha sido aficionado al baile. Yo no soy corredor... no me gusta correr; pero en mis sueños soy Filípides y corro ligero de Maratón a Atenas para anunciar la victoria sobre los persas. Soy Tom Longboat en Madison Square Garden, y llego a la meta con tres minutos de ventaja sobre el pelotón. Soy Julius Ruto. Y, en sus sueños, Malik es Fred Astaire, y no sólo escribió esta carta para invitar al baile a Rose Mbikwa sino que la introdujo en un sobre, escribió la dirección y pegó el sello. Aún no tenía una entrada para el baile —y mucho menos dos—, pero ya había enviado un cheque cruzado, y en cuanto recibiera las entradas se acercaría hasta el buzón de la esquina de Garden Lane con Parklands Drive para echar la carta.

Acuérdense de cuando eran jóvenes. Acuérdense de esa carta (o correo electrónico o mensaje de texto, si lo prefieren) que enviaron a alguien. Acuérdense de la espera. ¿Aceptaría Rose? Por supuesto que no. No, por supuesto que no. Llegaría

la respuesta: una nota exquisita en un sobre rígido. Extremadamente cortés, sin explicaciones. Pero ¿podría aceptar? Podría. Sonaría el teléfono, y, al contestar Malik, oiría decir a Rose que era una idea maravillosa, que no iba al baile del Club de Caza desde hacía años y que le encantaría ir con él. Quizá él no estuviera en casa cuando sonara el teléfono, y al regresar encontraría una nota... sin nombre, sólo una palabra. Sí.

Hablemos un poco del Club de Caza. Si estuvieron en la entrada principal del Club Karen a primera hora de la mañana del último sábado de mayo de 1962, tuvieron que ver a diecisiete jinetes con sus caballos, reunidos en el césped: chaquetas rojas, bombachos blancos, cascos negros y todo lo demás. Una cacofonía de aullidos y ladridos anuncia la llegada de una jauría de sabuesos traídos desde sus casetas, un poco más allá de las pistas de tenis. Cuando los primeros rayos del sol asoman sobre los montes Ngombo, la partida del Club de Caza se pone en marcha. Antes de que haya concluido la mañana habrán encontrado y abatido dos zorros, lo que supone dos más de lo habitual, y la expedición habrá sido un gran éxito. Es un buen final para una tradición que se practica desde hace más de cincuenta años.

He de decir que los zorros eran en realidad chacales —no hay zorros en esta zona de África—, pero los cazadores siempre los llaman zorros. Los sabuesos sí eran auténticos perros raposeros, descendientes de aquellos traídos por lord Delamere, de gloriosa memoria, en 1912. Y aunque hace ya mucho tiempo que todos se marcharon a ese gran coto de caza celestial, y la costumbre de galopar hacia el sol naciente por la sabana perlada de rocío en busca de las madrigueras, echando un trago de *whisky* de la petaca, es hoy un vago recuerdo en la memoria de los pocos veteranos que aún siguen con vida, la cacería no se ha extinguido por completo. Su espíritu pervive, como el Comité de Caza del Club Karen, cuya única función es organizar el baile del Club de Caza. Permítanme que se lo muestre.

Nos encontramos en el gran salón de baile del Hotel Suffolk. Resplandecen las lámparas de araña y hay velas encendidas. Las columnas están engalanadas con espirales de buganvillas a ambos lados del salón, mientras que puertas y ventanas se adornan con grandes ramas de hibisco. La orquesta afina sus instrumentos en un rincón de la sala. Esta noche, como todas las noches en la misma fecha durante los últimos veintinueve años, disfrutaremos de la música de Milton Kapriadis y sus Safari Swingers. A un lado del salón, el mantel blanco y almidonado que cubre la larga mesa queda casi oculto por docenas de platos y fuentes.

El bufé consiste, como siempre, en canapés surtidos (veo que los volovanes son grandes este año), seguidos de ensaladas, fiambres, pollo y gambas picantes, *currys*, biryanis, frutas y pasteles que harían llorar a mi abuela, incapaz de resistirse al merengue y a la nata. En otra mesa, custodiada por un chef de uniforme blanco y gorro alto, provisto de relucientes cubiertos de trinchar, reposa un cordero asado.

Otros dos ya están listos en la cocina, a la espera de ser presentados; en Suffolk siempre han hecho muy bien estas cosas. Los camareros, con sus sarongs blancos y sus casacas granates con botones plateados, aguardan en la puerta, sosteniendo en equilibrio las bandejas de plata, con las manos enfundadas en guantes blancos. En cada bandeja llevan dos vasos de cada tipo de cerveza, *gin tonics*, *whisky* con soda, coñac con soda y soda a secas: las «cinco grandes» bebidas de África Oriental. Dejemos que empiece la fiesta.

¿Quién asistirá al baile? Bueno, todo el mundo. Más de doscientas parejas de las clases más altas de la sociedad keniana. Naturalmente todos los veteranos, y muchos de los jóvenes, con algunos de sus hijos, niños mimados que en su mayoría han abandonado África, se han trasladado a Kensington, a Belgravia (incluso a Islington en estos días), pero regresan una vez al año, huyendo del invierno británico. Es tradición que el alto comisionado británico acuda al baile y (salvo por un intervalo de tres años durante el liderato de Harold Macmillan en el Reino Unido, cuando los vientos de cambio que barrieron África enfriaron este tipo de frivolidades) normalmente no falta. Tampoco faltan algunos altos cargos de la comunidad diplomática y las diversas ONG establecidas hoy en Nairobi.

La orquesta empieza a tocar; el alto comisionado británico y su mujer abren el baile con el primer vals (siempre es un vals, el alto comisionado británico siempre es un hombre y siempre está casado), y todos los seguimos. Se baila, se charla, se come, se bebe, se coquetea y... sobre todo, se deja uno ver. Yo he estado allí y puedo dar fe de que es muy divertido. Malik, cuya esposa detestaba estas costumbres y tonterías coloniales, nunca ha ido al baile y no está seguro de que vaya a ser divertido, pero sabe que es el único lugar al que desea llevar a Rose Mbikwa. Es muy posible que las entradas lleguen con el próximo reparto del correo.

Llegan, y su invitación está lista para ser echada al buzón de la esquina de Garden Lane con Parklands Drive.



9

Rose Mbikwa está en su casa de Serengeti Gardens, en Hatton Rise, delante de una maleta vacía y abierta sobre la cama. Tal como ha explicado esa misma mañana en el paseo ornitológico, se dispone a pasar fuera la próxima semana. Lo que no ha dicho es por qué.

Ya he mencionado que Rose tiene un Peugeot 504 y que este coche ha conocido tiempos mejores. Aunque el último 504 salió de la cadena de montaje de Sausheim en 1989, estos vehículos son muy duros y todavía se ven a miles por las carreteras africanas, desde Ciudad del Cabo hasta El Cairo. El motor de 1600 centímetros cúbicos, básicamente el mismo que se usaba en el antiguo 404 Pinafarina, parece capaz de resoplar para siempre. La caja de cambios manual, aunque sólo de cuatro velocidades, es legendaria por su fiabilidad. Lo primero que falla es el diferencial, pero el declive del coche es muy lento y el gemido de un engranaje gastado puede acompañar durante años a un Peugeot 504 antes de que éste pierda del todo su espíritu mecánico.

Lo mismo sucede con muchos cuerpos humanos. Con el paso de los años, suele ser una parte la que empieza a dar síntomas de desgaste antes que las demás. En el caso de Rose, con la salvedad de esa punzada ocasional en la cadera izquierda, sobre todo tras una larga caminata, el problema no estaba en el motor ni en la transmisión. Estaba en la vista.

Al principio prefirió ignorar la ligera neblina que parecía envolver los objetos, sobre todo bajo una luz intensa. No era nada grave y se resolvería por sí solo. Pero no fue así. Bueno, sencillamente, se estaba haciendo mayor... tal vez pudiera solucionarlo con un par de gafas de esas que se compran en la farmacia. No dieron resultado. A medida que su visión empeoraba, notó cambios en la percepción de los colores (¡mira que confundir a un verderón con una suimanga de cabeza azul!). Fue al médico y se lo contó todo. El especialista le exploró atentamente los ojos con un viejo oftalmoscopio.

—Lamento decirle, señora Mbikwa, que tiene cataratas. La del cristalino del ojo

izquierdo es especialmente mala. Se está poniendo amarilla, por eso tiene problemas con algunos colores.

Le explicó que esta dolencia era más común entre sus pacientes blancos.

—La culpa es de esta luz tan intensa, con tantos infrarrojos. Afecta a las proteínas. Me temo que va a empeorar.

Le aconsejó que considerara la posibilidad de someterse a un trasplante de cristalino.

—Para empezar sería sólo el izquierdo. Es un procedimiento bastante sencillo y muy seguro en este momento, aunque tengo que decirle que en Kenia no lo hacemos muy bien.

Le sugirió que se operara en cualquier país de Europa o en Estados Unidos.

La noticia, aunque sospechada, fue devastadora para Rose. De todo lo que podía fallarle, la vista era sin duda lo peor. ¿Cómo iba a seguir con su formación de guías? ¿Y con los paseos ornitológicos? ¿Sería siquiera capaz de vivir sin la belleza de sus amados pájaros? No había solución. Por nada del mundo se gastaría tanto dinero en ella, aunque lograra arañarlo de aquí y de allá, y cuando algo no tenía remedio había que resignarse. Dio las gracias al médico y volvió a casa. Su visión empeoró. Justo un mes antes de emprender este viaje, su hijo, que ya era un hombre, había terminado sus estudios y trabajaba para Naciones Unidas, vino a visitarla desde Ginebra. No tardó en descubrir el problema, pese al estoicismo con que Rose lo ocultaba. Hizo unas cuantas llamadas de teléfono.

—Tienes cita en la clínica del doctor Strauss, en Bonstetten, para el próximo miércoles. Ya he sacado los billetes de avión. No discutas, mamá; todo está pagado.

De ahí que esa misma tarde Rose vaya a tomar el vuelo internacional de Swiss Air con destino a Zurich. Estará nueve días fuera. Mientras recorre el dormitorio con la mirada, decidiendo qué llevarse, examinemos el resto de la casa.

El barrio de Hatton Rise se construyó en la década de 1920 como una zona de clase media acomodada, para los blancos. Piensen en lugares como Sunningdale, Berkshire o en algunos de los barrios más antiguos de Freeport, en Long Island, y tendrán una idea aproximada de sus cómodas casas con amplio terreno. Hatton Rise es hoy un barrio de clase alta para keniatas de cualquier color que puedan pagar lo que cuesta una vivienda allí. Rose ha vivido en esta casa de la montaña de Serengeti Gardens desde que se casó. Hoy es la única vecina blanca en toda la calle. Donde antes vivían Bunny y Harry ahora vive un empresario asiático, dueño de la planta de embotellado de Coca-Cola de Nairobi, la más grande de África Oriental (a su mujer no se la ve casi nunca). Enfrente —en un edificio que se extiende como una hacienda y que en otro tiempo albergó al hijo menor de Delamere, a su buen amigo Jeremy y al menos una docena de perros teckel— vive hoy un juez del Tribunal Supremo que, a juzgar por la cantidad y variedad de coches que se amontonan en la avenida de su casa y se

desparraman por la calle, goza de unos ingresos más que holgados y tiene algún problema con la lealtad a una marca.

La casa de Rose es moderna, pero está pasada de moda para lo que hoy se estila en África Oriental. Las habitaciones, sin ser pequeñas, no son tan palaciegas como las de las nuevas viviendas de la calle. El salón, en la planta baja, se abre a la terraza por unas puertas plegables de madera. Plegables sólo en teoría: hace ya muchos años que alguien decidió cerrarlas y es poco probable que las bisagras se conserven en buen estado. La terraza ocupa toda la fachada posterior, y Rose se sienta unas veces fuera, en las sillas de ratán, debajo del rosal de *Banksia* amarillo (su rosa favorita) y otras veces dentro, en alguno de los viejos sillones; o se tumba en el sofá. No es como algunas personas, que tienen «su» silla. En una esquina del salón hay un aparato de música, con una maraña de cables por detrás, y los CD están desordenados en las estanterías, pero no hay televisión y por tanto tampoco una enorme antena parabólica en el jardín; un rasgo común a todos los hogares de la calle en estos tiempos. Tampoco tiene aire acondicionado. Aunque le gusta el aire acondicionado, tal como está de desvencijada la puerta de la terraza no serviría de gran cosa. Junto al salón, pero separado por tres arcos, se encuentra el comedor, con la gran mesa de castaño, doce sillas y aparador a juego. El comedor es un tardío regalo de bodas de su padre, fabricado en Dundee a principios del siglo XIX. A continuación está la cocina, y en el vestíbulo, según se entra por la puerta principal, hay un ropero. Una escalera arranca desde el vestíbulo hasta las cuatro habitaciones cuadradas y el baño en la planta superior. Sí, un solo baño. Fíjense si la vivienda es antigua.

Una característica de la casa es la cantidad de fotos y cuadros que cubren las paredes. Sobre la repisa de la chimenea, en el salón (hay una chimenea de gran tamaño, aunque rara vez la enciende), hay un retrato al óleo de un hombre negro, muy atractivo, con traje gris de raya diplomática. Está sentado a un escritorio, con un montón de papeles delante y una estilográfica en la mano. Las estanterías, a su espalda, aparecen repletas de libros encuadernados en rojo y en negro, lo que da la impresión de que se trata de un hombre serio, importante: tal vez un abogado o un político. Esta impresión queda ligeramente estropeada por la amplia sonrisa del hombre. Es Joshua Mbikwa, el hombre que treinta y cinco años antes arrancó a Rose Macdonald de su tierra escocesa. Es el hombre que le enseñó África. Es el hombre al que ella sigue amando.

Rose cierra de un chasquido su vieja Samsonite, coge el teléfono y marca. Finalmente ha decidido aceptar la invitación. Le ahorrará la molestia de buscar un taxi. Tras sólo cinco pitidos consigue comunicar con el Hilton y conectar con la habitación de Harry Khan.

El Tigre Singh y A. B. estaban en lo cierto con respecto a Harry. Su abuelo, Mohammed Khan, llegó a África procedente de la India por la misma razón que la

mayoría de sus compatriotas: para construir el ferrocarril británico. Los británicos habían llegado a la conclusión de que no podrían hacerlo solos (los obreros blancos no soportaban el calor, ya ven), pero no tardaron en descubrir que los africanos no veían ninguna razón para trabajar de sol a sol, a cambio de un cuenco de arroz, cuando podían pasar el día entero tranquilamente sentados debajo de un árbol y que sus mujeres les llevasen un cuenco de sorgo. De ahí que los británicos fletaran barcos cargados de obreros indios que, en el momento de desembarcar en Mombasa, recibían una pala y un cuenco; y así pudo construirse el ferrocarril en poco tiempo (pese a los retrasos imputables a los leones que se comían a los hombres y que tanto revuelo siguen causando). Sin embargo, cuando el 16 de julio de 1903 el primer tren recorrió la línea férrea resoplando desde el océano Índico hasta el lago Victoria, ¿qué hizo el abuelo de Harry Khan? ¿Regresó al erial de la India central para seguir trabajando a las órdenes de los británicos? Para entonces, Mohammed Khan había visto que podía haber salidas para un hombre emprendedor en aquel país extraño pero fértil. Aunque empezó a trabajar en el ferrocarril con una pala en la mano, como todos los demás, no tardó en ascender primero a capataz, después a jefe de sección y por último a responsable de suministros. Trabajaba la misma cantidad de horas, pero su ascenso significaba que podía recorrer la línea de extremo a extremo y observar lo que ocurría alrededor. Los ingenieros estaban parados en un tramo de la obra, por falta de dinamita.

En un cobertizo de hojalata de Mombasa, cerrado con candado, Mohammed Khan descubrió por casualidad que los bultos apilados contra la pared eran cajas de dinamita, olvidadas por el director del puerto cuando concibió un gran proyecto de ampliación del dique con roca de coral extraída de una montaña cercana. Dos sonoras explosiones bastaron para poner de manifiesto la extrema fragilidad de la roca, que tras la deflagración quedaba reducida a mero polvo inútil, de ahí que la dinamita siguiera guardada en sus cajas de pino sueco en aquel cobertizo del muelle. Mohammed Khan organizó un encuentro entre el director del puerto y el ingeniero jefe del ferrocarril, y éstos llegaron a un acuerdo. El director del puerto recompensó la mediación del abuelo de Harry Khan con lo primero que encontró a mano, que resultaron ser varios rollos de tela de estambre roja, traídos desde Manchester y olvidados en su oficina en extrañas circunstancias por el propietario de un yate de vapor privado.

Mohammed Khan aceptó agradecido la tela roja y tuvo una inspiración. Cortó la pieza en retales y el siguiente sábado libre llevó su mercancía al mercado que se instalaba detrás de la estación de Nairobi. El primer sábado vendió un retal a un masai. El segundo sábado vendió veinte, y el tercero un centenar. Casi todos los masai que pasaban por allí con sus rebaños de cabras o de vacas —y eran muchos los que se acercaban a la estación, atraídos por el curioso espectáculo— decidieron hacerse un traje rojo. Fue así como los masai, que hasta entonces preferían ropa del color de la tierra que pisaban, se aficionaron a la tela roja que todavía siguen usando,

y fue así como Mohammed Khan comenzó su negocio.

Cuando llegó el momento de que el anciano Mohammed dejara el negocio en manos de su hijo, su empresa se había convertido en una de las más grandes de África Oriental. Los anuncios que aseguraban que «Khan es sinónimo de Khalidad» se veían por todas partes, desde el vapor de Mombasa hasta la estación terminal de Entebbe, desde las llanuras del Serengeti hasta la cumbre del Kilimanjaro.

El padre de Harry consolidó este pequeño imperio comercial y, en la década de 1960, la familia era una de las más ricas de la región. Hasta que se torcieron las cosas. Se acercaba la independencia, y la confianza de los empresarios se hizo añicos. La inestabilidad y el desgobierno se extendieron por todo el país; las tribus llamaban a la tribalización y los nacionalistas al nacionalismo. En cuanto Harry, el menor de sus hermanos, terminó sus estudios en Eastlands High, la familia lo vendió todo, hizo el equipaje y se mudó a Toronto.

Allí les fue bien y pronto ampliaron su actividad a Estados Unidos. Harry se había incorporado para entonces al negocio familiar, aunque su papel era principalmente de relaciones públicas. No tenía cabeza para los números, como su hermano Aladino, ni olfato para sellar un buen acuerdo, como su hermano Salaman, pero tenía un don: sabía agradar a los demás. Cada vez que inauguraban un nuevo hotel, Harry era el encargado de organizar la fiesta, atender a los invitados y pronunciar los discursos. Cuando buscaban financiación para un nuevo centro comercial, era Harry quien se ocupaba de invitar a los banqueros a comer. Cuando se vendía una franquicia, era Harry quien entretenía a las mujeres de los franquiciados (a las mujeres de los franquiciados siempre les gustaba Harry).

Entretanto, sus hermanos cerraban los tratos y hacían recuento del dinero, y como éste entraba en abundancia, rara vez había necesidad de pedir cuentas a Harry por sus tarjetas de crédito y sus gastos bancarios. Harry vivía a caballo entre su apartamento en las afueras de Toronto, con vistas al río San Lorenzo, y su apartamento en el centro de Manhattan, con vistas al East River. Iba ya por su quinto apartamento en ambas ciudades, pues cada una de sus exmujeres había reclamado la vivienda conyugal, y Harry estaba harto. Sus hermanos también empezaban a hartarse; tantas mujeres y ningún hijo. Le aconsejaron un cambio de aires. Sería difícil para ellos, pero podrían arreglárselas sin él unas cuantas semanas, incluso unos meses. ¿Qué tal una visita al país natal? (Sí, seguro que en África podría contar con Amex). Tal vez su madre quisiera acompañarlo. Y podría husmear un poco. Tal vez hubiera nuevas oportunidades de negocio en África Oriental en ese momento... posibles franquicias. Harry aceptó.

No tenía la menor idea de cómo iba a pasar tres meses en Kenia, pero estaba seguro de que algo surgiría.



Era mucho lo que había cambiado en los cuarenta y cuatro años transcurridos desde que Harry Khan y su madre recorrieron por última vez la carretera que conduce desde el aeropuerto internacional hasta la ciudad de Nairobi. Harry no lo reconocía en absoluto. Su madre, sentada en el asiento trasero del flamante Range Rover de su sobrino Ali, que había ido a recogerlos, sacudía la cabeza cada vez que creía recordar algún hito del pasado, casi olvidado y embutido entre grandes edificios de oficinas de hormigón, concesionarios de automóviles y tiendas de muebles. «Ayyy», decía. En todo el camino hasta Nairobi —pasando por el estadio de fútbol, el parque Uhuru, la nueva sede del Parlamento y la antigua universidad— no dijo otra cosa. Ayyy.

—No recuerdo los nombres de las calles —dijo Harry.

—Los han cambiado todos, amigo —respondió su primo—. ¿No sabes que la época colonial ha terminado?

Al salir de Uhuru Road (antes Queen's Avenue), Ali entró por Kenyatta Parade (antes Prince's Street), pasó por delante de una gasolinera y dejó atrás una pequeña glorieta, donde media docena de chavales harapientos observaban con la mirada perdida. Rebotaron unos cientos de metros por una calle llena de baches y entraron por una verja, coronada con el nombre de «Sea Spray» en flamantes letras doradas.

—Y esto tampoco lo recuerdo.

—Es nuevo. Más tranquilo que el Hilton. Me pareció mejor para la tía.

—¿Y qué ha sido del Livingstone?

—Ah, te refieres al Amanecer de África. Ha cambiado de dueños. —Ali sacudió la cabeza—. Ya no es lo que era.

Harry no necesitaba preguntar por qué no se alojaban en el Stanley. Ninguno de los Khan había vuelto a poner un pie allí desde el día —de eso hacía ya cuarenta años— en que su padre, que se dirigía al comedor en compañía de un cliente muy importante, fue tomado por el director del hotel por un camarero y amenazado con ser despedido si no andaba más rapidito. El Sea Spray (sólo sus propietarios, una familia

saudí que jamás había pisado aquel lugar sabía por qué se llamaba así un hotel situado a unos quinientos kilómetros del mar más próximo) parecía un buen hotel moderno. Se registraron. La madre de Harry subió a su habitación a descansar, mientras Harry y Ali se retiraban al bar.

Decidieron pasar una noche en Nairobi antes de seguir camino hasta Naivasha. Ali seguía teniendo la casona en el lago, construida por el abuelo en los años treinta, donde las ramas americana y keniana de la familia habían pensado que la madre de Harry pasaría mejor sus tres meses en Kenia. Sería más cómodo recibir allí a todos los parientes, en lugar de desplazarse a visitarlos. Resultó ser una sabia decisión. Cuanto antes salieran de aquella ciudad destrozada, informó a su sobrino y a su hijo mientras desayunaban a la mañana siguiente, más contenta se sentiría.

La casa del abuelo apenas había cambiado. El largo seto de poinsetia seguía bordeando la carretera, las grandes verjas de hierro todavía daban acceso a la avenida de gravilla, y allí seguían las amplias praderas de césped y la fachada de estuco rosa flamenco. A la madre de Harry le encantaba aquella casa; a Harry no. Se aburría. A los tres días de su llegada, tras asegurarse de que su madre se había familiarizado con la vida en África y volvía a acostumbrarse a tener criados, al punto de recuperar sus antiguas maneras despóticas, Harry se alegró de aceptar la invitación de la hija menor de la hermana de la mujer de su primo, Elvira —la niña mimada, la más guapa, la que seguía soltera pero estaba prometida y había ido a ver a su tía—, y se marchó con ella a pasar unos días en la ciudad. El prometido de Elvira, un economista de buena familia y serias intenciones, se encontraba por desgracia en Dubai, por asuntos de trabajo, pero la joven estaría encantada de mostrarle a Harry la ciudad.

Esta vez Harry se alojó en el Hilton. Alquiló un Mercedes rojo. Elvira se ocupó de enseñarle los encantos de Nairobi, incluso más de lo que debía, y en todas partes aceptaban American Express. Harry llegó a la conclusión de que aquello no estaba tan mal. Hasta que el prometido regresó a la ciudad.

Y así fue como Harry, aburrido también en Nairobi y sin nada que hacer, se sorprendió una mañana camino del museo (entre todos los lugares posibles), con intención de pasar allí unas horas y distraerse un poco antes de ir al restaurante de las afueras de la ciudad del que le habían hablado, donde pensaba tomar un par de cervezas y comer algo. Y así fue como conoció a Rose Mbikwa.

Veamos cómo transcurre la semana para Rose. El lunes por la mañana, reunión de personal. Esto quiere decir su servicio doméstico, integrado por cinco personas: Elizabeth, la encargada de la casa; Reuben, el jardinero de sesenta y tres años (Rose se niega a llamarlo *shamba*), y tres *askaris*: Mokiya, Mukhisa la mayor y Mukhisa la joven. Entre todos se ocupan de la casa de Serengeti Gardens y la guardan. En

realidad Rose no necesita tanta gente. Es buena cocinera y le encanta el jardín. Tampoco tiene la sensación de que necesite guardar nada. Los muros altos, las verjas de acero afilado y los sofisticados sistemas de alarma tan del gusto de sus vecinos le harían sentirse más amenazada que segura (además, Rose sabe que si se proponen pillarte, te pillan igualmente). Sin embargo, en el momento de construir la casa se habilitó un generoso espacio para el servicio doméstico, y estaría mal no utilizarlo, igual que estaría mal no ofrecer un empleo honrado a tanta gente necesitada. Rose formaba parte de los afortunados, y como decía Joshua, hay que compartir la suerte con los que te rodean. Desde que empezaron a trabajar para ella, las tres *askaris* —en particular Mukhisa la joven— se convirtieron en expertas observadoras de aves, y a todas horas la llaman para que salga a ver, o a identificar a veces, algún ejemplar especialmente hermoso o raro.

La tarde del lunes la dedica a la correspondencia. La mañana del martes al paseo ornitológico; la tarde del martes la pasa en el museo, trabajando en el programa de formación de guías, además del miércoles y el jueves completos. El viernes por la mañana cubre un turno como guía voluntaria en el museo y se reserva la tarde libre para hacer las compras de la semana, con la ayuda de Elizabeth en el regateo y de Reuben en la tarea de cargar con los paquetes. Ese viernes por la mañana se disponía a guiar a un grupo de turistas escaleras arriba, hasta la galería Joy Adamson, cuando se fijó en un hombre bien vestido que se rezagaba un poco de los demás. Al ver que la miraba, Rose sonrió y dijo:

—Puede acompañarnos si lo desea.

En el curso de la hora y media siguiente, Harry Khan aprendió más cosas de Kenia de las que había aprendido en los dieciocho años que vivió allí, sobre todo de pájaros. Casi mil especies de aves: más que en toda América del Norte. Al terminar la visita guiada, Harry ya empezaba a pensar que su tierra natal era un país muy especial. Y cuando se disponía a salir del museo, retumbó el trueno y el cielo se abrió. Ni hablar de volver andando al hotel y calarse hasta los huesos, pero ¿esperaba a que escampase o buscaba un taxi? Tenía que haber alguna parada de taxis cerca. Y en ese momento apareció la mujer blanca y alta, paraguas en mano.

—¿Sabe dónde podría encontrar un taxi? —preguntó Harry—. Y muchas gracias por la charla.

—Normalmente paran allí, justo en la puerta. Y gracias a usted, me alegro de que le haya gustado.

Lo reconoció como el hombre de pelo blanco y ascendencia india que se había apuntado al paseo del día siguiente.

Pensó fugazmente que era muy atractivo... ¿Y tenía un leve acento americano? Le preguntó a dónde iba y él respondió que al Hilton. Se ofreció a llevarlo. Harry la invitó a entrar y tomar un café. Rose aceptó. Y lo cierto es que lo pasó muy bien. Al sorprenderse resoplando de risa en la taza de café, tras otra extravagante anécdota sobre la mujer de un franquiciado americano (que Harry bordó con acento del medio

oeste), Rose se dijo que hacía mucho tiempo que no se reía así. Cuando Harry le preguntó si le gustaría que comieran juntos —había oído hablar de ese restaurante de las afueras—, se sorprendió aceptando. (¿Por qué no? Además, desde la terraza seguro que verían algunos pájaros). De manera que fue a comer con Harry a Tusks, y además de escuchar muchas historias divertidas, comprobó que Harry se interesaba mucho por las aves. La visión de un papamoscas del paraíso, con la cola de un color castaño reluciente, encaramado a un jacarandá a pocos metros de la terraza donde almorzaban, pareció maravillar a Harry. Por eso, cuando propuso repetir la experiencia —¿qué tal si cenaban al día siguiente en el Hilton?—, ella dijo que sí sin pensarlo siquiera.

Y fue entonces cuando bailaron.



11

«¿Qué quieren los hombres de las mujeres?», me preguntó un día mi abuela sin venir a cuento, mientras esperábamos a que nos atendieran en la barra del Crown and Anchor, uno de nuestros bares favoritos, de los que frecuentábamos por riguroso turno para adquirir la botella diaria de jerez dulce que a ella tanto le gustaba. Sin esperar respuesta, dijo en voz alta: «Sexo». Satisfecha con la expresión que suscitó en mis rasgos de adolescente ya maduro, continuó diciendo:

—¿Y qué quieren las mujeres de los hombres?

Negué con la cabeza, sin saber qué decir.

—Que sepan bailar.

A medida que iba creciendo y aficionándome al jerez dulce, comprendí que mi abuela tenía mucha razón. Sospecho que Rose estaría de acuerdo. A Rose le encanta bailar.

Volvamos a la primavera de 1959. Faltan todavía doce meses para que el señor Chubby Checker introduzca el *twist* en el mundo. Y otros veinticuatro para que «El Watusi» de Ray Baretto cause furor en todo el planeta. De Burbank al Bronx y de España a Escocia, el *rock and roll* sigue siendo el rey de las listas de éxitos y el soberano indiscutible de las pistas de baile, y en el dormitorio común del colegio presbiteriano para señoritas de Edimburgo, Rose Macdonald, a sus catorce años, está bailando *rock and roll* con los mejores bailarines, en este caso sus compañeras del exclusivo centro educativo todavía famoso por cultivar a la flor y nata. Vean cómo mueven los pies, cómo se desplazan, cómo realizan ese deslizamiento característico. Cuando ven a Elvis poner esos morritos en la pantalla del televisor Decca en blanco y negro que hay en una esquina del dormitorio, las chicas se derriten. ¡Sí, dale fuerte al ocho por cuatro y mueve el esqueleto! Cuando Rose Macdonald ingresa en la universidad, el compás ha pasado a cuatro por cuatro y la costumbre de tocar a la pareja durante el baile ha caído temporalmente en desuso, pero Rose nunca olvidará

la euforia de esos primeros bailes ni los pasos. Ese sábado por la noche en el Hilton de Nairobi, con Harry Khan, descubre que él tampoco los ha olvidado.

Al salir del hotel dice:

—¿Vendrás el martes al paseo ornitológico?

—Creo que sí, señora Mbikwa.

El jueves siguiente, a las ocho de la tarde, es decir, dos días después del paseo, dos días después del «Linda Rose», y el día siguiente a la apuesta de los pedos, Malik entra en el abarrotado bar del Club Asadi. Lleva un maletín de cuero negro en la mano derecha. Los señores Gopez, Patel y Singh, sentados a una mesa cerca de la barra, lo miran sin decir nada. Malik se sienta en la silla vacía, abre la maleta y saca un sencillo cuaderno. Sin comentario alguno, se lo pasa al Tigre.

—Y bien, Malik —dijo el Tigre, depositando el cuaderno sobre la mesa, sin abrirlo por el momento—. ¿Has cumplido tu misión?

Malik asintió.

—¿Y están los resultados de tu investigación en ese cuaderno?

—Ahí están.

—¿Has logrado llevar a cabo el procedimiento satisfactoriamente, tal como se estipula en el acuerdo redactado y certificado anoche para dar fe de la apuesta entre los dos miembros del Club Asadi que en este momento nos acompañan?

—Lo he logrado.

—Caballeros. —Se hizo el silencio cuando el Tigre se puso en pie—. Caballeros, ya han oído las palabras de nuestro noble amigo Malik. Antes de abrir este cuaderno y proclamar al ganador de la apuesta, ¿desea alguno de ustedes —se volvió a los protagonistas— decir algo al respecto del acuerdo, del procedimiento o de cualquier cuestión relacionada con el asunto que nos disponemos a dilucidar?

Primero el señor Gopez y a continuación el señor Patel negaron con la cabeza. El Tigre escudriñó con la mirada la sala todavía en silencio.

—¿Tiene algún miembro del Club Asadi, aquí presente, algo que decir al respecto del asunto que nos ocupa, a saber, de la apuesta entre estos caballeros, el señor Gopez y el señor Patel?

Pasando por alto un «Vamos, procede», sofocado y pronunciado con voz pastosa desde un rincón del local (sin duda de Sanjay Bashu), el Tigre se sacó unas gafas del bolsillo de la camisa y se las calzó en la nariz.

—Caballeros, tengo el resultado delante. *Ad utrumque paratus*. —Abrió el cuaderno y enarcó un milímetro las cejas, con aparente sorpresa—. Recordaréis que si el resultado es igual o superior a cincuenta y uno, el ganador de la apuesta será el señor Patel. Si es igual o inferior a cincuenta, ganará el señor Gopez. El resultado, caballeros, asciende...

Barrió una vez más con la mirada el bar en silencio.

—... a cuarenta y dos.

Por unos momentos se habría podido oír hasta el pedo de una mosca; luego, una confusión de protestas, mezcladas con la misma cantidad de exclamaciones y gritos de júbilo. A. B. Gopez se levantó y se inclinó sobre la mesa. Patel, con tan sólo un esbozo de mueca de desdén, estrechó la mano tendida. La voz del Tigre se alzó sobre el barullo para decirle al camarero:

—Cuatro Tusker. Y cuatro Johnnie Walkers... dobles.

Algunas voces exigían un recuento; no Patel, que ya había aceptado la derrota como digno socio del club que era, pero sí algunos de los miembros más jóvenes. El cuaderno de Malik, que pasaba de mano en mano para ser inspeccionado, fue localizado y devuelto a manos del Tigre, quien con pericia forense no tardó en detectar las diez marcas añadidas con tinta de distinto color. Expulsó de la sala a los que protestaban, advirtiéndoles severamente de las penas que podrían serles impuestas por incurrir en desacato.

Malik empezaba a explicarles a Patel y A. B. que había contado con la ayuda de su *shamba* para realizar el recuento, cuando Harry Khan entró en el bar.



12

Si el mismísimo dios Ganesha —cuatro brazos, cabeza de elefante, colmillos rotos y corona de diamantes— hubiese entrado en el bar del Club Asadi en ese momento, la sorpresa de Malik no habría sido mayor. Allí estaba Harry Khan, todo blanco y sonriente. El pelo frondoso y blanco, una camisa casi tan reluciente como su dentadura, pantalones blancos, chaqueta blanca y (sí, ese hombre no conocía el pudor) mocasines blancos. Y de su brazo, con un vestido rojo muy corto, una mujer joven y muy guapa.

Cuando el Club Asadi abrió sus puertas en 1903 era sólo para indios. Cualquier ciudadano del subcontinente asiático podía aspirar a ser socio, sin distinción de raza o religión, según rezaban las normas. En la práctica, esto significaba que no había socios femeninos, pues ¿quién sabía de alguna mujer que quisiera afiliarse a un club? Sólo tras el escándalo de lo que más tarde se conoció como el «caso Ranamurka», en 1936, las normas del club se modificaron para excluir deliberadamente a las mujeres. Y así siguieron las cosas hasta mediada la década de los setenta, cuando la oleada del feminismo (con cierto retraso y algo diluido entre la comunidad asiática de Nairobi, pero no obstante presente) coincidió con un descenso en el número de afiliaciones. Tras muchos debates —y pese a la amenaza de Jumbo Wickramasinghe de pegar un tiro a la primera mujer que pusiera un pie en el club y luego pegárselo él—, finalmente se permitió el acceso a las mujeres. Sin embargo, como tampoco se hizo ningún esfuerzo por atraerlas —¿a cuántas mujeres les gusta pasarse la noche jugando al billar y bebiendo cerveza?, eso por no hablar del estado en que se encontraban los aseos de señoras—, se pudo evitar un derramamiento de sangre. Al cabo de treinta años, casi las únicas mujeres que se veían en el club eran las hijas y las esposas de los socios que acudían al tradicional *curry* del primer domingo del mes. Nunca una noche entre semana.

Todas las miradas se volvieron a la joven que iba del brazo de Harry Khan. Se trataba, como seguramente habrán adivinado, de la hija menor de la hermana de la mujer de su primo: Elvira, la niña mimada, la guapa, la soltera pero prometida, que en

cuanto su novio regresó a Dubai llamó inmediatamente al tío Harry para ver si quería hacer algo. Cuando hubieron hecho algo, él dijo que le apetecía tomar una copa y ella que estaba aburrida del ceremonioso Hilton. Seguro que su hermano Sanjay estaría en el club; propuso que fueran allí a tomar esa copa. Sería divertido.

Su hermano (el mismo Sanjay Bashu que había terciado desde la barra apenas media hora antes, y que aliviaba desde entonces su decepción con generosas dosis de linimento internacional Johnnie Walker, tras haber respaldado a Gopez en la apuesta de los pedos) le aseguró que se alegraba de verla.

—Quiero decir que me alegro de verdad, Pizca-Pizca. Lo digo en serio. Me alegro mucho.

Harry se acercó a la barra, mientras dejaba a la guapa sobrina advirtiéndole a su ebrio hermano, entre forzados susurros, que no volviera a llamarla por ese absurdo apodo y amenazándole con contar cierta historia sobre cierto conejo que tenían como mascota si se atrevía a repetirlo. Sentados a una mesa próxima a la barra había cuatro hombres: tres lo miraban y el cuarto apartaba ostensiblemente la vista. Reconoció a uno de ellos.

—¡Malik, qué estupendo volver a verte!

Malik no podía hacer nada ni tenía adonde ir. Se volvió hacia Harry Khan, le dirigió una sonrisa cortés y estrechó la mano que éste le tendía.

—Ah, Harry.

Patel, A. B. y el Tigre estaban impresionados e intrigados. Impresionados porque la chica, que al parecer había terminado de compartir alguna confidencia con Sanjay Bashu, se acercaba ahora pavoneándose, con un vestido de corte y capacidad cubriente rara vez vistos en Nairobi, y mucho menos en el Club Asadi. E intrigados porque aquél era el Harry Khan por el que tanto interés había mostrado Malik, ¿verdad?

—Magnífico lugar —dijo Harry, esbozando la más blanca de sus sonrisas—. Me encanta. ¿Es aquí donde pasas el rato, Malik? Me extrañaba no verte por el Hilton. ¿Conoces a mi sobrina? Elvira, te presento a mi viejo amigo Malik. Íbamos juntos al colegio.

Más apretones de manos.

—Oye, Malik, ¿cómo te llamábamos entonces?

—¿Me llamabais?

—Sí... en el colegio.

—¿En el colegio? —Malik notó que la frente se le cubría de sudor frío—. No me acuerdo. Deja que te presente a...

—Te llamábamos Mac, eso es. No; no era así. —Harry miró al techo en busca de inspiración—. Mierda. Da lo mismo, ya me acordaré. ¿Quiénes has dicho que eran tus amigos?

Se hicieron las debidas presentaciones, se pidieron bebidas, se respondieron las preguntas sobre los intereses que habían llevado a Harry a la ciudad y sobre la salud

de su madre, y Patel se dirigió a Elvira con una sonrisa inocente.

—Supongo que a usted no le interesan los pájaros en absoluto. —Y, tomando su silencio por una afirmación, siguió diciendo—: Pídale a nuestro amigo Malik que le hable de sus hadadas.

Malik estaba a punto de pronunciar un elocuente discurso ornitológico cuando Harry le tomó la delantera.

—Los pájaros. ¡Qué dulces! Grandes aves marrones. Este fin de semana he aprendido un montón de cosas sobre pájaros.

Y el malestar de Malik con Patel, por su malicioso intento de ponerlo en un aprieto, dio inmediatamente paso a un sentimiento muy distinto.

—¿Pájaros? ¿Dónde? ¿Con quién?

—¿Conocéis a Rose Mbikwa? —dijo Harry—. No hay cosa que no sepa de nuestros amigos con plumas. ¿Sabíais que sólo en Nairobi pueden llegar a verse hasta doscientas especies de aves? ¡Y lo bien que baila, amigos!

¿Bailar? ¿Bailar?



— ¿Bailar? —dijo Malik. ¿Rose Mbikwa... con Harry Khan?

—Sí, bailar. Rock and roll. ¡Qué ritmo tiene esa gatita! ¿Conocéis la máquina de discos del Hilton? Es una de las más viejas, con música antigua. Bill Haley, Little Richard, hasta Big Bopper. Oye, a lo mejor la invito a bailar a... ¿Cómo has dicho que se llamaba, preciosa?

—¿Te refieres al baile del Club de Caza, tío Harry?

—Sí, el baile del Club de Caza. ¿Sabéis dónde puedo conseguir un par de entradas?

—No puedes. —Malik no pretendía decir eso. Pronunció estas palabras sin poder evitarlo—. Ya no quedan. Se han vendido todas. Además, tienes que ser socio.

—¿Socio de qué? —dijo Patel.

—Del club. Del Club Karen. Eso he oído.

—Tonterías —dijo Patel—. Yo he ido a ese baile.

—Ah..., pero es posible que ya no queden entradas. ¿Verdad, Tigre?

Aunque el Tigre no tenía la menor idea de lo que ocurría, no pudo pasar por alto la mirada suplicante en el rostro de su amigo.

—Eh, sí, muy posiblemente. Si tú lo dices, querido Malik.

—Bah, no te preocupes, tío. Sanjay te cederá las suyas. Estoy segura, si se las pido con amabilidad.

Al parecer, Sanjay, el hermano de Elvira, había pedido cuatro entradas, y el prometido había prometido volver de Dubai ese fin de semana para asistir al baile. No tuvo elección.

—De todos modos —dijo Malik—, no puedes invitar a la señora Mbikwa.

—¿Por qué narices no puedo? —preguntó Harry.

—No puedes, porque le he escrito una nota para invitarla yo.

Fue Patel quien formuló en voz alta la pregunta que acudió simultáneamente a la mente de todos los presentes.

—¿Tú?

Malik asintió.

Y Gopez fue el siguiente en preguntar.

—¿Y qué ha dicho?

—Bueno... —Estaba a punto de explicar que aún no había respondido. Esta invitación era su secreto desde hacía nueve días, y nueve días llevaba ardiendo en el corazón de Malik una pequeña llama de esperanza. Era poco probable, pero posible, al menos posible, que ella aceptara. Malik sólo tenía que enviar la invitación en cuanto consiguiera las entradas. Pero ahora que había revelado su secreto, el asunto le pareció precisamente lo que más temía. Un chiste: un chiste imposible y patético. Y él, Malik, más patético todavía. Sin embargo, pese a la expresión que observaba en los rostros de sus amigos, esa pequeña llama no se había extinguido por completo. Algo, desde lo más profundo de su corazón, le aseguraba que su invitación a Rose Mbikwa no era en absoluto un chiste. Era un ofrecimiento sincero, era un cumplido honesto, y por mucho que pudieran pensar los demás, Rose Mbikwa así lo entendería.

—Todavía no la he enviado.

Una exclamación de Harry Khan sucedió a un momento de silencio.

—¿Todavía no la has enviado? ¿Qué clase de invitación es ésta?

—Todavía no he... no he podido. Pero ya está todo dispuesto. Y he pedido las entradas.

—A ver si lo entiendo —dijo Harry—. Aún no tienes las entradas y aún no has enviado la invitación...

—Sí, pero...

—Ahórrate el sello, Malik, porque voy a llamarla ahora mismo.

Fue el Tigre quien intervino.

—Antes de que se haga ninguna llamada o se envíe ninguna carta, sería conveniente reflexionar un momento, caballeros.

—¿Reflexionar? —dijo Harry—. ¿Qué hay de malo en el amor y en el baile? ¿No os parece, chicos?

—Hay algo de verdad en lo que dice, señor Khan —respondió el Tigre—. Pero Malik tiene cierto derecho preferente en este caso.

—Yo no veo ningún problema —terció Gopez—. ¿Por qué no pueden invitarla los dos?

—Porque eso, A. B., pondría a nuestra dama en una posición muy delicada. A *fronte praecipitium a tergo lupi*, si es que me entiendes. No puede aceptar las dos invitaciones, y sería embarazoso rechazar una de las dos. He tenido el honor de conocer a la dama en cuestión. Es sin lugar a dudas una mujer de rara virtud y distinción; de ahí que resulte aún más importante, estoy seguro de que convendrás conmigo en eso, no someter su sensibilidad a la prueba de una elección tan poco grata.

—¿Quieres decir que ninguno de los dos debería pedírselo?

—En absoluto, A. B., en absoluto. Uno, pero no los dos. Tal como yo lo veo —y

estoy seguro de que nuestros amigos aquí presentes estarán de acuerdo—, es nuestro deber como caballeros evitar semejante padecimiento a este exponente de la femineidad. Y, me atrevo a decirlo, es también nuestro deber como miembros del Club Asadi.

—¿Qué propones exactamente, Tigre?

—Propongo, A. B., que busquemos la manera justa de dirimir quién merece el honor de formular la primera invitación.

—Eso es. —Harry Khan sonreía de oreja a oreja—. ¿Qué va a ser: póquer, billar, pulso?

—¿Contar hadadas? —sugirió Patel, sin poder contener una risita.

Tal como de un hombre que se ahoga se dice que se aferra a una brizna de hierba, Malik se aferró a estas palabras, en su torbellino de vergüenza y confusión.

—Sí, eso es —asintió.

—¿Qué? —preguntó Gopez.

—Pájaros.

—¿Pájaros? —dijo el Tigre.

—Ah, ya veo —dijo Gopez—. Lo que queréis es un augurio, un poco de adivinación. ¿Abrirles las entrañas para ver qué dicen?

—No; un concurso, una competición. Contar pájaros. Quién es capaz de identificar más especies de aves en... digamos... una semana.

—Creo que entiendo lo que te propones, Malik —dijo Patel—. Si ganas, echarás al buzón esa invitación para el baile del Club de Caza. Si pierdes, Khan podrá hacer esa llamada de teléfono.

—Ésta podría ser la solución que buscamos —convino el Tigre—. Pero, *audi e alteram partem*, como bien sabéis. Antes debemos saber qué opina Khan.

Harry Khan esbozó una sonrisa lenta. ¡Qué coño! Aquello prometía ser todavía más divertido que Elvira.

—Puede que esta vez veas a ese tejedor, ¿eh, Malik? Y, sí, ya me acuerdo de cómo te llamábamos. No era Mack... era Jack. ¿Verdad?

Malik parpadeó.

—De acuerdo, Jack. Trato hecho. Que decidan los pájaros.

—Esto podría plantear un pequeño problema, Tigre —observó Patel—. Uno de los participantes en el concurso no es, que yo sepa, miembro de este club.

—Se propone su admisión —dijo Malik.

—Se acepta —asintió A. B. Gopez, en voz algo más alta.

—Inscríballo, señor Patel —concluyó el Tigre—. Inscríballo.



14

Permitidme decir en primer lugar, queridos socios del club, y muy especialmente nuestro miembro más reciente, a quien doy la bienvenida, que es para mí un gran honor ser llamado a dirimir el conflicto entre Malik y Khan.

El Tigre, que había pasado el resto de la noche anterior debatiendo con las partes y la mañana siguiente en su despacho con Patel y Gopez (los tres se habían ofrecido voluntarios para formar el comité *ad hoc* encargado de supervisar la apuesta), estaba a punto de anunciar «las reglas del compromiso» ante el abarrotado Club Asadi. Sacó un documento del maletín y lo dejó sobre la mesa.

—Pero *a posse ad esse...*, vayamos al grano. —Desatando el lazo rosa que sujetaba el montón de papeles, carraspeó y dijo—: Se ha acordado entre los socios que nos acompañan, el señor Malik y el señor Khan (en adelante, los protagonistas) celebrar una apuesta. El ganador de dicha apuesta tendrá el privilegio de invitar a la señora Rose Mbikwa (en adelante, la dama) al baile del Club de Caza de Nairobi, el próximo 25 de noviembre. La parte perdedora se compromete a abstenerse de formular ninguna invitación a menos que, y sólo en este supuesto, la dama en cuestión responda a la primera invitación con una negativa tajante. Ambas partes se comprometen asimismo a no establecer contacto alguno —personal, telefónico, epistolar, por mediación de tercera persona o por cualesquiera otros medios— con la mencionada dama, desde este momento y hasta el momento en que la apuesta haya concluido.

El Tigre recorrió al auditorio con la mirada antes de volver al documento que tenía en la mano.

—Los términos de la apuesta son los siguientes —continuó—. Que desde el día de mañana, sábado, 14 de octubre, y hasta el mediodía del sábado, 21 de octubre, los protagonistas elaborarán una lista de las especies de pájaros que logren identificar a primera vista. El que consiga identificar el mayor número de especies en el curso de los siete días será tenido por ganador de la apuesta. El resultado de la competición será decidido por el comité *ad hoc* (en lo sucesivo, el comité), cuyo veredicto será

inapelable. La decisión se hará pública lo antes posible, a partir del mediodía del último día de la apuesta, es decir, el sábado 21 de octubre. ¿Están de acuerdo en lo estipulado hasta el momento, caballeros?

Un rígido asentimiento de Malik y un «ya lo sabes» de Harry Khan; un murmullo del bar abarrotado.

»En tal caso, los términos de la competición, que serán vinculantes para ambos protagonistas, son los siguientes:

»Uno: Las especies de aves se identificarán de acuerdo con el Registro Oficial de Aves de África de 1996. No se admiten subespecies, aun cuando en publicaciones posteriores éstas se reseñen como especies por derecho propio.

»Dos: Las aves deben estar vivas y no sufrir daño alguno en el momento de su identificación.

»Tres: Las aves deben encontrarse en su hábitat natural, y bajo ningún concepto enjauladas, encadenadas o confinadas.

»Cuatro: La identificación debe ser visual, quedando expresamente excluido el reconocimiento por rastros, excrementos, nidos o plumas desprendidas del cuerpo del ave.

»Cinco: Se prohíbe el uso de reclamos, señuelos, otras aves cautivas o sonidos grabados para atraer a los pájaros.

»Seis: Se permite en todo momento el uso de instrumentos ópticos en forma de prismáticos, telescopios y otros artilugios pasivos. Quedan expresamente prohibidas las cámaras (fotográficas o digitales), los equipos de vídeo (incluidos los de visión nocturna) y otro tipo de dispositivos electrónicos.

»Siete: Sólo serán válidos los avistamientos realizados a la distancia de un día de viaje desde el Club Asadi y comprendidos dentro de las fronteras de la República de Kenia, incluidas sus riberas, sus lagos y las islas de su litoral.

»Ocho: Para garantizar el cumplimiento de las antedichas normas, los protagonistas deberán personarse diariamente en el club, entre las siete y las ocho de la tarde, nunca con posterioridad, durante toda la semana de la apuesta.

»Nueve: A la hora acordada, los protagonistas darán parte de las especies identificadas cada día a un miembro del comité, quien se encargará de registrarlas en la lista oficial, la cual se exhibirá, junto con una copia de este contrato, en el tablón de anuncios del club.

»Diez: Cualquiera de los protagonistas puede apelar al comité, en el periodo comprendido entre las siete y las ocho de la tarde, en relación con las normas tanto del contenido general como de los detalles de la apuesta. Las normas establecidas por el comité serán de aplicación a ambos protagonistas y su veredicto será inapelable.

El Tigre Singh levantó la vista del documento.

—¿Están dispuestos a ratificar las reglas, caballeros?

—Sí —dijo Malik.

—Sá —dijo Harry Khan.

—Dos cosas más. En primer lugar... —el Tigre escudriñó a la multitud con toda la autoridad de su magisterio—... que de conformidad con el protocolo establecido, este asunto no puede discutirse fuera del club. Recordad todos los presentes que una dama está implicada. Segundo, el comité desea añadir la siguiente observación. En casos como el que nos ocupa es imposible un estricto cumplimiento de las normas. Que el resultado sea justo depende exclusivamente de la honestidad y la integridad de los protagonistas, ambos hombres de honor y ambos miembros del Club Asadi.

El Tigre miró fijamente a los contendientes. Por una vez, Harry Khan no sonreía.

—*Audentes fortuna juvat*, caballeros. Que gane el mejor.

Malik pasó toda la noche, en su cama solitaria, sacudido por interminables oleadas de preocupación y de pesar. ¡Qué idiota, Malik! ¡Qué imprudente y temerario, Malik! ¿Cómo se le había ocurrido lanzar semejante desafío? ¿Cómo narices podía tener la esperanza de ganar? Pero ya no había vuelta atrás, y el honor le exigía hacer cuanto estuviera en su mano. ¿Cuántas especies de aves había en Kenia? ¿No eran más de un millar? No podía alejarse demasiado de la ciudad..., los compromisos eran los compromisos. ¿Cuántas podría avistar en los alrededores de Nairobi? ¿Doscientas, trescientas? ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Por qué, ¡ay!, por qué le habría escrito esa invitación a Rose Mbikwa?

Tras pasar otra noche en la ciudad con su complaciente sobrina, Harry Khan durmió estupendamente. Bajó tarde a desayunar, aunque no tanto para no encontrar todavía a algunos huéspedes atracándose en el bufé del hotel. Para entonces ya tenía un plan. Después de su habitual tortilla francesa y su café con cruasán, pasaría por recepción para pedir que le organizaran varios safaris de un día. Con los guías adecuados, estaba seguro de ver montones de pájaros. Se merecía unas vacaciones. Los negocios podían esperar. La apuesta sería divertida.

Lo que no lograba recordar era por qué llamaban Jack a Malik...



15

Entre los rezagados del desayuno en el Hilton, Harry reconoció a David y George, a quienes recordarán como la pareja de australianos que acudió al paseo ornitológico del martes y a quienes era fácil identificar de inmediato como turistas por la abundancia de bolsillos de su atuendo. Digamos, por concretar un poco más su descripción, que David y George (el de la barba) eran lo que en el negocio de los viajes se conoce como ecoturistas. Nada de lujosos cruceros por el Caribe o de viajes organizados por las nueve grandes ciudades medievales de Europa Oriental. Cuando llegaban sus vacaciones en Sidney, donde enseñaban a sus renuentes alumnos del Instituto Woolloomooloo la lengua de Shakespeare, Dylan Thomas y Les Murray, preferían invertir su tiempo y su dinero ganado con sudor visitando a las focas y los pingüinos de la Antártida, a las tortugas y los pinzones de las islas Galápagos o a los guanacos y los cóndores de los Andes. En el tramo final de sus doce semanas de vacaciones, habían ido a Kenia no para holgazanear en la templada orilla del Índico o para visitar las plantaciones de té y de café, sino para conocer la naturaleza virgen.

No en vano Kenia es la capital mundial del safari. Si lo que se quiere es ver elefantes, leones, rinocerontes e hipopótamos, Kenia es el lugar perfecto. Todo el país es un paraíso natural, y en estos tiempos que corren, en parte gracias a Rose Mbikwa, hay montones de personas dispuestas a ayudarnos a conocerlo: hoteleros, guardas forestales, conductores, pilotos y guías turísticos. David y George acababan de regresar de un breve safari en el Parque Nacional de Massai Mara, donde habían presenciado desde un globo la migración de un millón de cebras y ñúes empujados por el hambre a través de la sabana, y donde, con ayuda de focos nocturnos, habían visto al millón de exiliados reducidos a la mitad por una horda de leones. Inicialmente no estaban en Kenia por los pájaros, pero les entusiasmó la experiencia en el MEATI el martes anterior. Y hacia este tema derivó la conversación cuando Harry Khan se unió a ellos y les habló de su intención de observar a las aves con un poco de rigor.

—Vimos ciento ochenta en sólo cuatro días —dijo George.

—Las anotamos todas —dijo David, untando de mantequilla su tercer cruasán—. Esperaba ver leones y elefantes, pero no me imaginaba que hubiera tantos pájaros.

—Ten en cuenta que nuestro chófer los identificaba a la primera, ¿verdad, Davo? Una vista de águila.

—Con los nombres no era tan bueno, pero los consultábamos en la guía.

—Y eso que no íbamos en busca de pájaros, ¿verdad, Davo? Maravilloso. Como ese paseo al que fuimos contigo el otro día, Harry. ¿Cuántos vimos ese día? Lo menos cuarenta o cincuenta especies en sólo un par de horas.

Aunque parece que tienes limitaciones de tiempo. ¿De cuánto has dicho que dispones?

—Siete días —dijo Harry—. Hasta el sábado próximo.

—Un momento, Davo. No volvemos hasta...

—¿Quieres decir que por qué no...?

—Gran idea.

—Creo que será divertido.

—¿Qué te parece, Harry?

A Harry le estaba costando seguir la conversación.

—Me está costando un poco seguir la conversación, amigos.

—Lo que Dave quiere decir es que todavía nos queda una semana aquí —explicó George.

—Sí. Podemos acompañarte.

—Ir a sitios..., buscar pájaros. Tsavo, Amboseli, incluso podríamos llegar hasta la costa. ¿Qué dices?

Harry sonrió.

—Digo que sí.

La mañana siguiente a la noche de la apuesta encontramos a Malik en su lugar de siempre, en la terraza de su casa de Garden Lane, con su taza de Nescafé encima de la mesa, mientras Benjamin se acerca barriendo desde una esquina.

Todavía no he descrito el efecto que tuvo en Benjamin el recuento de pedos —perdón, de hadadas— dos días antes. Al término de ese día, Benjamin había llegado a la conclusión de que su jefe estaba, como decían en esa zona de África, loco como un inglés. Lo que en un principio podría haber pasado por mera excentricidad —si el señor Malik quería contar hadadas o cualquier otro pájaro tenía todo el derecho del mundo—, no tardó en revelarse como el síntoma de una enfermedad más grave. En menos de seis minutos Benjamin comprendió que las únicas hadadas que el señor Malik estaba contando existían únicamente en su imaginación (el hecho de que el recuento fuera acompañado de una extraña tendencia a ventosear cada vez que creía oír a uno de estos pájaros era, a juicio de Benjamin, un motivo de preocupación sólo secundario). Pero alguien que tenía tantos de esos grandes pájaros marrones en la

cabeza y tanto gas en las tripas sin duda no estaba bien. Benjamin no pudo evitar acordarse de una mujer de la aldea donde había crecido, que en el curso de una conversación aparentemente normal empezaba a coger objetos invisibles del aire y los depositaba en su delantal. Decidió hablarlo con la hija del señor Malik. Siempre se había mostrado muy amable y muy simpática.

Sin embargo, comparados con los temores y la preocupación de Benjamin esa mañana, los de Malik eran lo que un dolor de muelas a unas simples cosquillas. ¿Qué, ¡ay!, qué iba a hacer? No tenía la más remota idea. Y cuando tres horas más tarde miró el reloj y comprobó que era hora de subir a su viejo Mercedes y dirigirse al club para el comienzo de la apuesta, seguía sin tener ninguna idea: ni remota ni de ninguna clase.

El aparcamiento del club estaba insólitamente lleno para ser sábado por la mañana. Sorprendió a Malik que Harry Khan ya estuviera en el bar; no había visto el descapotable rojo en la puerta. Patel y A. B. ocupaban su mesa de siempre, a una prudente distancia del protagonista, tal como exigía su condición de miembros del comité. Hizo su entrada el Tigre, vestido con desenfado de fin de semana y asombrosa vitalidad.

Quien haya asistido a un combate de boxeo o a una pelea de gallos puede hacerse una idea bastante aproximada de la excitación que reinaba en el club. Cuando las manecillas del viejo reloj de pared colgado sobre la barra indicaron las doce menos cinco, el Tigre se puso en pie y rogó silencio. Recordó a los presentes la envergadura y la seriedad de la empresa que los dos respetados miembros del Club Asadi se disponían a abordar. Atenas y Esparta, Roma y Cartago, David, Goliat y Winston Churchill fueron sucesivamente evocados en la exposición del caso. A tal punto parecía el Tigre dejarse llevar por su propia elocuencia que no reparaba en la hora. Eso dio igual. Sanjay Bashu había conseguido en alguna parte una pistola para anunciar la salida, y en cuanto el minuterero llegó al lugar exacto del reloj, la sacó del bolsillo. Apuntó al techo y apretó el gatillo. No pasó nada, pero una calurosa ovación fue la señal para que Harry Khan saludara con la mano a la asamblea antes de abandonar el aparcamiento, donde un Nissan Safari aguardaba con el motor en marcha y su conductor al volante. George y David lo empujaron hasta el vehículo y cerraron de un portazo. Entre el chirrido de los neumáticos y la ovación de la multitud, para entonces reunida en las escaleras del club, el todoterreno emprendió su camino hacia quién sabe qué Meca de las aves elegida para la observación esa tarde de sábado. En ese momento, Sanjay Bashu descubrió el seguro de la pistola, lo quitó y volvió a apretar el gatillo. El pistoletazo retumbó en las paredes del Club Asadi como la detonación de una escopeta para cazar elefantes, seguido de una cacofonía de gritos y aleteos procedentes de un alto caobo situado en una esquina del aparcamiento.

—¡Hadadas! —gritó Patel, y le entró tal ataque de risa que A. B. Gopez tuvo que ayudarlo a subir las escaleras para entrar en el bar.



16

Sentado esa tarde en su terraza del número 12 de Garden Lane, Malik abrió su cuaderno de notas por una hoja en blanco. Hizo una pausa, prestó oídos y levantó la vista hacia los crotones que crecían en un rincón del jardín.

«Día 1», escribió. Y, debajo: «Hadada».

No debería haber mencionado en el club ese asunto de la hadada, especialmente con Patel. Soltó el cuaderno y el lápiz con un suspiro. No debería haber hecho muchas cosas. No debería haber lanzado aquel desafío; no debería haberles hablado de Rose Mbikwa; no debería haber escrito esa invitación. El suspiro se convirtió en gruñido. No debería haber nacido.

Un cuervo pío africano recorrió el tejado con sonoros brincos y se deslizó hasta el césped, aterrizando con su habitual aleteo y su graznido. Malik lo miró unos instantes y volvió a coger el lápiz y el cuaderno. Una pareja de pájaros-ratón salió de la buganvilla, revoloteó hasta un ficus benjamina y allí empezaron a perseguirse entre las ramas, sin un parecido exacto con los ratones, pero con un aspecto claramente muy poco propio de las aves. Este tipo de pájaros se ven más o menos en todas partes. Quién sabe qué maravillas ornitológicas estaría registrando Harry Khan, dondequiera que se encontrara. ¿Águilas, avestruces, secretarios? Malik anotó «cuervo pío africano» y «pájaro-ratón moteado», y se levantó. Puesto que iba a pasar la tarde allí sentado, más le valía coger los prismáticos. Tal vez avistara algún gorrión.

Harry Khan no había visto un pájaro secretario, un águila ni un avestruz. En el preciso instante en que Malik entraba en su casa de Garden Lane en busca de sus Bausch & Lomb, Harry Khan estaba sentado en el asiento del copiloto del Nissan Safari, junto al estadio de fútbol de Limuru Road, atrapado en un atasco. Con las emociones de la mañana se olvidó de sintonizar la 2KJ para informarse sobre el estado del tráfico, y no sabía que el presidente regresaba precisamente esa tarde de un viaje transoceánico. Las carreteras estaban cortadas y se había desviado el tráfico; el resultado era un colapso descomunal. Hasta los matatus —esos abarrotados

minibuses cuyos conductores tienen una pericia especial para esquivar el tráfico, de ahí que, según la creencia popular, se mueven más por arte de brujería que como consecuencia de las leyes de la física— estaban parados.

George y David intentaban llevarlo lo mejor posible. Ya le habían señalado a Harry varios cuervos y palomas, y les pareció ver un marabú volando a cierta distancia, pero no estaban del todo seguros. Tras una hora de embotellamiento Harry decidió que ya había visto suficientes pájaros. No se habían alejado demasiado para volver andando hasta el Hilton; seguía viendo el alto edificio del hotel en el perfil de la ciudad, a sus espaldas. En ese momento, una ducha y una bebida fría le parecieron más importantes que una ventaja inicial. Dejando al sudoroso conductor y a los todavía optimistas George y David —«Seguro que no tarda en resolverse, Harry. ¿Verdad, Davo?»— que se las apañaran como buenamente pudieran, Harry volvió andando al hotel.

La noche cae deprisa en Nairobi. A sólo un grado al sur del Ecuador, a las seis de la madrugada ha amanecido por completo, y a las seis y media de la tarde es noche cerrada. Malik llegó al club justo cuando acababan de encenderse las luces en el exterior, es decir, a las seis y cuarto en punto. Llevaba en la mano el cuaderno donde había anotado las especies de pájaros que había visto esa tarde, sin moverse del jardín. Patel procedió a transcribir los nombres en un folio. «Hadada (risita ahogada), cuervo pío africano, pájaro-ratón...». El Tigre no tardó en llegar, seguido de cerca por Harry Khan, que parecía tranquilo y descansado. Aunque el camino de vuelta al Hilton no había sido agradable (pasear por aquella ciudad rara vez lo era), consiguió ponerse en forma con una ducha, unos largos en la piscina, una cabezadita y una copa antes de coger el coche para ir al club. Le pasó un cuaderno a Patel, que lo miró con cierta sorpresa, aunque no dijo nada. A las siete y diez minutos el Tigre pidió silencio en el bar.

—En primer lugar, caballeros, permítanme decirles cuánto nos complace verlos aquí a los dos..., *dimidium facti qui coepit habet* y todas esas cosas. Debo preguntarles, de conformidad con las reglas de la competición, si hay algún asunto que deseen someter a la consideración del comité.

Malik negó con la cabeza y se volvió al miembro más reciente del club.

—Sí —dijo Harry Khan—. ¿Me acompaña alguien a tomar una cerveza?

La ocurrencia fue recibida con carcajadas, y otros socios se ofrecieron voluntarios para incorporarse al comité en ese preciso instante.

—Señor Patel —dijo el Tigre—. ¿Tiene usted los resultados del primer día?

Patel levantó una mano mientras consultaba las dos listas.

—Los tengo —anunció—. Malik, treinta y uno. Khan..., tres.

Se hizo un silencio asombrado.

—¿Ha dicho tres, señor Patel?

Patel leyó la lista en voz alta:

—Cuervo, paloma y milano. Eso es todo. Aunque no se especifica qué clase de cuervo, paloma o milano. Y, según la lista oficial, creo recordar que hay distintas variedades.

—Sin duda se trata de cuervo pío africano, paloma bravia y milano negro —murmuró Malik al Tigre, que asintió con la cabeza.

Harry Khan empezó a ofrecer una atribulada explicación de cómo tenía previsto pasar la tarde en el Parque Nacional de Nairobi, pero se vio atrapado en un atasco; incluso contó que se había olvidado de consultar cuál sería el itinerario de «El Presidente», y el relato de su paseo forzoso hasta el hotel resultó muy divertido. Todos se compadecieron de él y le invitaron a unas copas. Malik fue a sentarse a su mesa de siempre.

—Lo siento por el pobre Khan —dijo Patel—, aunque a ti no te ha ido demasiado mal, Malik. Nada mal. Sigue así y tendrás una oportunidad..., ¿no te parece, A. B.?

—No lo creo —dijo Gopez—. Es cuestión de lógica. Necesariamente verás primero los ejemplares más comunes, mientras que los menos frecuentes se irán espaciando poco a poco. Es la ley de beneficios decrecientes.

—¿Es eso cierto, Malik? —preguntó Patel—. ¿Tú qué dices?

Malik había sopesado mucho esta cuestión, entre otras. El recuento de la tarde le había sorprendido. Había pasado ratos así en el jardín, desde luego, y había visto pájaros, pero nunca tantos. Se preguntó por qué razón. Esa tarde detectó especies que jamás había visto allí, como un drongo posado en los cables del teléfono y un carpintero gris que revoloteaba de rama en rama. No todos se detenían, claro está, pero era increíble cuántos pasaron volando a una distancia suficiente para identificarlos: milanos reales, rabitojos y golondrinas dáuricas; hasta un cormorán manchado, fácilmente reconocible a pesar de que volaba a gran altura, en tránsito de Dios sabe dónde a Dios sabe dónde. Treinta y una especies diferentes, unas cinco por hora: nada mal para una tarde de trabajo. A ese ritmo, le bastaría con pasar el día sentado en el jardín para avistar la mitad de las aves del país. Pero este argumento presentaba un error elemental, y Malik lo había identificado mucho antes que A. B. Gopez. En una sola tarde había visto probablemente la mayoría de la avifauna autóctona que llegaría a ver jamás. Para rentabilizar esta ventaja de partida tendría que alejarse de los muros y los setos del número 12 de Garden Lane. Y eso, habida cuenta de sus compromisos, no sería fácil.

«¿Compromisos?», se habrán preguntado. «¿Qué compromisos?». ¿No he dicho ya que Malik está casi jubilado? ¿No he explicado que la mayor parte del trabajo de dirección de la Jolly Man Manufacturing Company está hoy a cargo de la muy competente y todavía soltera hija de Malik, Petula? ¿Qué clase de compromisos podrían entonces impedir a Malik pasar los seis días y medio restantes yendo y viniendo de acá para allá, monte arriba y valle abajo, en busca de todas las especies de aves keniatas que pueda encontrar, para terminar así en los brazos de la mujer de

sus sueños, en el baile del Hotel Suffolk? Bueno, están sus obras de caridad, y eso consume una increíble cantidad de tiempo. Pero hay algo más, algo que Malik lleva haciendo dos años y medio todos los martes por la tarde después del paseo ornitológico. Algo que no puede dejar.

Tendré que revelar otro de los secretos de Malik.



Volvamos a nuestra primera visita al Club Asadi. Recordarán que, al entrar Malik, Patel y A. B. Gopez están sentados a su mesa de siempre. Gopez está leyendo el *Evening News* y se acalora por momentos. Descubrimos que lo que está subiendo su presión sanguínea no es el líder, ni las últimas noticias del Palacio de Buckingham, ni tampoco un comentario de «Dios los cría», sino una breve nota que habla de una investigación danesa sobre..., bueno, ya recuerdan lo demás.

Pero..., un momento. ¿Qué es exactamente «Dios los cría»? Es una columna semanal, supuestamente dedicada a la fauna de Kenia, que se publica todos los miércoles en la página siete del *Nairobi Evening News*. Aunque tampoco es exactamente una columna de naturaleza. Es una columna política o... más concretamente, habla de los políticos.

En ella se cuentan los entresijos de la vida política, lo que hay detrás de las noticias, lo que de verdad importa. En ella salen a la luz los escándalos, se revelan los pactos, se levantan las cortinas (y a veces también las sábanas). Como reza la tradición de este género periodístico, la columna va firmada con seudónimo, en este caso «Dadukwa», un nombre en el que quienes tengan algún conocimiento de la mitología africana reconocerán al águila negra que, capaz de verlo todo sin ser vista jamás, difunde las noticias entre los demás animales. Nadie conoce la identidad del valiente periodista (¿o político o funcionario?) que se oculta tras este seudónimo. El original, mecanografiado y anónimo, llega a la redacción del *Nairobi Evening News* todos los miércoles, con el primer correo de la mañana. Así se repite puntualmente desde hace dos años y medio, y es la razón por la que el miércoles se tiran quince mil ejemplares más del *News*, tal es el éxito de la columna.

¿Debe un director de periódico responsable conocer la identidad de todos sus colaboradores? He aquí lo que ocurrió. Hace casi tres años el director del *Evening News* recibió por correo una breve nota escrita a máquina.

«A su periódico le falta una columna de naturaleza. ¿Le gustaría que escribiera una?».

La nota iba firmada con un garabato ilegible, y debajo aparecía el nombre de Sr. Dadukwa. El remite correspondía a un apartado de correos de Nairobi. El director reflexionó unos momentos antes de dictarle la respuesta a su secretaria: si bien una columna como la que se sugería podía irle muy bien al *Evening News*, lamentaba comunicarle que entre convenios sindicales, regulaciones publicitarias y gastos estructurales no tenía dinero para pagarla. El miércoles siguiente llegó otra carta mecanografiada, acompañada de un artículo sobre los pájaros que frecuentaban el Arboreto Nacional y sus alrededores. Llevaba por título «Dios los cría». El texto era inocuo y estaba bien escrito. El director se lo pasó al jefe de redacción y no volvió a pensar más en el asunto.

Una semana después de publicar la primera columna, el director recibió una descripción de los elefantes del Parque Nacional de Nairobi, y también decidió pasarla a composición. Y así sucesivamente. Todos los miércoles recibía un texto por correo —sobre elefantes, babuinos, buitres o lo que fuera—, le echaba un vistazo, se lo pasaba al jefe de redacción, y la columna aparecía publicada en la edición vespertina. A fin de cuentas, ése es el sueño de cualquier director de periódico: colaboraciones regulares y gratuitas. Puede que algún día llegase a conocer a ese tal Sr. Dadukwa, aunque por el momento no tenía prisa.

Un par de meses más tarde, al salir de la reunión de redacción del jueves por la mañana, uno de los periodistas le dijo:

—Una columna excelente la de ayer, jefe.

Con prisas por llegar a su cita con una nueva amiga, se limitó a decir: «Sí, muy buena», de manera que hasta el momento en que esa misma mañana se vio en la cama con su nueva amiga, fumando un bien merecido cigarrillo, no se le ocurrió pensar en que la única columna regular de los miércoles (un día bastante parco en noticias, tanto en Nairobi como en Nueva York) era «Dios los cría».

—¿Lees alguna vez la columna de naturaleza? —le preguntó a su amiga.

Ella dijo que no, pero tenía un ejemplar de la edición del miércoles. Buscaron juntos la página siete y leyeron un texto en el que se hablaba de unos chacales y unas hienas que se disputaban el cuerpo de una gacela muerta, mientras el león, que había abatido a la gacela, observaba la escena con aparente indiferencia. Luego aparecía un buitre. Y eso era todo. «Sí», dijo la amiga del director. El director se puso los pantalones y volvió a la redacción.

Un par de semanas más tarde sorprendió a dos de sus directores adjuntos riendo a carcajadas ante la página siete de la edición del miércoles.

—Ésta sí que da en el blanco, jefe —dijo uno de ellos.

Les quitó el periódico de las manos y leyó una historia sobre un hipopótamo y un marabú.

—¿Quiere alguien decirme qué está pasando aquí?

Correspondió a su cronista parlamentario y encargado de la sección de cartas al director explicar que la columna «Dios los cría» no era sólo lo que parecía. Si bien

podía leerse como un texto sobre naturaleza, ligeramente peculiar, se trataba en realidad de una parodia, de una sátira. El león, ¿quién podía ser más que el presidente? El hipopótamo, resultaba obvio tan sólo por su aspecto, tenía que ser el ministro de Agricultura y Turismo. El marabú era el ministro de Defensa; la pitón, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores; la hiena, el ministro de las Fuerzas Armadas, y el buitre, su vociferante y antipática mujer. Las manadas de gacelas, cebras, ñúes, etc., podían identificarse con un determinado grupo o alianza tribal, y así sucesivamente. ¿Y había ojeado los gráficos de ventas que le dejaban todas las semanas encima de la mesa? El notable ascenso que reflejaban los miércoles sólo podía significar una cosa: la columna era popular.

El director decidió averiguar quién era el columnista. En un principio sospechó que podía tratarse de alguno de sus redactores. Comenzó la reunión a la mañana siguiente elogiando la excelencia de la columna...; no sabía cuánto tardarían los demás en descubrir la broma..., pero había llegado el momento de que el autor revelara su identidad y recibiera su recompensa. Nadie se levantó; nadie dijo nada.

—Vamos, caballeros. Tiene que ser alguno de vosotros, y es justo que reciba lo que merece por un buen trabajo.

Se miraban unos a otros, pero nadie hablaba.

—Lo comprendo —terminó diciendo el director; y lo comprendía. A pesar de que en Kenia había libertad de prensa, su gobierno democrático, como tantos gobiernos democráticos o no, no siempre la veía con buenos ojos. El director (igual que Rose Mbikwa) sabía muy bien que hay muchas maneras de silenciar las críticas, y un prudente anonimato puede ser preferible, para quien se decide a hablar, a unos cuantos chelines de aumento en la paga. En Kenia sigue desapareciendo gente. Pero ¿sería posible que el autor fuera alguien ajeno al periódico? El director encontró la carta original del señor Dadukwa, fechada el 16 de febrero (su jefe de la sección política, miembro de la etnia akamba, ya le había explicado la importancia del seudónimo). Se envió a un reportero a averiguar la identidad del propietario del apartado de correos y se descubrió que éste figuraba a nombre de un tal J. Aripo desde el mes de abril. El reportero salió de la oficina con la convicción de que si no encontraba a la persona que tenía contratado este servicio el 16 de febrero, tendría que decir *kwaheri* a su carrera como periodista. Al cabo de tres horas y tras una persuasiva inversión de varios cientos de chelines, volvía a la redacción con la noticia de que el casillero correspondía en esa fecha a un tal señor Dadukwa, un hombre todavía joven o tal vez de mediana edad, de aspecto africano o asiático, que vestía ropa oscura y carecía de cualquier deformidad llamativa o defecto de dicción, según el empleado de correos.

La descripción no significaba gran cosa para el director, pero seguro que ustedes han detectado en ella un retrato asombrosamente exacto de... Malik.



Existe una dolencia, angustiosa y no poco común, que afecta a los presidentes y otros líderes mundiales y que se conoce como «preocupación por África». Suele detectarse en las cumbres internacionales sobre la pobreza y la enfermedad, y entre sus síntomas figuran dolorosos accesos de culpa por el desigual reparto de la riqueza entre el Primer y el Tercer Mundo, acompañados de una incómoda sensación que se localiza en un lugar indeterminado, por debajo del estómago, provocada por la duda de que el capitalismo sin restricciones tal vez no sea la fuerza positiva y favorecedora del progreso que siempre se nos asegura, y combinados con frecuentes ataques que se traducen en llamamientos a «la necesidad de hacer algo». El mejor remedio para esta dolencia es siempre una buena dosis de crisis en el ámbito nacional.

En la primera mitad de su mandato, el presidente Clinton sufrió una fase aguda, aunque breve, de este trastorno, y antes de que la joven Mónica llegase para administrar el remedio, el presidente no sólo había creado un Comité Especial del Senado para África, sino que había enviado a su fiel amigo y asesor el doctor Ronald K. Dick a una agotadora gira de cinco días por el continente para evaluar las necesidades del proyecto. El amplio itinerario del doctor Dick incluía una estancia de casi nueve horas en Kenia.

Tras escuchar en Washington el relato de este enviado el Comité Especial del Senado acordó que, si bien la necesidad de incrementar la ayuda económica a la región era incuestionable, la medida debía ir vinculada a ciertos criterios de eficacia recomendados por el doctor Dick (siempre y cuando, claro está, éstos recibieran el visto bueno de los gobiernos correspondientes). Entre las medidas prioritarias para Kenia se recomendaba una reestructuración del parque móvil ministerial. En el curso de su breve pero intensa visita al país, la embajada estadounidense en Nairobi puso a disposición del enviado especial un vehículo del cuerpo diplomático. El enviado advirtió que todos los ministros del gobierno keniano disponían de un coche oficial y un chófer propios. Tanto el vehículo como el conductor podían pasar la mayor parte del día ociosos, mientras el ministro se encontraba en el Parlamento, en su despacho

o almorzando en un restaurante o dondequiera que se le antojara perder el tiempo. Sería sin duda mucho más eficiente utilizar estos recursos durante los periodos de inactividad, y la manera de garantizarlo era emplear un vehículo compartido, como hacían en su embajada. Los senadores quedaron tan impresionados por esta recomendación, tan sencilla pero tan efectiva, que la convirtieron en uno de sus principales requisitos para seguir ofreciendo ayuda económica a Kenia. Sin vehículo compartido no había dinero. El gobierno soberano de la República de Kenia aceptó esta condición. Entre las personas afectadas por la decisión se encontraba Thomas Nyambe, a quien ya conocimos anteriormente, cuando acompañó a Malik en el paseo ornitológico.

Thomas Nyambe había sido hasta entonces el chófer del ministro de Educación. Todos los días, menos los domingos, a las seis en punto de la mañana, llegaba a casa del ministro, lavaba el coche y llevaba a los niños al colegio (sí, en Nairobi la mayoría de los niños tienen clase los sábados). El resto del día lo pasaba a disposición del ministro, llevándolo a su despacho, al Parlamento o a cualquier lugar donde lo requiriese su trabajo o su capricho. La ocupación de Nyambe había cambiado. Ahora, cualquier día, tan pronto llevaba al ministro de Turismo al aeropuerto para tomar un vuelo a primera hora de la mañana, como al ministro de Agricultura al restaurante donde tenía un almuerzo de trabajo, o al secretario de Estado de Comercio al mercado por la tarde (pues, tal como el ministro de Transporte le explicó al subsecretario de la embajada de Estados Unidos, encargado de supervisar el compromiso de utilizar vehículos compartidos, era sin duda mucho más práctico emplear un coche oficial para llevar y traer a las mujeres y los hijos de los ministros, evitando a éstos la necesidad de desplazarse por su cuenta). Así las cosas, Nyambe ahora libraba también las mañanas de los martes, además de los domingos.

Thomas Nyambe siempre había sido chófer oficial. Era hijo de un chófer oficial. Cuando las cataratas de su padre empeoraron al punto de impedirle conducir sin que la luz del sol lo cegara, por más que entornara los ojos, éste le dio a Thomas su uniforme. Le enseñó a conducir y a ser un buen chófer. Thomas sabía por tanto no sólo maniobrar y seguir a un vehículo, sino que además sabía comportarse como los jefes esperan de sus chóferes: era fiable y discreto.

Pregunten a cualquier taxista y les dirá que a veces tiene la sensación de ser invisible. La gente se sube a un taxi y se pone a hablar de lo que más le preocupa, desvela su intimidad, como si el coche se condujera solo. Lo mismo pasa con los chóferes oficiales. Aunque el padre le explicó al hijo todas estas cosas, no le enseñó a leer y a escribir, y nadie más se preocupó de hacerlo. Pese a todo, Thomas Nyambe sabía «leer» los carteles de tráfico, naturalmente (si bien esta habilidad rara vez se emplea en Kenia, porque la pintura de las pocas señales que existen está borrada y las letras resultan casi ilegibles). Ahora bien, en cuestión de números y de dinero, Nyambe era una autoridad. Conocía al céntimo el precio de la gasolina, del aceite (tanto el del motor como el de la caja de cambios), sabía cuánto costaba reparar un

pinchazo pequeño, uno grande, y todo lo que un chófer oficial necesita saber. Sin embargo, el mundo de las letras rara vez llegaba a rozar su conciencia, y aunque había aprendido mucho sobre el funcionamiento del gobierno y las actividades de los ministros al volante del coche oficial, además de hablando con otros chóferes como él, nunca se le ocurrió registrar esta información, como hacía con las aves que veía los martes por la mañana en el paseo ornitológico, al que asistía regularmente desde hacía cinco años.

Malik conoció a Thomas Nyambe en la puerta del Museo de Nairobi, el día de su primer paseo. Pese a la cálida bienvenida que le dispensó Rose Mbikwa, Malik se sentía un poco incómodo y fuera de lugar. Un negro al que había visto algo apartado de los demás, que sonreía siempre pero no hablaba, se acercó a presentarse, y desde ese momento Malik y Thomas Nyambe se hicieron amigos. Ocurrió de verdad así. A mí me ha sucedido alguna vez, y es probable que a ustedes también les haya pasado. Nada más intercambiar los buenos días, se reconocieron mutuamente como almas gemelas. Aunque ninguno de los dos hablaba mucho al principio, ambos se sintieron al momento a gusto juntos, lo que resultaba sorprendente y al mismo tiempo era lo más natural.

A medida que fueron conociéndose en las semanas sucesivas, Thomas Nyambe supo que Malik era viudo y Malik supo que Nyambe llevaba casi treinta años trabajando para el gobierno como chófer oficial. Su mujer se llamaba Hyacinth, y había tenido siete hijos, dos de los cuales habían muerto recientemente.

—A mí también se me murió un hijo —dijo Malik. Todavía, al cabo de cuatro años, rara vez hablaba de su hijo.

Nyambe le contó a Malik que vivía en Southlands, pero con el paso de los años su hermano y él habían ahorrado lo suficiente para comprar una pequeña granja en la costa, justo al norte de Malindi, de donde era su padre. Su hermano estaba construyendo una casa allí y luego construiría otra para él, a la que pensaba mudarse cuando se retirara.

—Es bueno tener un pedazo de tierra y cultivar lo que uno come. Y tú, Malik, ¿te marcharás algún día de Nairobi?

—Yo no soy hombre de campo, Nyambe. Mi abuelo cultivaba verduras, pero creo que yo he salido a mi padre. Dicen que la tierra en Nairobi es tan fértil que si siembras una semilla tienes que alejarte a toda prisa, para que la planta no pueda hacerte daño al brotar. Mi padre, aunque hubiera sembrado mil semillas, no habría corrido más riesgo que el de cortarse un pie con la azada. No era hombre de campo y yo tampoco lo soy. Creo que me quedaré en Nairobi.

—Pero se ven más pájaros en el campo que en la ciudad, ¿no es cierto?

—Es cierto, Nyambe, y sabes que a mí me gusta observar a los pájaros. Pero los veo en mi jardín y en los alrededores de la ciudad, y seguiré viéndolos mientras venga al paseo de los martes.

Sin embargo, bajo esta apariencia tranquila, el nuevo amigo de Malik era un

hombre apasionado. Sus pasiones eran su familia, los pájaros y su país.



19

Thomas Nyambe, como Malik, había crecido en un Nairobi muy distinto de la caótica ciudad de hoy. Por aquel entonces, el centro de la capital era un puñado de calles rodeadas de parques y jardines. Las orillas del río no estaban cubiertas de chabolas de cartón sino de papiros. En la corta distancia que separaba la oficina de correos de la estación del ferrocarril, uno podía encontrarse con una familia de gallinas de Guinea correteando por la calle, o con un martinete común encaramado a su árbol favorito en el jardín del gobernador general.

—Todavía se ven algunos pájaros, Malik, aunque cada vez hay que alejarse más para ver un martinete común o incluso una gallina de Guinea.

Para Nyambe, el hecho de ir en busca de aves con personas afines en coches cómodos era todo un placer y un privilegio. Hay algo en los pájaros, en su belleza y en su libertad, que reconforta el alma de un hombre. Pero un hombre que está ahorrando para comprar un pedazo de tierra y construir una casa no puede derrochar sus chelines en autobuses o *matatus* para pasar una mañana fuera de la ciudad, por beneficioso que sea para su alma. Cuando llegaba el martes, Nyambe subía invariablemente al viejo Mercedes verde de Malik y ocupaba el asiento del copiloto. Siempre se aseguraba de llevar algún detalle —unas tortas de guisantes con especias o esas galletas dulces que le hacía Hyacinth, su mujer— como muestra de agradecimiento a quien lo llevaba. A Malik le encantaban las tortas de guisantes, aunque no comía más de una galleta dulce, y sólo por cortesía.

El amor que Nyambe sentía por Kenia era tan grande como su amor por los pájaros.

—Seguro que no hay otro país como éste, Malik. ¿En qué otro lugar se puede encontrar una montaña cubierta de nieve tan magnífica como nuestro monte Kenia, y una costa repleta de playas y palmeras? ¿Qué otro país tiene desiertos y selvas, lagos y ríos, montañas y llanuras como los nuestros? ¿Dónde se ven hombres más apuestos y mujeres más hermosas?

—¿Y dónde, Nyambe, se ven más pájaros?

—No sólo pájaros, Malik. También leones y elefantes.

—Y guepardos y jirafas.

—Impalas.

—Gacelas.

—Jabalíes verrugosos.

—Ñúes.

—Bubales.

—Es verdad, Malik. Somos muy afortunados de vivir en un país como éste.

A medida que su amistad se iba estrechando, Nyambe se sintió con más libertad para hablar de su trabajo, cosa que nunca hacía, ni siquiera con su mujer.

—Ese marabú —dijo un día mientras paseaban por Two Rivers Road en una de sus rutas ornitológicas, señalando a un pájaro de aspecto fúnebre erguido sobre un estercolero— no es un pájaro bonito, Malik. Estoy seguro de que los has visto, siempre peleando con otros pájaros..., con los cuervos y con las garcetas. Marabú es como nosotros, los chóferes, apodamos al ministro de Defensa. No es buena persona. Dice que es cristiano, pero ¿sabes cuántas mujeres tiene?

Malik enarcó una ceja socarrona.

—¿Más de lo habitual?

—Tres: una en Kisumu, otra en Kakamega y otra más en Nairobi. Eso es demasiado para un hombre cristiano.

—Es demasiado para cualquier hombre, Nyambe.

—Creo que tienes razón, Malik.

De repente Nyambe se echó a reír.

—Aunque la culebra de agua..., me refiero al señor Matiba, ya sabes, el ministro de Seguridad..., cree que la mujer de Nairobi es su mujer, de manera que al final el marabú sólo tiene dos.

Y así sucesivamente. Todos los martes, Malik llevaba a Nyambe en su viejo Mercedes verde, y hablaban de pájaros y de política. ¿Por qué a las suimangas de bandas moradas les gusta construir sus nidos en las terrazas de las casas, y por qué el macho del cálao gris encierra a la hembra en un árbol hueco mientras empolla sus huevos? Si el ministro de Educación necesitaba una casa nueva, ¿no debería comprar un terreno para construirla en lugar de apropiarse de ocho mil metros cuadrados del bosque de Karura cedidos por el Ministerio de Agricultura y Pesca? ¿Acaso los bosques no son de todos? ¿Y por qué el secretario de Hacienda necesita hacer tantos vuelos privados a Suiza?

—El mundo está lleno de desconsideración, Malik. No la veo entre la gente sencilla, pero entre los ricos y los poderosos es muy común. Ya sabes que cuando el elefante intenta alcanzar las hojas de los plátanos no repara en la tapia del jardín. ¿No somos nosotros quienes los elegimos? Tal vez sea responsabilidad nuestra hacerles ver lo que están haciendo.

Malik se quedó con estas palabras de su amigo. No ocurrió inmediatamente, pero

al cabo de unas semanas una tenue luz empezó a iluminar su cerebro. Sí, alguien debía hacer ver a aquellos hombres lo que estaban haciendo. Estaba muy bien eso de votar cada pocos años, pero ¿era suficiente? Estaba muy bien eso de quejarse, pero ¿de qué servía? Alguien tenía que hacer algo. Malik tardó casi dos meses en llegar a la conclusión de que ése alguien era él. Tenía que hacerlo. ¿No había soñado con ser periodista en sus lejanos tiempos de estudiante en Londres? ¿No era ésta la oportunidad que siempre había buscado, la ocasión de cambiar las cosas? Esa misma mañana fue a la ciudad y alquiló un apartado de correos. Esa tarde escribió una carta al director del *Evening News*.

Y el martes siguiente, después del paseo ornitológico, escribió su primera columna de «Dios los cría» en un DIN A4, la introdujo en un sobre y la echó al buzón de la esquina de Garden Lane con Parklands Drive.



El avestruz empezaba a acostumbrarse. Todos los días, justo después del amanecer, la bestia monstruosa que vivía al otro lado de la valla despertaba y empezaba a rugir. Se acercaba despacio, avanzaba despacio, intensificando su rugido, con el sol naranja del amanecer reflejado en sus extraños ojos. El avestruz era un macho y tenía un nido que proteger. El pequeño agujero que había cavado él solo, con sus garras, contenía en ese momento dieciséis huevos, depositados allí por las tres hembras a las que había cortejado y con las que se había apareado. Faltaban pocos días para que los polluelos rompieran el cascarón. El avestruz se levantó, alcanzando una altura de tres metros, ahuecó las alas para parecer más grande y empezó a pavonearse, con las patas tías y sin parpadear, en dirección a la valla. El monstruo avanzó directo hacia el avestruz. Se acercaban despacio el uno al otro. La bestia rugía como un león y un búfalo y un elefante, todos fundidos en uno, pero el avestruz no vaciló en ningún momento. Fue la bestia quien dio media vuelta. Regresó por la larga pista de tierra que discurría junto a la valla y, lanzando un último rugido, se alejó corriendo en dirección al sol naciente.

El avestruz volvió a ahuecar las alas, las plegó y regresó al nido. El monstruo volvería, de eso estaba seguro, pero el avestruz estaba preparado.

Cuando el primer vuelo de la mañana con destino a Lamu giró en la pista del aeródromo de Wilson, preparándose para despegar, Harry Khan miró por la ventanilla.

—Mirad, chicos..., un avestruz. Allí, justo detrás de la valla. El primer ave del día; tiene que ser una buena señal.

Harry Khan había pasado la noche anterior en el bar del Hilton con George y David, planeando el itinerario de la semana.

—Lo primero que debemos hacer —dijo George— es consultar el pronóstico meteorológico, ¿verdad, Davo? No es prudente ir a las montañas si están cubiertas de

niebla, ni ir a la costa si está soplando un huracán.

Conectaron el portátil de David a la red inalámbrica del hotel y supieron que una borrasca, con muy mala pinta, se acercaba desde Madagascar; se anunciaban vientos fuertes en el litoral para el principio de la próxima semana.

—Será mejor ir cuanto antes —dijo David.

—Sí —coincidió George—. Peinar primero la costa y las aves marinas y volver luego tierra adentro.

—Me parece sensato —dijo Harry.

En su guía Lonely Planet descubrieron que la isla de Lamu era el mejor destino para una escapada de un día. Había un vuelo que salía al amanecer y regresaba a Nairobi a media tarde, de manera que tendrían tiempo de sobra para estar en el Club Asadi a las ocho en punto.

—Aquí dice que se puede alquilar un barco para explorar la isla y sus numerosas lagunas.

—Parece el sitio perfecto —dijo Harry, y se acercó a recepción para reservar los billetes. Sería divertido. Lástima haber tenido un comienzo tan malo.

A diferencia del avestruz, el carpintero de cresta amarilla no daba muestras de alarma al ver que el monstruo se acercaba. Nacido y criado en City Park, había llegado a acostumbrarse a esas criaturas bípedas como la que en ese momento se dirigía hacia su árbol. Estas criaturas, por grandes que fueran, no causaban siquiera la mitad de problemas que los monos, aunque aquélla en concreto tenía unos ojos enormes. El carpintero siguió picando la madera. Malik se quitó los prismáticos para anotar en su cuaderno el primer pájaro del día.

La sorpresa por el gran número de especies que había visto en su jardín la tarde anterior le había dado una idea. Desde luego que A. B. acertaba en eso de los beneficios decrecientes, pero, razonó Malik, los beneficios también podían verse menguados si uno malgastaba en desplazamientos las horas que podía dedicar a la observación. Ir en coche o en avión de un lado a otro consumía demasiado tiempo sólo para llegar hasta un lugar; eso sin contar con que una de las normas de la competición obligaba a las partes a estar de vuelta en Nairobi todas las tardes, a las ocho en punto, y sin contar con sus compromisos. Diseñó por lo tanto una estrategia de desplazamientos mínimos. Tomando como centro su casa de Garden Lane, trazaría una espiral y alcanzaría en el transcurso de la semana hábitats progresivamente más alejados. Este plan, pese a que no podía evitar el solapamiento de algunos espacios, le ofrecería la posibilidad de ver el mayor número de especies posible. Empezó por visitar City Park, un lugar que conocía muy bien, situado a menos de tres kilómetros de su casa.

Como tantos otros sitios de Nairobi, City Park ha conocido tiempos mejores. En comparación con los hermosos jardines de antaño, con sus avenidas de palmeras y

sus arbustos bien cuidados, con sus fuentes y la música de Sousa y Elgar flotando en la brisa desde el quiosco de música todos los domingos por la tarde, entre las tres y las cinco, el parque está hoy de capa caída. Sin embargo, todavía sigue siendo un lugar muy agradable para quienes saben de su existencia, y da cobijo a docenas de ardillas, monos y un número muy superior de aves.

La mejor hora para ver pájaros es el amanecer, su momento de máximo esplendor coral. Según la ornitología occidental moderna, cantan para establecer o conservar sus territorios, para buscar pareja, fortalecer el reconocimiento entre las distintas especies y las pautas de dominio social o para comunicar la localización de las fuentes de alimento. Según la tradición africana, cantan para saludar al sol. Al oír los gritos del periquito de vientre naranja y el de frente roja, los silbidos de la suimanga de lomo violeta y la suimanga picuda, los trinos del pinzón canario y los gorjeos del zorzal oliváceo, Malik pensó que probablemente las dos teorías fuesen ciertas. Llegó a la entrada principal del parque justo cuando acababan de abrir las puertas y echó a andar por la avenida, prestando ojos y oídos. Junto a la fuente, seca desde hacía muchos años y cubierta de hojas y residuos vegetales, algo atrajo sus pasos hacia la hilera de cipreses que delimitaba el viejo cementerio.

Muy pocos saben de la existencia de este camposanto, oculto por los cipreses y una tapia baja. Las lápidas señalan las sepulturas de los primeros pobladores blancos de Kenia, hombres y sus *mensahibs*, junto a un desproporcionado número de niños que caían de un caballo o contraían la malaria en la costa y eran trasladados a Nairobi para ser atendidos o convalecer, sin éxito. En el centro del cementerio hay una capilla de piedra, que hoy no se usa y está tapiada con tablones de madera, y en un extremo se encuentra la casita del guarda. Aunque en mal estado, la vivienda aún está ocupada, y al acercarse Malik el llanto de un bebé y el cacareo de alguna de las aves de corral que correteaban por el patio le dieron la bienvenida a este lugar de los difuntos. Allí fue una lluviosa tarde de sábado del mes de febrero, hacía ya cuatro años, para esparcir las cenizas de Raj, su único hijo varón.

Y allí iba desde entonces todos los domingos por la mañana, para pensar en su hijo y consolar su pena y su vergüenza.



Ya he dicho que Malik no suele hablar de su hijo Raj. Lo que no he dicho es por qué. Raj no era un niño cuando murió, y no perdió la vida por un accidente ecuestre o una fiebre contraída en los manglares del litoral, infestados de mosquitos. Tenía treinta y cinco años y murió de sida. Y mientras Raj agonizaba, Malik no sintió amor ni compasión por su hijo: sólo vergüenza y desprecio.

Hacía tres años que Raj, un hombre muy guapo, le había contado a su padre que era homosexual. ¿Y qué dijo Malik cuando su valiente y maravilloso hijo, a quien sus padres siempre habían visto un poco distinto de los demás niños, le hizo esta confesión? Le dijo que se marchara, que desapareciera, que no volviera a ensombrecer la puerta de su casa. ¿Qué clase de hijo, tronó Malik, qué clase de hombre se atrevía a confesar una práctica tan antinatural, tan perversa, tan vergonzosa? Fuera de aquí, dijo Malik, con toda su rectitud: no eres mi hijo, mi sangre no es tu sangre, mi apellido no es tu apellido. Has traído la vergüenza y la desgracia a tu familia y a la memoria de tu madre. Y pronunció estas palabras con plena conciencia. Raj se marchó, pero la rabia y el horror siguieron ardiendo en el pecho de Malik. ¡Cuánto se compadecía de sí mismo! ¿Qué había hecho para merecer una cosa así? ¿No bastaba con haber perdido a su mujer? Decidió que a partir de ese momento también había perdido a su hijo y a los hijos de su hijo. ¿Cómo iba a ocuparse Raj del negocio familiar, cómo iba a seguir los pasos de su padre y de su abuelo? Además, había perdido el respeto de la comunidad, pues Malik estaba seguro de que todos lo sabían, aunque nadie lo dijera.

Puede que Raj ya tuviera el sida cuando le contó a su padre que era gay, o puede que se contagiara más adelante. La siguiente noticia que tuvo Malik fue que su hijo había muerto. ¿Y qué pasó entonces con la rabia, la vergüenza y la autocompasión que abrasaban su pecho? Se apagaron como una vela con un soplo de aire. Despertó en Malik la oscura comprensión de lo que había hecho, y comprendió con horror que ya no podía hacer absolutamente nada. Su hijo había muerto. ¿Qué importancia tenía ahora que Raj fuera homosexual o heterosexual, que amase a los hombres o a las

mujeres? Era demasiado tarde. Demasiado tarde para retractarse de sus palabras, demasiado tarde para pedirle que volviera a casa, demasiado tarde para suplicar el perdón de aquellos labios hermosos y fríos. Tuvo la repentina certeza de que su mujer jamás habría cometido semejante acto de desamor. De ahí que la vergüenza que ahora impedía a Malik hablar de Raj, no era vergüenza de su hijo sino de sí mismo. Y su pena no era por haber perdido a su hijo, sino por las pérdidas que le había impuesto a éste.

Fue aquella tarde lluviosa de febrero, cuatro días después del funeral, al esparcir las cenizas de Raj en el viejo cementerio, cuando Malik miró las tumbas y las lápidas y comprendió que, aunque ya no pudiera hacer nada por su hijo, había algo que sí podía hacer. ¿Cuántos hombres y mujeres jóvenes morían cada minuto, rechazados y solos? La respuesta, que no tardaría en encontrar, superaba con creces sus expectativas. Si fuera la gripe o la viruela, incluso la peste bubónica, que se llevaba a millones de personas, tal vez los demás se atreverían a hablar de lo que estaba ocurriendo. Pero por aquel entonces la buena sociedad de Kenia no hablaba del sida, por su relación con la homosexualidad. En Kenia, como muy bien sabía Malik, ni el hijo ni la hija de nadie eran homosexuales. Sin embargo, lo que se dice poco tiene que ver con la realidad. La enfermedad no discrimina. Malik averiguó dónde había muerto Raj: en una sala del Hospital Aga Khan, enorme y oscura, repleta de hombres y mujeres —homosexuales, heterosexuales, solteros y casados— tendidos en camas dispuestas en una hilera, en colchones tirados de cualquier manera o directamente en el suelo. Tal vez entre aquellos enfermos hubiera alguien a quien Raj amó y que a su vez amó a Raj. Los cuidados médicos eran mínimos y las visitas muy escasas. No tardó en descubrir que en todos los hospitales de Nairobi había al menos una de estas salas.

Muy pocos de los moribundos sabían quién era aquel hombre bajito, gordo, calvo y de origen indio que se sentaba a su lado, les sonreía y les cogía la mano o les acariciaba la frente y murmuraba palabras de aliento. Y menos se atrevían a negar que su presencia les reconfortaba, que se sentían un poco más en paz incluso después de que el hombre se hubiera marchado. Y así, el amor que Malik le había negado a Raj, a su propio hijo, lo prodigaba ahora a tantos hijos e hijas olvidados por sus padres, aunque eso jamás le bastaba y jamás le bastaría.

Ese día, sin embargo, Malik no estaba allí para recordar; estaba allí para ver pájaros. Salió del cementerio y paseó sin rumbo por el parque. Se sentó en un banco de hormigón, al lado de la fuente, y en cuestión de veinte minutos había visto diecisiete especies de aves. Figuraban entre ellas un pito negro, un azulito de Senegal (muy elegante con su plumaje del color del lapislázuli) y una pequeña bandada de capuchinos de garganta cortada. Mientras observaba al grupo de machos y hembras se preguntó por qué se llamaría así a esta especie, cuando sólo los machos tenían esa

marca escarlata en la garganta. Lo cierto es que muchas aves recibían su nombre por la característica de un solo sexo, normalmente del macho. Sucedió lo mismo con los azulitos de Senegal, identificados todos como de mejillas rojas, aunque sólo el macho presenta este color; y con muchos otros. Al menos en el reino de las aves, los machos parecen ser los más presumidos con su indumentaria, y también los más entusiastas a la hora de cantar. Oyó primero y vio a continuación un mirlo posado en la copa de un bambú. Perfilado contra el cielo azul, parecía negro azabache en lugar de azul oscuro, aunque las patas rojas no dejaban lugar a dudas. Era un azulejo, y Malik sabía que era un macho, porque el plumaje de la hembra es muy distinto, más parecido al de la hembra de un gorrión. Un silbido inusual llamó su atención. ¿Serían las dos notas características del alcaudón carinegro? Nunca había oído su canto en la ciudad.

La llamada parecía proceder de un árbol bajo, a pocos metros del frondoso sendero. Decidió acercarse. Había recorrido apenas un par de metros, sin localizar al autor del silbido, cuando vio que alguien se acercaba en dirección contraria. ¡Qué mala pata! El pájaro se asustaría y echaría a volar antes de que pudiera identificarlo. Además, el sendero era demasiado estrecho para dos personas. Bueno, apenas había avanzado: daría media vuelta, dejaría pasar a la otra persona y confiaría en la suerte. Al volverse comprobó que alguien se acercaba también por detrás. Esta vez eran dos. Parecían dos hombres jóvenes.

Decidió no armar ningún escándalo. Puede que los ladrones no le hicieran nada si no se resistía ni gritaba. Sin decir palabra, Malik echó mano al bolsillo y les dio la cartera. Sin decir palabra, uno de ellos la cogió.

—Y eso también.

Señalaba los prismáticos que Malik llevaba al cuello. Mientras se los quitaba con un suspiro, notó que le arrebataban el cuaderno de la mano. Era lo único que tenía para demostrar cuántas aves había avistado esa mañana y no podía esperar que el comité, por no hablar de Harry Khan, aceptaran una relación ofrecida de memoria. Esa lista —diecisiete especies— era muy importante.

—No creo que ese cuaderno tenga ningún interés para vosotros —dijo, tendiendo la mano para que se lo devolvieran.

El joven respondió con una sonrisa tensa y le pasó el cuaderno a su cómplice.

—Quién sabe, *bwana* —relajó la boca al pronunciar esta última palabra, aunque sus ojos no cambiaron de expresión—. Eso lo juzgaremos nosotros. ¿Qué más llevas en los bolsillos?

Malik sacó un bolígrafo y un pañuelo, intentando evitar el tintineo de las llaves. Sería un fastidio que le quitaran las llaves; tendría que cambiar la cerradura.

—¿He oído algo? —dijo el joven que sostenía el cuaderno—. ¿Has oído algo, hermano?

Malik sacó el llavero del bolsillo.

—Toma. Y ahora, ¿me devolvéis el cuaderno, por favor? No es más que una lista de pájaros. Podéis comprobarlo si queréis.

—¿De pájaros, dices? ¿Para qué quieres una lista de pájaros?

—Es una..., es mi afición. Me gusta observar a los pájaros. Con eso.

Señaló los prismáticos.

El hombre miró el cuaderno que tenía en una mano y el llavero en la otra.

—¿Cuánto te importa esto? ¿Cuánto deseas recuperarlo?

—Simplemente me gusta. No tiene ningún valor, sólo quiero conservarlo.

—En ese caso, ¿qué tal si hacemos un trato, tío?

—¿Qué quieres decir?

Agitó las llaves delante de Malik.

—Tú me dices dónde está tu coche. Me enseñas dónde está tu coche, y yo te devuelvo el cuaderno.

Era ridículo. Si les decía dónde estaba el coche, se lo robarían. Sin su ayuda no podrían hacerlo: en cuanto salieran de aquel sendero escondido, era muy posible que tropezaran con un policía o un *askari*. ¿De verdad pensaban que iba a aceptar un trato tan absurdo? ¿De verdad pensaban que aquel cuaderno valía más que su coche? Miró al ladrón, que aún sostenía el llavero en la punta de los dedos y el cuaderno en la otra mano.

—De acuerdo —dijo.

El Mercedes verde estaba aparcado frente a la puerta principal. Salieron los cuatro del parque y cruzaron la calle. Los tres ladrones abrieron la puerta, subieron al coche y arrancaron el motor.

—Mi cuaderno, por favor —dijo Malik.

Y vio cómo el coche se alejaba de la ciudad, con los tres ladrones riendo como hienas; uno de ellos blandía el cuaderno por la ventanilla abierta.



Esa tarde, cuando Malik llegó al club, Patel le dijo:
—Me ha parecido verte llegar en un taxi.

Malik había cogido un taxi desde la comisaría de Haare Thuku Road, donde pasó buena parte del día. Tardó una hora en ir andando desde el parque hasta allí y otras tres en denunciar el robo. No tenía muchas esperanzas de conseguir nada —la policía no se interesaba demasiado por la actividad criminal, a menos que hubiera una multa en juego—, pero un buen ciudadano tenía la obligación de denunciar. Después fue a casa a por su pasaporte (un paseo de cuarenta y cinco minutos; la policía se ofreció a avisar por teléfono a su familia, pero Malik no quiso molestar a Petula), de ahí en taxi al banco, para dar cuenta de que en la cartera llevaba varias tarjetas de crédito (dos horas y media con la lengua fuera). Tenía que volver a la comisaría para incluir en la denuncia los números de las tarjetas robadas (esta vez sólo tardó dos horas). No tuvo tiempo de volver a casa antes de presentarse en el club.

Pidió una cerveza y relató brevemente los incidentes del día.

—Lo que no entiendo es por qué has ido a la policía —dijo Gopez—. Seguro que esos ladrones eran polis fuera de servicio.

—El caso es que ya está hecho —dijo Patel—. Bien, ¿dónde está el dichoso cuaderno?

—También se lo llevaron —dijo Malik.

—Pero ¿qué pasa con los pájaros? —preguntó Patel.

—¿Los pájaros? —respondió Gopez—. ¿Es que no se te ocurre pensar en otra cosa? Al pobre hombre le han robado, le han dejado limpio —dinero, tarjetas y coche — ¿y tú sólo piensas en los pájaros?

—Lo siento, A. B., no era mi intención... parecer lo que haya podido parecer. Conque ¿también te han robado el cuaderno? Da igual; seguro que se nos ocurrirá algo.

El silencio que sucedió a este intercambio se vio interrumpido por la llegada del Tigre.

—Hola, Malik. ¿Y Khan? ¿Todavía no ha llegado? —Miró el reloj—. Bueno, aún faltan quince minutos. ¿Cuántas cabelleras ha conseguido hoy nuestro guerrero, Patel?

No le llevó a Malik más de un par de minutos explicarle al Tigre los puntos más destacados de las peripecias del día, el más destacado de los cuales era el robo de su cuaderno.

—Veamos. *Aequam memento rebus in arduis servare mentem*. ¿Cuántos crees que viste?

—Estoy seguro de que conté diecisiete. Aunque ahora no recuerdo si llegué a ver al alcaudón carinegro. Sé que lo oí, pero...

—Hummm, peliagudo, muy peliagudo. Estoy intentando recordar qué dicen las normas. ¿Dicen las normas algo sobre cuadernos, señor Patel?

—Creo que no, Tigre. Lo comprobaré.

—¿Y dónde está Khan? Si no llega pronto...

En ese momento chirriaron unos frenos en el exterior, y un murmullo de excitación en el bar anunció la llegada de Harry. Entró en el bar blandiendo varias hojas de papel de notas del Hilton, escritas de arriba abajo. De inmediato se expuso la situación de Malik, junto con los problemas que podía acarrear la pérdida del cuaderno.

—¿Problemas, qué problemas? Si Malik dice que vio diecisiete especies es que las vio. Yo no veo ningún problema.

—Pero necesitamos los nombres, Khan —señaló Patel—. Los necesitamos para hacerlo oficial y para comprobar que las que vio no están repetidas. Tengo que registrarlas.

—Seguro que Malik consigue recordarlas. Pero, hablando de anotar nombres...

Harry Khan le entregó a Patel el montón de notas.

—¿Cuántas, Harry? —gritó alguien desde algún rincón del bar.

Harry se volvió hacia la concurrencia.

—Bueno, el comité tendrá que verificarlo, pero he conseguido..., vaya, ahora no sé si fueron setenta y cuatro o setenta y cinco.

La preciosa isla de Lamu había superado incluso las expectativas de David y George. A sólo unos metros de las escalerillas de la avioneta, en el aeródromo de Manda Island, vieron zambullirse a una avefría. Las golondrinas de pecho perlado descendían en picado y pasaban rozando la hierba al lado de la pasarela, y al acercarse al edificio del aeródromo por la pista de asfalto, casi tropiezan con una bandada de estorninos de lomo violeta. Una colonia de tejedores de manto amarillo gorjeaba y discutía en una enorme buganvilla, mientras dos parejas de tórtolas oscuras manifestaban su disgusto desde el tendido telefónico con sus cuatro notas tristes. En el barco, camino de la isla de Lamu, identificaron seis especies de gaviotas

y golondrinas de mar, y vieron un águila pescadora pasar rozando el agua, frenar con los talones y atrapar un pez de plata. Un milano bramánico, marrón y blanco, sobrevolaba en círculos el avance del barco.

No fue difícil alquilar una pequeña motora para pasar la mañana. Instalados bajo el toldo de la barca, vieron garcetas paseando por la orilla, y cormoranes y garzas reales posados en las ramas casi a ras del agua, secando sus plumas al sol. Tuvieron suerte con la marea. Estaba bajando y pidieron a su amable piloto que los llevara hacia la punta sur de la isla, donde las aves zancudas se alimentaban en los bajíos: archibebes comunes, archibebes claros, zarapitos, vuelvepedras, andarríos, chorlitos dorados y chorlitejos patinegros. En las tres primeras horas anotaron cincuenta y siete especies.

—Creo que hemos encontrado un filón, Harry —dijo David.

—Yo creo que tengo hambre —dijo George.

—La comida corre de mi cuenta —dijo Harry.

La tarde, aunque menos activa, resultó casi igual de productiva. Tras un largo almuerzo en Petley's se tumbaron en la hierba, junto a la antigua muralla de la ciudad. Los vencejos segaban el aire azul con sus alas como cimitarras.

—Los grandes son vencejos euroasiáticos —explicó George, cubriéndose los ojos con una mano y señalando al cielo con la otra— y los pequeños son vencejos moros, ¿verdad, Davo?

—Sí. Y esos dos, un poco más abajo, los de las alas mucho más estrechas, deben ser vencejos de las palmeras. ¡Mira ése, George!

Observaron con los prismáticos a un pájaro que a primera vista parecía un vencejo euroasiático.

—¿Qué te parece?

—Creo que podrías tener razón, Dave. Sí, le he visto la garganta. ¿Lo has visto, Harry?

—¿Te refieres al de la mancha blanca? ¿Qué es?

—Un cuelliblanco. Según la guía no suelen verse tan al norte, pero no cabe duda.

Y entre el cuelliblanco, los diversos tipos de golondrinas y avioncillos, además de una pequeña bandada de espátulas africanas que pasó volando en cerrada formación en V, con sus característicos picos en forma de pala, George, David y Harry decidieron pasar el resto de la tarde tumbados en la hierba. Llegada la hora de salir de Lamu y tomar el *ferry* de vuelta al aeródromo, el recuento del día ascendía a setenta y cuatro.

—No está mal, no está nada mal —dijo George tras registrarse en el vuelo, mientras esperaban el momento de embarcar—. Pero ¿sabéis lo que me habría encantado ver? Un abejaruco carmesí.

Un destello rojo procedente de una de las barandillas de la torre de control se detuvo en mitad del aire para atrapar algún insecto en pleno vuelo y regresó a su percha.



¿Es una curiosa manía de los exploradores europeos suponer que cada rasgo geográfico que ven por primera vez necesita un nombre nuevo, o es pura estupidez? Tengo entendido que los seres humanos habitan esta región de África desde hace tres millones de años; año más, año menos. La gran extensión de agua que separaba a los africanos nunca pasó inadvertida. ¿Cómo de grande era? Más grande que el lago Michigan, más grande que Tasmania, más grande que Connecticut, Massachusetts, Vermont y Rhode Island, todo junto. Tan grande que la gente de una orilla le daba un nombre y la gente de la otra orilla le daba otro nombre, y los que vivían entre una y otra le daban nombres distintos. Pero eso no pareció importarle al doctor Livingstone. Llegó y no se molestó en preguntar a los lugareños cómo llamaban a aquel gigantesco lago situado en la cabecera del Nilo. Livingstone le asignó su propio nombre, en honor de la soberana de una tribu de hombres blancos que habitaba en una pequeña isla a más de siete mil kilómetros de allí. ¿Curioso o absurdo? Ciertamente no lo sé.

Esa noche, en el Hilton, con sus setenta y cinco especies de Lamu en el bolsillo, Harry planeaba con George y David la escapada del día siguiente.

—Yo iría al oeste —dijo George, sorbiendo con aire meditativo su Johnnie Walker sin apartar la vista del mapa desplegado sobre la mesa.

—¿Al oeste, dices? —preguntó Harry—. ¿Cuánto al oeste?

—Todo lo posible. Hasta el lago Victoria. Seguro que hay pájaros allí.

—Flamencos —dijo David, hojeando su guía.

—Grandes y pequeños.

—¿Pelícanos, tal vez?

—Blancos, seguro, y puede que también de lomo rosa.

—¿Y...?

—Y cigüeñas, garzas, grullas y fochas, patos y ganaos, gallinas de los pantanos y...

—Victoria —dijo Harry—. Creo que podría ser nuestra chica.

Sucedió que el tercer día de la apuesta, Harry Khan regresó del gran lago situado en el corazón de África, fuente del Nilo y maravilla del planeta, con una lista de aves que incluía (según el minucioso recuento de Patel) no menos de treinta nuevas especies. Hubo gran regocijo en el bar, pero también cierta consternación. Eran ya las ocho menos cuarto y Malik no daba señales de vida. Aunque le hubieran robado el coche el día anterior, no era propio de él llegar tarde. ¿Dónde estaba?

Malik no se levantó esa mañana a las seis para coger el primer vuelo a Kisumu, en las orillas del lago Victoria. No contrató un chófer y un coche para trasladarse al lugar donde el río Nzioa vierte sus aguas en el lago y ver allí flamencos (grandes y pequeños), pelícanos (blancos y moteados) y cigüeñas (negras, blancas, de cuello negro, de cuello blanco, de pico abierto y de pico amarillo). Tampoco vio patos de pico amarillo, patos negros, patos de pecho ferruginoso, porrones moñudos, patos de lomo blanco, ni patos silbadores —golondrinos o siriríes—, ni otras treinta especies que aún no figuraban en su lista. Lo cierto es que, en lo tocante a las aves incluidas en la lista oficial de aves de Kenia, el día de Malik había sido una birria.

No sé qué habrían hecho ustedes si les hubieran robado el coche en estas circunstancias, pero yo, ante la perspectiva de tener en los brazos a la mujer de mis sueños, habría alquilado uno. El alquiler de coches es caro en Nairobi, pero posible: ¿acaso no va Harry Khan por ahí conduciendo un Mercedes descapotable rojo? El problema es que Malik no sólo ha perdido el coche, el cuaderno y la cartera, sino que en la cartera llevaba el carné de conducir.

Ya he mencionado lo que se tarda en poner una denuncia en Nairobi. Esto se hace en un abrir y cerrar de ojos en comparación con el tiempo que requiere conseguir un duplicado del permiso de conducir. Malik no podía alquilar un coche sin carné, aunque sí podía recurrir a la ayuda de Dios.

Yo me eduqué en las creencias de la Iglesia de Inglaterra, pero no conocí a Dios hasta que llegué a Kenia. Fue mi amigo Kennedy quien nos presentó. Cuando quise instalar una línea de teléfono en mi casa de Nairobi, supe con horror que algunos de mis amigos, llegados como yo recientemente al país, llevaban diez meses esperando el servicio y seguían sin teléfono.

—¿Por qué no hablas con Dios? —dijo Kennedy—. Yo te daré su número.

Llamé desde casa de mi amigo y logré conectar al séptimo intento (recuerdo que en ese momento pensé que el número siete debía tener alguna connotación divina, aunque más tarde comprobé que es el promedio de veces que hay que marcar en Nairobi antes de establecer contacto).

—Hola —dijo Dios, y fue una revelación. Porque la voz de Dios sonaba exactamente tal como debía sonar. Nunca me había parado a pensarlo. Puesto que me inculcaron una imagen europea de Dios, siempre me había bastado imaginarlo como

un hombre, blanco, venerable y barbudo, sin pensar en cómo sería su voz si llegaba a hablar con él. ¿Como la de un rabino, como la del Papa o como la de Orson Welles? Me encantó descubrir que tenía una voz muy profunda, con acento de inglés educado en Oxbridge. Exactamente tal como debía ser la voz del Dios de la Iglesia anglicana, y he de decir que la encontré muy reconfortante. Cuando lo conocí poco después, en su espacioso apartamento de South Parade (exquisitamente amueblado; y me aseguró que tenía otra casa mucho más grande en el país), comprobé que Dios es ciertamente un hombre de treinta años, encantador, negro y homosexual. Y a cambio de una cantidad (¿donativo?, ¿oferta?) logró instalarme el teléfono en el plazo de una semana.

—Ah, sí —dijo Kennedy al conocer la noticia—. Inescrutables son los designios de Dios para obrar Sus maravillas.

Sirva este pequeño circunloquio sobre el teléfono y las revelaciones personales para ilustrar que en Kenia siempre hay maneras alternativas de hacer las cosas. De haberlo deseado, Malik habría podido solicitar la ayuda de este Dios o de otros muchos dioses para acelerar los trámites de renovación de su permiso de conducir. Habría podido, de haberlo deseado, pasar por una oficina de alquiler de vehículos, explicar su apurada situación y constatar que por una pequeña suma adicional todo el mundo podía olvidarse de los requisitos legales. Sin embargo, Malik jamás haría una cosa así, porque —como ya sabemos— es un hombre íntegro.

Mentir puede meterlo a uno en un buen lío, pero ser íntegro no es nada fácil. Alguien te muestra una foto de su último nieto y te dice: «¿verdad que es precioso?». Tu sincera opinión es que si puede considerarse precioso a un mono recién desollado, entonces lo es..., pero ¿te atreverías a decirlo? Si una persona cercana y querida se me plantara delante con un vestido nuevo y me preguntara: «¿me hace el culo gordo?», le diría que sí. ¡No! Aunque Malik no se había visto nunca en este último aprieto (su difunta esposa, como la mayoría de las mujeres africanas, no tenía una visión tan extraña y moderna de las proporciones femeninas), sí le habían mostrado a lo largo de su vida varias fotos de bebés ante las cuales su sincera opinión, no tuvo más remedio que reconocerlo, sería mal interpretada. Con la salvedad de estos incidentes esporádicos, su política general era la honestidad en todas las cosas. En los negocios, su palabra era sagrada. Si decía que compraría a tal precio, compraba a ese precio. Si decía que vendería a tal precio, vendía a ese precio. Si prometía cumplir determinado requisito, lo cumplía a rajatabla, incluso se excedía; y si decía que entregaría, entregaba.

Malik era muy consciente de cómo funcionaba el planeta. Como todas las empresas del mundo, la Jolly Man Manufacturing Company tenía que registrarse y renovar su licencia todos los años. Tenía la obligación legal de obtener el permiso de exportación del Ministerio de Comercio y las autorizaciones correspondientes del

Ministerio de Hacienda. Cualquier empresario en Kenia sabe que el Departamento de Inmigración puede cerrar un negocio si detecta que se han contratado trabajadores ilegales, y el Departamento de Seguridad cuenta hoy con facultades similares. El Ministerio de Sanidad podría cerrarle la fábrica si sospechara de la existencia entre sus empleados de ciertas enfermedades contagiosas, publicadas en el Boletín Oficial del Estado. La fábrica sólo podía funcionar legalmente si se sometía a los controles sanitarios que con carácter anual realizaba el Departamento de Salud y Seguridad del Ayuntamiento de Nairobi. El Departamento de Control de Plagas tenía parecidas competencias, al tiempo que la Policía contaba con cien maneras de hacerle la vida imposible si se lo proponía. Malik cumplía con diligencia toda la normativa, si bien sabía que las normas eran muchas veces cuestión de interpretación. Aunque él cumplimentara todos los formularios, los formularios podían perderse. Como sucede con la compañía telefónica, cualquier organismo regulador en Kenia dispone de dos servicios: uno oficial, para gestionar el papeleo, y otro extraoficial, para garantizar su procesamiento efectivo. Si uno espera que sus formularios no se pierdan y que las normas se interpreten correctamente, debe pagar por ambos servicios. A Malik no le gustaba esta manera de actuar: ¿no era ésa en parte la razón por la que escribía su columna «Dios los cría», para romper el ciclo de corrupción endémica que seguía sofocando la libertad y la justicia en tantos aspectos de la vida en Kenia? Pero las cosas funcionaban así por el momento. Eso en los negocios. Sin embargo, la vida cotidiana era otro cantar. Malik se negaba a ofrecer un soborno para renovar el permiso de conducir y se negaba a pagar de más por alquilar un coche sin carné. ¿Principios irrenunciables? ¿Inútil virtud? ¿Empecinamiento? Lo que ustedes prefieran.

El caso es que el lunes por la mañana no tenía coche.



Al enterarse del robo del coche, Petula, la hija de Malik, reaccionó con más rabia que compasión.

—¿Cómo se te ocurre ir a pasear por allí, papá? Solo y con unos prismáticos colgados del cuello, ¡por Dios! ¿Por qué no te pusiste un cartel bien grande: «Robadme»? ¡Ay, papá, papá, papá!

Meneó la cabeza como hacía su madre cuando los niños se portaban mal, y Malik pensó: «Hay que ver a lo que hemos llegado. Ahora yo soy el hijo y ella es la madre. ¡Qué raro es todo!». Le pidió que lo llevase al centro a comprar unos prismáticos.

—Vale, te llevaré camino del trabajo. Pero, por favor, por favor, prométeme que cogerás un taxi para volver a casa.

Malik lo prometió y Petula lo llevó hasta Freedom Street. En el escaparate de Amin and Sons General Emporium vio unos Bausch & Lomb de 7 x 50, y como en ese momento se encontraba en la tienda el propio Godfrey Amin, además de conseguir un buen precio por los prismáticos se quedó un rato charlando y se tomó una taza de té.

Malik le contó cómo le habían robado el coche.

—Ah, por cierto, Godfrey, ¿tienes algún cuaderno?

En Amin and Sons venden casi de todo. Le mostraron varios cuadernos de distintos tamaños, con rayas y sin rayas, de tapa dura y de tapa blanda. Eligió uno con la cubierta azul, igual que el que le habían robado.

—¿Puedo preguntarte para qué lo quieres? —dijo su amigo.

—Sólo para anotar cosas, ya sabes.

Y hasta ese momento no se dio cuenta de la magnitud de su desgracia. El cuaderno.

Si alguna vez han sentido un gran peso —como un coco de buen tamaño, digamos— que cae desde una altura considerable e impacta en la boca del estómago, sabrán lo

que Malik sintió en ese momento. El cuaderno. El que le habían robado. No sólo contenía sus listas de pájaros. Contenía las notas de todas sus conversaciones con Nyambe de los últimos cinco meses. Si ese cuaderno caía en malas manos...

Malik había oído rumores de cadáveres enterrados en obras promovidas por el Ministerio de Vivienda. Gente que pasaba por delante del edificio del Tesoro después de anoecer había oído gritos sofocados, y aseguraba que no eran gritos de alegría de los funcionarios que se quedaban a corregir errores contables. Más valía no meterse con el poder. Echando mano de su nueva cartera, dura y rígida, y acercándole un puñado de billetes al sorprendido Godfrey Amin, Malik cogió la bolsa con el cuaderno y los prismáticos y echó a andar hacia la puerta. ¿Qué iba a hacer? Necesitaba tiempo para pensar.

Vio un taxi nada más salir y abrió la puerta con tanta brusquedad que casi la arranca.

—¿Adónde, señor?

¿Adónde? ¿Qué hacer? Demasiadas preguntas.

—No lo sé, de momento circule —contestó. «A un lugar tranquilo, algún sitio donde pueda pensar. ¿Al cementerio? No, al cementerio no»—. Al Arboreto —dijo, cerrando de un portazo—. Lléveme al Arboreto.

El Arboreto de Nairobi, situado en el extremo de la ciudad contrario a City Park, es un sitio muy tranquilo. Creado en la década de 1920 por el gobierno colonial, con el fin de comprobar qué especies foráneas lograban aclimatarse en el país, albergaba árboles de todos los rincones del mundo. Y albergaba también a los cristianos. No sé por qué esta pequeña extensión de tierra, situada detrás de la universidad, atrae tanto a los cristianos, pero así es, y no necesariamente en domingo: cualquier día es bueno para ellos. Los cristianos del Arboreto de Nairobi no parecen de los más gregarios. Aunque es posible cruzarse con muchos paseando por allí, siempre van solos, pero están casi en todas partes: a la sombra de una palmera canaria, de un roble inglés o de un eucalipto aromático. Es normal ver a alguno de pie, a la vista de todo el mundo, en mitad de una pradera. Llevará una Biblia o un libro de oraciones en la mano y estará teniendo una larga conversación con Dios, que vista desde fuera siempre parece completamente unilateral, aunque ¿quién puede asegurarlo? Y al parecer la presencia de los cristianos ahuyenta a los ladrones.

Tendré que demostrar esta afirmación. Un tío mío, que vivía cerca de Godalming y trabajaba en el centro de Londres, cogía el tren todas las mañanas y solía terminar el crucigrama del *Times* más o menos cuando llegaba a Long Ditton (si tenía un mal día, en el cruce de Clapham). Una vez me contó que a veces compartía su departamento de primera con un hombre que leía *The Daily Telegraph*, cuyo crucigrama era mucho más fácil, desde luego, aunque por lo demás no tenía nada que objetar. Lo que sí era objetable, o como mínimo desconcertante, era la costumbre del

viajero de romper la esquina superior de la página cada vez que terminaba de leerla, hacer una bolita y lanzarla por la ventanilla. Un día, mi tío no pudo contenerse.

—Disculpe, espero que no le moleste, pero ¿por qué hace eso? ¿Por qué rompe la esquina de cada página de *The Daily Telegraph*, hace una bolita y la lanza por la ventanilla? —preguntó mi tío.

—¿No lo sabe? —respondió el hombre—. Porque ahuyenta a los elefantes.

La respuesta dejó a mi tío bastante perplejo.

—Pero, querido amigo, no hay elefantes en Surrey.

—No —dijo el otro, arrancando otra esquina de la página—. ¿Verdad que es eficaz?

Esto puede explicar por qué la ausencia de ladrones en el Arboreto puede no ser consecuencia directa de la presencia de cristianos. Es posible que ambas circunstancias no guarden ninguna relación entre sí, o es posible lo contrario. Pero tanto si los cristianos disuaden a los ladrones como si la ausencia de ladrones atrae a los cristianos, o si concurre una tercera circunstancia que pueda explicar las dos anteriores, lo cierto es que en comparación con City Park, el Arboreto de Nairobi es un remanso de paz y rectitud.

Malik pidió al taxista que lo esperase en el aparcamiento. No pensaba alejarse demasiado; sólo encontrar un banco, sentarse y pensar. Empujó la verja verde, giró a la izquierda junto a una enorme secuoya y echó a andar hacia una arboleda de eucaliptos aromáticos. Y que me caiga aquí mismo si no vio, en el camino, justo delante de él, una abubilla.

Hace años mi hermana me hizo un regalo estupendo. Es un desplegable de una edición de *Boys' Own Magazine* de 1927, en el que figuran todas las aves que pueden verse en el Reino Unido, dispuestas en un descabellado paisaje de árboles, ríos, playas y campos. Allí están el petirrojo, el mirlo, el zorzal y el carrizo, junto a otros pájaros menos comunes, como el mirlo acuático y el aguilucho de Montagu. Entre las casi trescientas especies representadas (es una ilustración muy abigarrada) hay aves que no residen en las Islas Británicas pero sí las visitan ocasionalmente: una lechuza de las nieves de la tundra siberiana o una garcilla bueyera de la Camarga. Y al pie de la lámina, entre un avefría y lo que estoy casi seguro de que es una tordella, hay una abubilla.

Nunca he visto una abubilla en el Reino Unido —allí son lo que los ornitólogos llaman «visitantes esporádicos»—, pero la primera vez que vi una en África tuve la misma sensación que Malik en ese momento. De jubilosa euforia. Hay algo en la forma de este pájaro, con ese pico largo y curvado y esa cresta de payaso, y algo en su color, con esas plumas rojizas manchadas de rayas blancas y negras..., algo incluso en su nombre..., que produce alegría. Donde esté la abubilla que se quite para mí la curruca de la felicidad. No pareció asustarse en lo más mínimo. Ladeó la cabeza

y miró a Malik con sus ojos negros. No temas, parecía decir. Tu secreto está a salvo. No te preocupes. Malik echó mano al bolsillo para sacar un lápiz, abrió su cuaderno nuevo por la primera página y anotó: «Abubilla».

La noche de los lunes en el Club Asadi suele ser bastante tranquila. El chasquido de las bolas de billar no es permanente, los camareros tienen tiempo de abrillantar los vasos y ponerse al día con las habladurías de la semana y los socios pueden aparcar cerca de la puerta. Pero este lunes no es así. Por suerte Malik ha tomado un taxi, pues de haber ido en su propio coche habría tenido que aparcar en la calle. El aparcamiento estaba lleno y en el bar no cabía un alfiler. Pagó al taxista y entró en el club, donde encontró a Patel y a Gopez rodeados por una excitada multitud de socios. Patel estaba encorvado sobre sus listas, y de pie, a su lado, sonriente, se hallaba Harry Khan.

—Hola, Jack —saludó—. ¿Cómo te ha ido el día?

Malik se sacó el cuaderno del bolsillo y lo sostuvo en alto.

Patel levantó la vista, saludó a su amigo con la mano y anunció:

—Khan, treinta. Lo que suma un total de ciento ocho.

Malik se abrió camino entre los gritos de la multitud. Sin decir palabra, le pasó el cuaderno a Patel.

Patel tomó asiento, lo abrió. Miró a Malik sin abrir la boca. El gentío guardó silencio. Patel se puso en pie.

—Malik —dijo en voz baja—, uno.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Malik, uno —anunció—. Total: cuarenta y nueve.

Era verdad. El único pájaro nuevo que Malik vio ese día en el Arboreto fue la abubilla solitaria.

Aunque había visto muchas otras cosas.



Khan, ciento ocho; Malik, cuarenta y nueve.

Puede que alguno de ustedes esté un poco preocupado. No me refiero al asunto del cuaderno robado; seguro que cayeron en la cuenta antes que Malik de que ese cuaderno podía causar problemas si caía en malas manos. Me refiero a que, según las normas de la competición redactadas por el Tigre Singh y aceptadas por las partes, los protagonistas no pueden hablar de las razones que han motivado la apuesta fuera del Club Asadi. ¿Qué decir entonces de Harry Khan, que al parecer está contando con la ayuda de dos personas que no son socios? ¿Les ha hablado de la apuesta? Y en tal caso, ¿ha quebrantado las reglas?

¿Y qué decir del hecho de que, mientras Malik está actuando solo, sin ayuda de nadie, Harry cuenta con la asistencia de una pareja de aficionados capaces cuyo entusiasmo va en aumento? ¿Es eso *kosher*^[1]?, se preguntarán. ¿Es eso *halal*^[2]? ¿Puede entenderse como una estricta observancia de la letra y del espíritu de la competición? Para encontrar la respuesta a éstas (y a otras) preguntas tendremos que volver al club.

Si alguien cortara un plátano por la mitad (un plátano ordinario, no uno de esos de gran tamaño que se usan para cocinar) y se lo pusiera a Harry Khan en la cara, sólo lograría cubrir la mitad de la sonrisa que lucía en aquel momento. ¿Malik, uno? Hubo vítores, y Harry exclamó: «¡Bebida para todos!». Mientras la multitud se acercaba a la barra con Harry en su centro, Malik se sentó con sus amigos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Patel.

—Me lo has quitado de los labios —dijo Gopez.

—Nada —respondió Malik—. Bueno, es una larga historia.

—¿A qué hora cierra hoy el club, A. B.?

—¿Lunes? A medianoche..., como siempre.

Patel consultó el reloj y se volvió a Malik.

—Quedan cinco horas... ¿Serán suficientes?

Malik sonrió. Los dos vasos de cerveza mediados que estaban tomando sus amigos le hicieron caer en la cuenta de que tenía sed. Estaba a punto de hacerle una señal al camarero cuando Harry Khan emergió de la multitud agolpada junto a la barra con una bandeja llena de bebidas.

—Aquí tenéis, amigos. Algo para reponer fuerzas.

Cinco vasos de Tusker pasaron de la bandeja a la mesa. No estaba claro para quién era el quinto, hasta que la figura familiar del Tigre Singh emergió también del gentío.

—Una velada estupenda, caballeros —dijo. Dirigió una mirada a Malik y cogió una cerveza—. Quiero decir para el club. No solemos tener tanta gente un lunes. Pero antes de que hagamos nada, Khan dice que hay un punto que desea discutir.

Se sentaron con los demás.

—A vuestra salud, caballeros —dijo Harry, levantando su vaso. Quiero saber qué pasa mañana. Es martes. El paseo ornitológico. ¿Se mantiene o se suspende? ¿Podemos o no podemos ir?

—No veo por qué no —señaló Patel.

—Yo sí —dijo Gopez.

—Hummm —murmuró el Tigre—. Podríamos estar ante un caso de *adhuc sub iudice lis est*. Creo que el comité debe discutirlo. Patel, ¿tienes ahí una copia de las normas? Vamos, caballeros.

Los tres miembros del comité se retiraron a otra mesa, dejando solos a los protagonistas. Gopez planteó cómo veía la cuestión.

—El principal problema es la dama. El acuerdo establece claramente que ninguna de las partes puede establecer contacto con ella en tanto se haya zanjado el asunto. Si asistir a un paseo en el que la mencionada dama está presente no es establecer contacto, yo no sé cómo llamarlo.

—Comprendo tu punto de vista, A. B., desde luego —dijo el Tigre—. Pero convendrás conmigo en que el término «contacto» está expresamente definido. —Pasó a la segunda hoja del contrato—. «Ambas partes se comprometen asimismo a no establecer contacto alguno —personal, telefónico, epistolar, por mediación de tercera persona o por cualesquiera otros medios— con la mencionada dama, desde este momento y hasta el momento en que la apuesta haya concluido». Creo que mientras no hablen con ella ni le entreguen una carta de amor a hurtadillas no hay razón para no ir al paseo. ¿Tú qué opinas, Patel?

Patel se reclinó en el asiento.

—Es complicado. ¿Cuándo se considera contacto el contacto? Me parece un dilema digno de un presidente de Estados Unidos, ¿no creéis?

—Vamos, Patel —dijo Gopez—. Somos el puñetero comité. Basta con que digamos que no y punto.

—Somos el comité, A. B., y estoy seguro de que el Tigre estará de acuerdo. Y

como miembros del comité es nuestra obligación discutir los problemas que puedan surgir.

—Pero, aunque prometiesen no establecer contacto con ella, ¿qué sentido tiene ir al paseo? Verían los mismos pájaros y ninguno de los dos tendría ventaja.

—Creo que estás pasando algo por alto, A. B. Lo que aquí nos ocupa (corrígeme si me equivoco, Tigre) no es si deben ir sino si pueden ir de acuerdo con las normas.

—Si pueden, si deben... no seas tan quisquilloso. Diles que no pueden.

El Tigre juzgó oportuno intervenir.

—Mi propuesta, caballeros, es la siguiente. Dadas las circunstancias, no veo ninguna razón para no consultar con las partes. Si los dos están de acuerdo, adelante. Si uno discrepa, no hay caso. ¿Qué decís?

—Suenan bien —dijo Patel.

—Perfecto —dijo Gopez.

—Eso sí, debemos consultar con ellos por separado —observó Patel—. Es importante que ninguno se sienta presionado.

—Desde luego —asintió el Tigre—. Los escucharemos primero y luego les comunicaremos nuestra decisión. ¿A quién llamamos en primer lugar?

No hay premio por adivinar la opinión de Malik al respecto. Por haberse embarcado en aquella absurda competición y por haber perdido su cuaderno, no podía olvidar su columna, «Dios los cría», para lo cual era *sine qua non*, como diría el Tigre, su encuentro semanal con Thomas Nyambe. Se hallaba asimismo en condiciones de asegurar al comité que había muy pocas posibilidades de que Rose Mbikwa estuviera presente. Recordó que había anunciado que pasaría fuera toda la semana, y era poco probable que hubiera cambiado de opinión. A su parecer, tanto uno como otro tenían derecho a participar en el paseo. La decisión quedaba por tanto en manos de Harry Khan.

Harry tuvo que hacer unos cálculos rápidos, y he aquí cómo lo hizo. Si Rose era o no inmaterial. Llevaba una buena ventaja, y la ampliaba día tras día. Ahora bien, si tanto él como Malik participaban en el paseo al día siguiente, cabía esperar que los dos vieran los mismos pájaros, de manera que, al terminar el día, él seguiría teniendo el mismo margen de ventaja. En el peor de los casos la alternativa no presentaba riesgos. Pero, si ninguno de los dos iba al paseo y él volvía a salir con David y George (ya habían hablado del lago Magadi como posible destino), tendría una buena oportunidad de ampliar todavía más su ventaja. Por otro lado, tuvo que reconocer que empezaba a estar un poco preocupado por George y David. Las normas no decían expresamente que se pudiera contar con ayuda, aunque tampoco decían lo contrario. Cabía la posibilidad de que lo pillaran en eso. Si Malik y él iban juntos al paseo, donde todo el mundo ayudaba a todo el mundo, el problema quedaba resuelto. Ambos se beneficiarían abiertamente de la ayuda ajena para identificar a las aves, y nadie

podría objetar la ayuda que él pudiera recibir o hubiera recibido con anterioridad. Eso tenía sentido..., sí, señor, tenía mucho sentido.

—Sí —dijo Harry—. Si a Jack le parece bien, a mí me parece bien... Como veis, he recordado el nombre.

El comité comunicó su decisión, el Tigre volvió a la mesa de billar y Malik se sentó con Patel y Gopez en su sitio de siempre.

—Por cierto, Malik, A. B. y yo estábamos comentando —dijo Patel, alcanzando su cerveza—. ¿Qué es eso de Jack?

—¡Dios mío! —exclamó Malik, levantándose de improviso—. ¿Es el momento?



26

La abubilla fue el único pájaro que Malik registró en su visita al Arboreto, pero no el único que vio. Nada más sentarse en el banco, al lado del eucalipto, los gorriones empezaron a merodear y a pelearse alrededor de los cubos de basura. Una pandilla de estorninos muy lustrosos paseaba por la pradera con aire arrogante, en busca de lombrices y otros pobres invertebrados. Desde las cañas de bambú, las palomas de ojos rojos zureaban su mensaje tedioso y simple: «Soy... una paloma de ojos rojos. Soy... una paloma de ojos rojos». Pero todos eran pájaros comunes, y Malik ya los tenía en su lista.

¿Era un zarapito real ese que revoloteaba entre las ramas del eucalipto? Malik estrenó sus prismáticos recién comprados. No, no tenía el pecho demasiado rojo. Debía tratarse de un macho de nectarina brillante; había visto muchos como aquél. Aunque no pudiera incluirlo en la lista, le pareció una preciosidad. El pájaro diminuto voló hasta un flamboyán, haciendo caso omiso del joven cristiano que se mecía al pie del árbol, murmurando sus rezos a las ramas más bajas, y empezó a libar el néctar de las flores rojas con su largo pico. A unos metros del sendero que discurría a la izquierda, una cristiana conversaba con un jacarandá (Malik ya había comprobado que los cristianos del Arboreto estaban allí, como de costumbre). El sendero de la derecha llegaba hasta el río. Entre ambos discurría un tercer camino que conducía al bosquecillo de araucarias. Vio otro banco allí, en un lugar muy tranquilo, donde podría sentarse y pensar con mayor claridad en el cuaderno robado. Tomó el camino intermedio.

Muchos de ustedes seguramente conocerán a la familia de las *Araucariaceae*, ese grupo de árboles del hemisferio sur entre cuyos miembros figura el pehuén o *Araucaria araucana*. La familia también presume de varias especies australianas, y fue hacia una de ellas, un bunya-bunya —la *Araucaria bidwillii* del sur de Queensland — hacia donde Malik dirigió sus pasos.

¿Qué debía hacer?, se preguntó mientras se acercaba. Apartó con la mano unas acículas del banco vacío situado debajo del árbol. ¿Qué «podía» hacer? La respuesta

parecía evidente. Absolutamente nada. Y puede que la abubilla tuviera razón. Aun en el caso de que uno de los ladrones hubiera leído el cuaderno sustraído —eso suponiendo que alguno de los tres supiera leer—, no entendería ni una palabra. No figuraba su nombre, ni el de su amigo Nyambe. ¿Cómo podían saber que el marabú, del que tanto se hablaba, era el ministro de Defensa? ¿Que el buitre era el ministro de Seguridad? Y aunque, por una posibilidad remota, llegaran a sumar dos y dos, ¿por qué iban a hacer algo? Claro que también podía ocurrir que la abubilla se equivocara... Justo cuando estaba a punto de sentarse en el banco, para tranquilizarse un poco, el árbol habló.

—Hola —dijo el bunya-bunya. No tenía ni gota de acento australiano.

La primera reacción de Malik fue ignorarlo, como es natural.

—Hola —repitió el árbol—. ¿Es usted, señor Malik?

Es muy desconcertante que un árbol lo interpele a uno. Y es doblemente desconcertante que el árbol te reconozca claramente sin que tú tengas el menor recuerdo de que os hayan presentado en alguna ocasión. Malik empezaba a sentirse en terreno resbaladizo. Se levantó con intención de alejarse.

—Señor Malik, por favor. Necesito ayuda.

Ahora que Malik se encontraba a unos metros del árbol le pareció que la voz procedía de la mitad superior. Levantó la vista y vio una cara negra que lo miraba desde las ramas más altas, un rostro decididamente humano, un rostro que reconoció. Sólo veía la cara; el cuerpo estaba oculto entre el follaje.

—Benjamin —dijo con cierto alivio—. ¿Qué narices haces ahí arriba?

Más de una vez Malik se había preguntado cómo pasaría el chico la mañana de los lunes, el día que libraba.

—He subido aquí.

—¿Estás atrapado?

—No estoy atrapado, pero necesito ayuda. No puedo bajar.

No parecía tener sentido.

—¿Por qué no puedes bajar?

—Porque no llevo nada encima.

No le pareció a Malik que esto fuera más lógico.

—¿Por qué?

—Me quité la ropa.

—¿Te quitaste la ropa y subiste al árbol?

—No, no, señor Malik, no fue así. Primero subí al árbol y luego me quité la ropa.

—¿Por qué?

—Me lo dijo un cristiano. Dijo que él se subía a un árbol cuando quería sentirse más cerca de Dios.

—¿Desnudo?

—Dijo que si de verdad quería acercarme a Dios debía quitarme toda la ropa y quedarme como Adán y Eva en el jardín del Edén.

—Pues vístete y baja de ahí.

—No puedo. Me dijo que tirara la ropa.

—¿Y dónde está?

—Dijo que él la guardaría.

—¿Y dónde está ese cristiano?

—No lo sé. Se marchó hace varias horas. Se llevó mi ropa, y también mis zapatos. No ha vuelto.

Le pareció a Malik que la situación alcanzaba un puesto elevado en la escala de lo absurdo e improbable, aunque sin duda inferior a la que ocuparía un árbol parlante.

—¿Puede ayudarme, señor Malik?

—Sí, Benjamin. Te ayudaré.

Le llevó veinte minutos volver a casa en el taxi, otros veinte encontrar la llave de repuesto de la habitación de Benjamin y reunir algo de ropa. Como no encontró unos zapatos, le llevó unos mocasines suyos. De vuelta en el Arboreto, descubrió que Benjamin se negaba a bajar.

—Alguien podría verme, señor Malik. Por eso me he quedado aquí arriba.

Malik reconoció que el chico tenía su parte de razón. A cincuenta metros del árbol, la joven cristiana seguía hablando con el jacarandá, y un grupo de niños acababa de tomar la pradera y se acercaba hacia ellos.

—Comprendo tu situación, Benjamin, pero yo no puedo subir al árbol para darte la ropa. Me temo que tendrás que bajar.

—¿No tiene usted una cuerda, señor Malik?

—¿Una cuerda?

—Sí. Podría lanzármela. Yo soltaría luego un extremo para que usted ate la ropa. Así podría vestirme antes de bajar.

Media hora más tarde Malik volvía de Amin and Sons General Emporium («No preguntes, Godfrey, no preguntes, por favor») con un rollo de cuerda de sisal de la longitud necesaria. Le costó varios intentos lanzarle la cuerda a Benjamin, hasta que el extremo de ésta cayó, Malik ató la ropa y Benjamin descendió al cabo de unos minutos.

—Gracias, señor Malik.

—No hay de qué. Volvamos a casa.

Esa noche, en el club, se disponía a contar el incidente a sus amigos cuando Harry Khan mencionó el odioso mote. Mientras se marchaba de allí apresuradamente se dijo que tal vez hubiese sido mejor no decir nada.

Aparte de que había visto una abubilla, no creerían ni una sola palabra de todo lo demás.



Al día siguiente, Thomas Nyambe se extrañó mucho al ver que Malik llegaba en un taxi, pero no hubo tiempo para explicaciones. Mientras Malik pagaba al taxista, Jennifer Halutu apareció en las escaleras del museo.

—Bienvenidos al paseo ornitológico de los martes.

La leve decepción de Malik al oír estas palabras pronunciadas por una voz que no era la de Rose se vio compensada por el alivio. La ausencia de Rose en realidad facilitaba mucho las cosas.

—Como muchos recordaréis, Rose Mbikwa ha tenido la amabilidad de pedirme que me ocupe del paseo mientras ella está fuera..., si a todos os parece bien.

Hubo un murmullo de aprobación. Jennifer tal vez no tuviera la misma proyección vocal, pero sabía mucho de pájaros y todo el mundo la apreciaba.

—Ya sé que son más de las nueve, pero tendremos que esperar unos minutos. Veo que faltan algunos de los habituales, y ya sabéis que con la lluvia de anoche el tráfico está fatal esta mañana. Había pensado ir al centro forestal.

Cuando disponían de coches suficientes, el Centro Nacional de Investigación Agrícola y Forestal de Kichaki era otro de los destinos frecuentes de los martes. Los aficionados reanudaron sus conversaciones en pequeños corrillos. Malik se acercó al grupo por detrás. Oyó que Patsy King le contaba a Jonathan Evans que las atípicas precipitaciones de la noche anterior se debían probablemente a una borrasca que estaba arrasando la costa. Thomas Nyambe se acercó a saludarlo. Intercambiaron los buenos días.

—¿Tienes el coche en el taller? —le preguntó Nyambe.

El primer impulso de Malik fue relatarle a su amigo los desgraciados acontecimientos del domingo, pero se lo pensó mejor. No quería cargar a Nyambe con sus problemas. Volvió a pensárselo.

—Me lo han robado, por desgracia.

Y le contó cómo había sucedido, aunque no le habló del cuaderno. De nada servía preocupar a Nyambe, puesto que no tenía remedio.

—Como dice mi hija Petula, ha sido culpa mía. No debería haber ido solo a City Park. Me lo tengo bien merecido, y doy gracias de que no me pasara algo peor.

—No creo que a ninguno nos corresponda juzgar lo que nos merecemos, amigo mío, pero espero no equivocarme si te digo que sé lo que le espera a esa mala gente que te ha robado el coche. ¿Qué hacías en el parque?

—Bueno... —Malik no podía hablar más de la cuenta—. Hay una especie de competición en mi club..., a ver quién consigue avistar más especies de pájaros en una semana.

Eso estaba bien, no decía más de lo justo.

—¡Qué buena idea!

—¿Tú crees?

Thomas Nyambe agrandó su sonrisa.

—Sí, una idea maravillosa. Eso ayudará a la gente a fijarse en la belleza que nos rodea. Ya sabes que muchos no se dan cuenta. ¿Cuántos has visto?

—Cuarenta y nueve.

—Cuarenta y nueve. No está mal. Felicidades.

La conversación se vio interrumpida por la llegada de Tom Turnbull, cuyo Morris Minor al parecer había contraído una nueva dolencia desde la semana anterior, y petardeaba como un cortacésped. Cuando Turnbull se acercaba al Land Rover de Patsy King, un destello rojo seguido de un frenazo anunció la llegada de Harry Khan, y el grupo pudo comparar el clic-maldición, clic-maldición de Tom Turnbull mientras intentaba cerrar su destartalado vehículo británico, con el rotundo chasquido de la portezuela de un moderno coche alemán. Harry Khan saludó a su adversario con un gesto de la mano y una amplia sonrisa, y al apartar la mirada del espectáculo para volver a Nyambe, Malik detectó algo en la expresión de su amigo.

—Ese hombre... ¿es de tu club? ¿También participa en la competición?

Malik asintió.

—¿Y cómo le va?

Malik clavó la vista en el suelo.

—Ciento ocho.

Thomas Nyambe se limitó a sonreír, como de costumbre.

—Oye, Malik. Sigues sin coche... ¿Quieres que te lleve? —se ofreció Harry.

Vio que los turistas australianos repetían el paseo.

—¿Hay sitio para...?

—Sí, detrás hay sitio para uno, Jack. Sube.

Lo que Malik estaba a punto de preguntar era si había sitio para dos. No estaba seguro de querer ir a ninguna parte con Harry Khan.

—Ve con él —le dijo a Nyambe, empujándolo hacia el Mercedes—. Yo ya me acoplaré con alguien.

Con ayuda de las expertas indicaciones de Thomas Nyambe, el grupo de Harry llegó al centro forestal antes que los demás, aunque no tuvieron que esperar demasiado. Nyambe se tranquilizó al ver que Malik había encontrado un hueco en el Morris de Tom Turnbull, donde cuatro JO iban apretujados en el asiento trasero. Tras reunirse todos en la entrada, los aficionados echaron a andar en dirección a los cafetales, dejando atrás el lago, y no tardaron en ver una gran gallínula púrpura que, con determinación aunque sin éxito, intentaba ocultarse entre el carrizo, y un camachuelo al que no parecía importarle que lo vieran, arrancando briznas de un junco seco para construir su nido. Malik le preguntó a Thomas cómo le había ido la semana y, tras intercambiar noticias de padres, hijos y nietos, pasó a la segunda hoja de su nuevo cuaderno (que ya había adornado con el habitual boceto a bolígrafo de un águila negra en la cubierta) y empezó a anotar los rumores, las anécdotas y los escándalos para su próxima columna de «Dios los cría».

Con el lodazal que había formado la lluvia de la noche anterior, el grupo avanzaba despacio, y llamaba la atención cuántas veces se sujetaba Patsy King del hombro de Jonathan Evans para no resbalar. El clímax del paseo llegó cuando avistaron un águila moñuda posada en la rama de un árbol, con lo que parecía ser el rabo de una rata asomando del pico. A juzgar por la somnolienta expresión del pájaro, el resto de la rata ya estaba siendo digerida. El águila moñuda no figuraba todavía en la lista de Malik, y tampoco la gallínula púrpura.

—¿Tienes idea de ir esta tarde a algún sitio en especial, para esa competición tuya? —preguntó Nyambe.

—No, esta tarde no —dijo Malik, tamborileando con los dedos en el cuaderno—. Tengo que escribir.

—Claro. Qué tonto soy. ¿Y mañana?

Eso, ¿adónde iría mañana? Malik no lo había pensado.

—No sé. Sin coche es un poco difícil.

—¿Has pensado en los desagües?

—No, ¿por qué?

—Ah, no te imaginas las cosas que se ven en los desagües. Hace años íbamos mucho por allí, pero a la gente no le gustaba el olor. Tal como está el tiempo puede merecer la pena, sobre todo en esta época del año.

Malik no dijo nada, aunque no sabía qué relación podían tener las últimas lluvias con la abundancia de avifauna en los desagües de Nairobi.

—Supongo que tendrás que coger un taxi —continuó Nyambe, esbozando una gran sonrisa—. Ya verás como vale la pena. Y dime el número de matrícula de tu coche. Avisaré a mis compañeros para que estén atentos. Nunca se sabe.

Se alejaron del grupo, mientras Nyambe seguía poniendo a Malik al corriente de los últimos chismes gubernamentales. Un sonido muy ligero interrumpió su charla.

—Yo diría... —dijo Malik al oír el pitido breve y agudo—. Eso suena a... sí, eso es. Mira, un martín pescador malaquita. —Un destello azul pasó como una flecha en dirección al lago. El pájaro se posó en una rama baja, muy cerca del agua, se incorporó y agachó la cresta azul claro antes de quedarse inmóvil como un gato, con la mirada fija en el agua. Parecía una joya en una joyería, con el pico rojo y el pecho naranja intenso.

—Es un pájaro muy bonito —señaló Nyambe—. Todos lo son, pero éste es de los más bonitos.

—Sí, avisaré a los demás.

—¿Qué pasa con...?

Nyambe no terminó la pregunta. Naturalmente que había que avisar a los demás. Incluido Harry Khan.

Patel comunicó que el paseo ornitológico de la mañana había incorporado dos nuevas especies a la lista de Harry Khan, pues aunque ya figuraban en ella la gallínula púrpura y el águila moñuda, hasta la fecha no había visto ni un camachuelo ni un martín pescador malaquita (tuvo la suerte de que los demás estuvieran allí para señalárselos... y también a Malik). Recibió el veredicto con una sonrisa, saludó con la mano a la multitud y echó a andar hacia la puerta.

—Espera, espera, espera —dijo Gopez—. No puedes irte. Malik todavía no ha llegado. No hemos comprobado su lista.

—Lo siento, tengo que marcharme. Seguro que podéis arreglaros con Malik; no hay problema.

—Espera, espera, espera, espera —terció Patel—. Tienes que quedarte. Son las normas.

—No lo creo, chicos. Tengo una cita importante. No puedo esperar.

—Tigre, dile que lo dicen las reglas, ¿no es así? —insistió Gopez—. Dile a Khan que tiene que esperar a Malik.

El Tigre miró desde la mesa de billar, donde se disponía a efectuar una complicada carambola a dos bandas.

—No, creo que no es necesario. Creo que las normas no dicen que tenga que esperar. Puede marcharse si quiere.

—Estupendo. Nos vemos mañana, chicos.

Al salir del aparcamiento del club, Harry se cruzó con un taxi. Jack aún no había recuperado su coche.

—¿El que acaba de marcharse era Khan?

Malik dejó el cuaderno en la mesa pegada a la barra y se desplomó en una silla.

—Sí. Dijo que no podía esperar. Espero que no te importe.

—En absoluto —dijo Malik.

—Creo que no habéis visto muchas especies nuevas esta mañana en el paseo — dijo A. B.— Khan nos ha contado que estuviste allí. Él sólo ha visto dos. ¿Cuántas has visto tú?

—Creo que sólo una.

Era completamente cierto. Exceptuando el martín pescador malaquita, el resto de las aves ya figuraban en la lista de Malik.

—Vas a tener que esforzarte un poco más, amigo. Va siendo hora de que espabiles.

—Sí, seguro que...

—Sólo quedan tres días. Khan lleva ciento diez, y tú, cincuenta.

—Lo sé.



— **V**eo que sigues sin coche —dijo Patel.

Era miércoles por la tarde, y una vez más Malik había tenido que coger un taxi hasta el club.

—Sin coche. ¿Ha llegado ya Harry?

—Sí —dijo Gopez—. Otra vez ha dicho que no podía esperar. Espero que no te importe.

—En absoluto —dijo Malik, sacando el cuaderno del bolsillo de la chaqueta para dejarlo en la mesa—. ¿Qué tal le ha ido?

—¿Cuántos han sido, Patel? ¿Diez?

—Doce, A. B.: ciento veintidós en total. Ya te dije que tenías que espabilar, Malik. Me temo que te está sacando demasiada ventaja.

—Doce, ¿eh? ¿Dónde ha estado?

—En el lago Naivasha, al parecer —dijo Gopez.

—En el lago Naivasha «y» en la Puerta del infierno —puntualizó Patel—. ¿Y tú?

—Yo he estado en los desagües.

—¿En los desagües? —preguntó Patel.

—¿En los desagües? —repitió Gopez.

—¿En los desagües? —llegó la voz fuerte del Tigre Singh desde la barra.

—Ahí está todo —respondió Malik, señalando el cuaderno—. Y mientras anotáis cuántas nuevas especies he visto... en los desagües... creo que pediré una cerveza.

—Necesitas quitarte el mal sabor de boca, ¿verdad? —dijo Patel—. Muy bien. Veamos cómo te ha ido hoy.

Se acercó a coger el cuaderno de Malik, lo abrió y empezó a contar.

Supongo que ser un pájaro tiene sus inconvenientes. El hecho de no tener labios ni dientes, por ejemplo, impone severas limitaciones a la expresión facial, y sin duda a la pronunciación clara de algunas consonantes fricativas. Sin pulgar y sin dedos, no

debe de ser fácil efectuar un buen lanzamiento. Y con tantas plumas, aunque perfectas para proporcionarle una buena aerodinámica y un magnífico aislamiento térmico, seguro que lo pasan mal cuando hace calor. Lo bueno de ser pájaro (sin ánimo de faltar a las avestruces, los emúes o los pingüinos) es que puedes volar.

Supongamos que uno es, por ejemplo, un cangrejo y vive en la orilla del mar. ¿Qué hace cuando llega una tormenta? Cava un agujero bien profundo y confía en que no pase nada, supongo. Pero si eres un pájaro, cuando ves esos nubarrones que se acercan, despliegas las alas y sales pitando en dirección contraria. Si por casualidad te encuentras en la costa de Kenia cuando se avecina una tormenta por el este, naturalmente te diriges al oeste. Tras un par de horas de vuelo es posible que empieces a buscar un sitio donde descansar. ¡Vaya! ¿Qué es eso? ¿Estoy viendo una sucesión de charcas, unas llenas de agua y otras llenas de rico fango? Parece el lugar perfecto para recuperar las fuerzas y encontrar algunas lombrices. Y descienes. Por eso, cuando se desata una tormenta en la costa de Kenia, los desagües municipales de Nairobi son uno de los mejores sitios para ver aves.

Malik tomó al pie de la letra el consejo de Nyambe, y a primera hora de la mañana pidió un taxi. Cuando llegó a los desagües tuvo la impresión de que todas las aves de la costa de África Oriental ya estaban allí reunidas. Millares de zancudas: avefrías armadas, inmóviles como estatuas en la orilla, zarapitos trinadores y becasinas rebuscando entre el fango con sus picos en forma de cimitarras, lavanderas chapoteando en los bajíos y mostrando fugazmente los traseros blancos. Docenas de garzas y garcetas apuñalando el agua en busca de peces o insectos. Gigantescas bandadas de cormoranes, todos apiñados, grandes y pequeños, nadando o buceando. Gaviotas y golondrinas de mar, peleando o descendiendo en picado. Patos y gansos remojando los pies en la orilla. Incluso había —Malik tuvo que quitarse los prismáticos y frotarse dos veces los ojos para asegurarse— tres flamencos rosas.

Recordó el día en que vio un flamenco por primera vez. Fue en 1955, nada más entrar en el internado de Eastlands High. Un fin de semana fue de excursión con sus padres al lago Borgoria. Cuando el coche coronó las colinas y Malik tuvo un primer atisbo del lago a sus pies, vio que toda la orilla estaba teñida de rosa. A primera vista no vio tres, ni trescientos ni tres mil, sino un millón de flamencos. No había espacio en su imaginación para tantas aves. Pero nunca había visto un flamenco en Nairobi. Mientras miraba y anotaba y miraba y anotaba, lamentó que su amigo Nyambe no estuviera allí con él. Quería darle las gracias por indicarle aquel lugar, y estaba seguro de que Nyambe hubiera disfrutado del espectáculo tanto como estaba disfrutando él.

—¿Aún no has terminado de contar, Patel?

—Sí, A. B. Y la peste de los desagües es lo de menos. Malik, amigo mío, retiro todo lo dicho. Creo que empezamos a oler el dulce perfume de la victoria, caballeros. El total asciende a... setenta y cuatro.

—No seas ridículo, Patel. Es imposible. No me lo creo.

—Compruébalo tú mismo, A. B.

—Has debido de equivocarte. No quiero el total. Quiero saber cuántas nuevas especies ha visto hoy.

—Eso es lo que te estoy diciendo: setenta y cuatro.

Se acercó al tablón de anuncios, tachó con una cruz el total anterior y anotó el nuevo.

—Khan, ciento veintidós. Malik, ciento veinticuatro. Malik se pone en cabeza.

Los caballos empezaban a correr cuello con cuello.

—Espléndido trabajo, Malik —dijo Gopez—. Me alegra que hayas seguido mi consejo.

—Pero los desagües... ¿Quién se lo iba a imaginar? —dijo Patel, soltando una risita—. Seguro queapestaba a hadadas.

—Eso da igual —intervino el Tigre—. Lo que importa es el resultado. Bien hecho, Malik.

—Supongo que alguien debería decírselo —dijo Patel.

—Creo que acabamos de decírselo —replicó Gopez—. ¿Estabas sintonizando, Malik? ¿Te has enterado de todo? ¿Verdad que sí? ¿Sabes que vas en cabeza?

—A él no, A. B. a Khan. Alguien debería decírselo a Khan.

—¿Decírselo? ¿Cómo? ¡No está aquí!

—Eso ya lo sé. Se ha marchado. Alguien debería avisarle.

—Paparruchas. Le está bien empleado, por marcharse antes de que llegue Malik.

—Eso ya lo sé, pero es lo justo.

—En las reglas no dice que haya que avisarle.

—Ya sé que no lo dice, pero... ¿tú qué opinas, Tigre?

—Creo que A. B. tiene razón —dijo el Tigre. *Ex proprio motu* y todo eso. Cierto que en las normas no se menciona. Las partes aceptaron presentarse aquí todas las tardes..., pero no se habló de que tuvieran que quedarse.

—Si me disculpáis, caballeros. Tengo que llamar por teléfono —dijo Malik.

El recepcionista del Hilton recibió el recado de que quien llamaba no deseaba molestar al señor Khan, pero sí dejarle un mensaje. El mensaje era muy breve. Ciento veinticuatro. Sí, nada más. Ciento veinticuatro. Y mientras colgaba el teléfono y regresaba al bar, Malik tuvo que reconocer que aquella conversación tan breve le causó cierto placer.

Nada más recibir el recado, Harry Khan comprendió exactamente el significado de aquellas palabras. Llamó a David y George para convocar una reunión inmediata en el salón del hotel.

—Muy bien —dijo David—. Hay que moverse. Ya hemos estado en la costa y en el lago. Tal vez sea hora de visitar las montañas.

—Yo creía que ya estábamos en las montañas —dijo George—. ¿A qué altitud se encuentra Nairobi? ¿A unos mil seiscientos?

—A las montañas, pues. Al Kilimanjaro.

Le tocó a Harry intervenir, con los pequeños conocimientos geográficos que le había facilitado Rose.

—El Kilimanjaro, aunque resulta perfectamente visible desde Nairobi un día claro, en realidad está en Tanzania. Al otro lado de la frontera, amigos. Pero ¿qué me decís del monte Kenia? ¿Puede ser un buen sitio?

—Perfecto —dijo David—. Seguro que hay montones de especies nuevas.

—Oropéndolas montana —apuntó George, hojeando su guía de aves—. Turacos de Hartlaub. Aquí dice que hay bastantes posibilidades de ver un quebrantahuesos. Aunque no será fácil hacerlo todo en un día. Seguro que hay una buena tirada.

—¿Quién ha hablado de ir en coche? —dijo Harry.

Al día siguiente volvieron a levantarse al amanecer. Una avioneta los esperaba en el aeródromo de Wilson, y a las ocho y media ya estaban desayunando en la terraza del Club Safari Monte Kenia, en compañía de su guía. Empezarían dando un paseo por los alrededores y luego irían en Land Rover hasta el parque nacional. A Harry le gustó lo del Land Rover. Al pie de la montaña, el aire era tan fino que nada más subir las escaleras del club empezó a notar que respiraba de un modo distinto.

Con ayuda del guía (que se había formado, como era de esperar, con Rose Mbikwa), a menos de un kilómetro del Club Safari vieron volar un quebrantahuesos junto a un joven ejemplar de águila negra africana. No llevaban ni media hora en el bosque cuando un turaco de Hartlaub cruzó volando el camino, seguido de un cuco esmeralda, de una pequeña bandada de pájaros pardos, bautizados con el improbable nombre de chipes de arbusto canelo, además de chipes de montaña, oropéndolas, ojiblanco y un sinnúmero de especies amantes de las alturas. Incluso oyeron, y vieron a continuación, un pito miniado; tuvieron que contarle dos veces las rayas para asegurarse.

De vuelta en el Club Safari, donde disfrutaron de un bien merecido té en la terraza, George señaló una nectarina con el pico estrecho y curvado y dos plumas timoneras extendidas. Estaba picoteando en un hibisco, al lado de las escaleras.

—¿No es eso un loro? —preguntó David.

—Según este libro, no —respondió George, blandiendo su guía de aves—. Esa preciosidad es una nectarina Tacazze. Creo que todavía no la tenemos en la lista.

—Estoy seguro de que no —dijo Harry, y la anotó de inmediato—. Gracias, George. Eso suma un bonito total de... cincuenta. Cincuenta especies nuevas. Chicos, me parece que volvemos a estar en cabeza..., muy en cabeza. Olvidaos del té, creo que deberíamos pedir algo más adecuado para la ocasión. Camarero, una botella de champán: Bollinger.



— **H**an visto tu coche, Malik.
Malik reconoció al teléfono la voz de Nyambe. Dejó su taza de Nescafé.

—¿Es un Mercedes verde, matrícula NHI 572? Uno de los compañeros acaba de anunciarlo por radio. Circula por Valley Road, camino de Ngong Road. Va a seguirlo. Te avisaremos si aparca en algún sitio. ¿Tienes una llave de repuesto?

Malik confirmó que la tenía.

—Muy bien. Te volveré a llamar en cuanto sepa algo. ¿Puedes quedarte cerca del teléfono?

Malik no tenía planeado quedarse cerca del teléfono. Pensaba ir al hospital en cuanto terminara de tomarse el Nescafé. Lo esperaban a las nueve, y nunca había faltado a su cita. Después tenía previsto coger un taxi y volver a los desagües; tal vez hubiera pasado por alto alguna especie el día anterior o hubiesen llegado otras nuevas. Pero necesitaba recuperar su coche.

Nunca he sabido si dar crédito a esas historias que circulan por Nairobi, como la de que el hijo de un juez del Tribunal Supremo es el hombre que está detrás de la mayoría de los secuestros y robos de coches de la ciudad, y tiene vínculos muy estrechos con ciertos oficiales de policía y al menos un miembro del gobierno. Malik tampoco, pero casi empezaba a creerlo. Si por algún milagro su coche aparecía, tenía que estar preparado. Preparado para ir a buscarlo lo antes posible, subir y largarse con el mayor sigilo. En cuanto a sus otros planes, no tendría más remedio que cambiarlos. Se quedaría en casa hasta que recibiera esa llamada de teléfono, recuperaría el coche y luego iría al hospital. Si después de todo eso le quedaba algo de tiempo para las aves, tanto mejor. De hecho, mientras esperaba esa llamada podía sentarse en el jardín.

Malik había vuelto a su silla en la terraza, con los prismáticos y el cuaderno a

mano. Una familia de colíes jugaba en la buganvilla; al menos Malik dedujo que eran una familia y que estaban jugando. Estaba seguro de que eran una familia. Recordó una investigación sobre estos pájaros de la que le había hablado Rose Mbikwa: de cómo formaban grupos familiares y cómo las crías del año anterior se quedaban con los padres y ayudaban a criar y alimentar a la siguiente nidada. Si de verdad jugaban, eso era otro cantar. Pero Malik, que había criado y observado de cerca a sus dos hijos, no tenía duda de que la persecución y los gritos de los pájaros jóvenes y los humanos jóvenes eran iguales. El ruido de la escoba interrumpió sus reflexiones filosóficas.

—Buenos días, Benjamin —dijo Malik. No sabía si mencionar lo ocurrido en el Arboreto.

—Buenos días, señor —respondió Benjamin.

También el chico se preguntaba si debía referirse al incidente del Arboreto, hasta que fijó la mirada en la mesa. Malik se dio cuenta.

—Ja, ja —sonrió con la más amable de sus sonrisas—. Jo, jo. No, nada de hadadas hoy, Benjamin. —Levantó los prismáticos—. Pájaros en general..., de todo tipo.

A juzgar por la mirada del muchacho, era evidente que éste no parecía totalmente convencido.

—Mira. Allí, ¿lo ves? Un gorrión.

—Ah, sí, señor. *Shomoro*.

—Y allí, un colí.

—Ah —dijo Benjamin tras un instante de vacilación—. Sí, señor, *kuzumburu*. *Kuzumburu michirizi*.

—Y allí otro. ¿Lo ves?

—Sí, señor. Distinto. *Kuzumburu kisogo-buluu*.

—Exacto. No, un momento. ¿Qué has dicho?

—*Kuzumburu*, señor. Ese pájaro. *Kuzumburu kisogo-buluu*.

—¿Cómo?

Benjamin soltó su escoba de fabricación casera.

—Ése de ahí, señor —dijo, señalando el segundo pájaro, que en ese momento se había colgado cabeza abajo de una buganvilla que empezaba a echar sus flores púrpuras—. *Kuzumburu kisogo-buluu*. El que está más cerca, *kuzumburu michirizi*.

Malik cogió los prismáticos. ¡Vaya si el chico tenía razón! Lo que había tomado por un pájaro-ratón o colí común era un colí de cuello azul. Buen ojo.

—Gracias, Benjamin. Bien dicho.

—Gracias, señor.

Benjamin cogió la escoba y siguió barriendo. Si esta vez el jefe de verdad estaba observando pájaros, no parecía dársele demasiado bien.

—Benjamin.

Benjamin se detuvo. Ése era el momento en que el señor Malik iba a recordar el incidente del Arboreto. Miró a su jefe, que se había levantado y sostenía en la mano

un libro abierto.

—Ven un momento, por favor. Quiero enseñarte algo.

Benjamin dejó la escoba apoyada en la pared y se acercó. ¿Qué sería aquel libro? ¿Una Biblia? No, en todas las páginas había imágenes de pájaros, y junto a ellas un texto en inglés. El señor Malik pasó las páginas hasta que encontró la que quería mostrarle.

—¿Conoces estos pájaros?

Aunque las ilustraciones le parecieron un poco extrañas —¿dónde estaba el movimiento?, ¿dónde los trinos y los gorjeos?— aquellos pájaros parecían pertenecer a las cuatro especies distintas de *kuzumburu* que había visto en los alrededores de la aldea, cuando era niño.

—Sí, señor, *kuzumburu*. —Los señaló por turno—. *Kuzumburu michirizi*, con la cara un poco blanca. *Kuzumburu kisogo-buluu*, con un poco de azul aquí, en el cuello. Este otro es *kuzumburu kichwa-cheupe...*, nunca lo he visto en Nairobi, sólo a veces en mi aldea, cuando el tiempo era muy seco.

Malik lo miró con detenimiento. Pasó otra página.

—¿Y éstos?

Había más fotos de pájaros, comedores de carne..., no *tai mzoga*, comedores de cosas muertas, sino *tai msito* y *kipanga*. Los señaló y fue nombrándolos por orden.

—¿Y qué me dices de éstos?

El señor Malik pasó a una página en la que se veían varios ejemplares de ibis oscuro e ibis sagrado, posados junto a una espátula africana. Y en la parte superior de la página, como si batiera sus alas marrones y lanzara sus tres notas, había una hadada. Benjamin identificó correctamente los dos *kwarara* de pico largo y curvo, así como el domomwiko, con el pico como un *borok* plano.

—Excelente —dijo Malik con una gran sonrisa—. Está claro que conoces bien a los pájaros, Benjamin.

—Gracias, señor.

—Me encantaría que volvieras a ayudarme hoy, Benjamin. No con las hadadas..., ya has contado demasiadas. Lo que quiero es que te sientes aquí conmigo, en la terraza, y me indiques todas las especies que veas.

En las cuatro horas siguientes, que pasaron volando, Malik, convencido hasta entonces de que sólo tres especies de nectarinas visitaban su jardín, descubrió con asombro que con ayuda de Benjamin lograba identificar cinco. Y lo que había tomado por un bulbul de bigotes amarillos era en realidad un bulbul de Fischer.

El chico tenía además un magnífico oído para el canto de los pájaros. En una bandada que pasó por el jardín en busca de comida, Benjamin fue capaz de identificar por su canto dos apalises, una prinia y lo menos tres variedades de zancudas (Malik, por su parte, sólo identificó a dos de las zancudas con los prismáticos, pero no tuvo duda de que Benjamin estaba en lo cierto). Y aunque estaba acostumbrado a oír el canto de las lechuzas de noche, nunca había caído en la cuenta de que un cárabo

africano anidaba regularmente entre las hojas de una monstera trepadora que crecía en la entrada del jardín. Desde determinada posición, en una esquina del jardín, pudo ver las características plumas rayadas del pecho. Pero el teléfono seguía sin sonar.

Al fin llegó la llamada, a las cinco de la tarde.

—¿Malik? Me temo que lo hemos perdido. En Dagoretti Comer, en esa rotonda tan grande. Lo hemos buscado por todas partes, pero nada. Lo siento.



Malik fue el primero en llegar al club ese jueves.
—¿Sigues sin coche?

Malik sacudió la cabeza con pesar en respuesta a la pregunta de Patel. Sin coche y sin cuaderno. Harry Khan repitió la pregunta al llegar minutos más tarde, tras su escapada al monte Kenia.

—Lo siento, Malik. Y gracias por tu recado de anoche. Sí, gracias.

Gopez miró a Malik. Patel esbozó una sonrisa inescrutable. El Tigre Singh habló:

—Me alegra ver que han llegado los dos a tiempo, caballeros. Por favor, entreguen sus cuadernos al señor Patel para que podamos verificar la puntuación.

Aunque se había pasado el día encerrado en el jardín, a la espera de aquella llamada, Malik había logrado identificar —con la ayuda de Benjamin— doce nuevas especies. Pero eso no era nada en comparación con la cosecha de Harry en el monte Kenia. Transcurridos unos minutos, Patel anunció el resultado.

—Malik, ciento treinta y seis. Khan ciento setenta y dos. El señor Khan vuelve a ponerse en cabeza. Pero, *dum anima est, spes esse dicitur*, caballeros. No olviden que aún tienen dos días por delante.

El Tigre había hecho gala de una inexactitud muy impropia de él al señalar que aún faltaban dos días para el fin de la apuesta. Los protagonistas —y seguro que ustedes también— eran muy conscientes de que tenían todo el día siguiente, pero sólo la mitad del sábado. Esa noche, en el Hilton, Harry Khan preparó su asalto final.

—Tras el viaje de hoy al monte Kenia volvemos a sacarle una buena ventaja, chicos, pero quiero ampliarla todavía más. Quiero alejarme tanto que Malik no pueda verme siquiera con un telescopio.

—Estamos contigo, Harry —dijo George, mordisqueando una aceituna de gran tamaño. ¿Verdad, Davo?

—Verdad —asintió David—. No sé qué estaréis pensando, pero mi idea es la

siguiente. Otro día de safari mañana. Por lo que hemos leído, sabemos que Kakamega puede ser una buena elección. Y el sábado por la mañana volveremos a intentarlo en el Parque Nacional de Nairobi.

—Sí. La selva de Kakamega. Escuchad. —George empezó a leer un pasaje de su guía—: «Kakamega —un vestigio de la selva ecuatorial que antiguamente cubría el continente de este a oeste, famosa por sus aves y sus mariposas— alberga una combinación única de especies de llanura y de montaña». Y ahora viene lo importante. ¿Estáis escuchando? «En Kakamega pueden verse cuarenta y cinco de las especies de aves de Kenia».

—Suenan estupendo, chicos.

—Loro gris, nectarina de garganta verde, abejaruco de cabeza azul, mochuelo de pecho rojo, tordina de pecho gris, bulbul de Ansorge, bulbul de Shelley, papamoscas de Chapin, eremomela de Turner..., y la lista continúa.

—Eremomela de Turner, ¿eh? Podría ser nuestro sitio. ¿Cómo se va?

—Hay un aeródromo a pocos kilómetros de la ciudad. Habrá que alquilar una avioneta y un taxi.

—Muy bien. Dejadlo de mi cuenta.

George se arrellanó en el mullido sofá del Hilton y entrelazó las manos por detrás de la cabeza.

—Tened en cuenta que nos queda sólo un día y medio. No es mucho. Lastima que no podamos hacer observación nocturna.

—¿Por qué quieres hacer observación nocturna? —preguntó Harry—. ¿No te basta con todos esos pajarillos amontonados en sus nidos?

—No del todo. ¿Te acuerdas, David, de cuando estuvimos observando mamíferos con reflectores en esa excursión a Massai Mara? Vimos unos cuantos pájaros.

—Sí, tienes razón. Vimos chotacabras; esos que tienen la cola muy larga.

—Chotacabras de cola larga. ¿Y no vimos también una lechuza?

—Suenan estupendo, chicos, pero olvidáis que tengo que estar en Nairobi a las siete.

—No pensaba hacerlo en Kakamega. Nos queda la noche de mañana, cuando hayas terminado en el club. Seguro que para entonces habré podido conseguir unos focos.

—Y no necesitamos un parque nacional. ¿Qué os parece ese sitio cerca del MEATI?

—Bien pensado, Davo. Ese día vimos un montón de pájaros. Si madrugamos mucho, podemos empezar allí el sábado, antes del amanecer, para estar en el parque en cuanto abra.

—De acuerdo. Me parece bien —dijo Harry—. Podemos intentarlo. Voy a ver a Elvira más tarde. Le pediré que nos consiga un par de focos mientras pasamos el día fuera.

Si Malik ya se había llevado un buen disgusto al no recuperar su coche, la revelación de que Harry Khan volvía a sacarle ventaja no hizo más que aumentar su desazón. Y no podía quitarse de la cabeza el cuaderno robado. ¿Dónde estaba su coche, dónde estaba su cuaderno y dónde podría localizar otras treinta y siete especies antes del sábado a mediodía... o entre cincuenta y sesenta, si la suerte de su adversario seguía la misma racha? Además, se sentía culpable. Por haberse quedado en casa esperando esa llamada de teléfono había faltado a su visita al hospital, y todo para nada. Por esa absurda apuesta. ¿De verdad era tan importante? Se había pasado la noche entera rumiando, y rumiando seguía a la mañana siguiente cuando Benjamin apareció en la esquina del *bungalow*, con una escoba recién confeccionada.

—Ah, Benjamin —dijo Malik, dejando su taza de Nescafé—. Gracias de nuevo por la ayuda de ayer.

Era increíble la cantidad de pájaros que Benjamin había identificado con aquella agudeza visual.

—¿Piensa seguir con los pájaros, señor? —preguntó Benjamin.

—Me gustaría, pero no creo que encuentre más en este jardín. Ni siquiera con tu ayuda.

—No, señor. En Nairobi no hay tantos pájaros. Hasta en mi aldea hay más que aquí.

—Recuérdame dónde está tu aldea, Benjamin.

—Muy lejos de aquí. Demasiado lejos para ir andando. Haría falta más de un día.

Malik esbozó una sonrisa lenta mientras cogía su taza. Sonó el teléfono.

Hay algo en el tiempo africano que supone un desafío incluso para los suizos. El vuelo de Swiss Air procedente de Zurich había aterrizado en el aeropuerto internacional Jomo Kenyatta la tarde anterior con sus habituales nueve minutos de retraso. Charlando con el taxista que la llevó desde el aeropuerto a Serengeti Gardens, Rose Mbikwa supo que en sus nueve días de ausencia había llovido una vez, dos *matatus* habían colisionado en Uhuru Road, causando la muerte de diecinueve personas, y el ministro de Agricultura y Pesca se había visto obligado a dimitir por el caso de la selva de Karura. Esta última noticia sin duda era importante. Aunque los escándalos y la corrupción no son raros en la vida política de Kenia (como sabía todo el que leyera la columna «Dios los cría» del *Evening News*), Rose no recordaba cuándo había dimitido un ministro por última vez. El taxista dijo que el desencadenante había sido ese artículo del periódico. «¡Ay! —pensó Rose con una sonrisa triste—. ¡Ojalá alguien hubiera escrito una columna como ésta en vida de Joshua!».

El taxi entró en Serengeti Gardens y, tras sortear con éxito los baches, los badenes sin señalizar y la habitual fila de coches aparcados en la puerta de la casa del juez del Tribunal Supremo, se adentró en el jardín de Rose. La operación había sido un éxito y

en la clínica la habían tratado muy bien, pero Rose se alegraba de volver a casa. Subió directamente a acostarse.

Poco después del amanecer la despertaron los gritos de las hadadas y por un momento no supo dónde estaba. Ah, sí, en Kenia. En casa. Se puso una bata (sin olvidar su parche) y se acercó a la ventana para abrir las cortinas. Otro luminoso día en Nairobi, aunque el aire ya empezaba a teñirse con el resplandor de una hoguera en la calle. Le pareció que había más coches que nunca en la calle. Tal vez iba siendo hora de hablar amablemente con su vecino. ¿Cuántos coches necesitaba un juez? Aunque eso podía esperar. Lo que de verdad le apetecía en ese momento era darse un buen baño. Estaba a punto de apartarse de la ventana cuando uno de los coches llamó su atención. Aparcado entre un todoterreno rojo de no sabía qué marca y un todoterreno blanco de no sabía qué marca (Rose no entendía de coches, más allá del Peugeot 405), vio un coche que estaba segura de conocer.

Todavía en bata, bajó las escaleras y salió a la calle.



La primera reacción de Malik al reconocer la voz que le hablaba por teléfono fue un silencio total.

—¿Señor Malik? ¿Es usted, señor Malik? Soy Rose Mbikwa.

Malik tomó aire.

—Sí, señora Mbikwa. Desgraciadamente soy yo.

¿Por qué le telefoneaba y por qué tan temprano? Nunca le había llamado por teléfono. ¿Es que no conocía las normas de la competición? ¡Por Dios!

—¿Cómo está? Le pido disculpas por llamar tan temprano, pero es que no sé si ha perdido su coche.

¿Su coche? ¿Cómo lo sabía?

—Sí, señora Mbikwa. Lo cierto es que he perdido mi coche.

—Pues resulta que hay uno en la puerta de mi casa que parece idéntico al suyo. Un Mercedes verde, con una pegatina en la ventanilla..., una pegatina de lucha contra el sida... y otra de la Sociedad Ornitológica. He anotado el número de matrícula: NHI572.

—Gracias, señora Mbikwa. Es mi coche. Me lo robaron la semana pasada.

—Sí, me lo he imaginado. Al parecer estas cosas son muy frecuentes en Nairobi en estos días. ¿Qué quiere que haga?

Malik pensó deprisa.

—Creo que lo mejor será que vaya a recogerlo. Tengo una llave de repuesto. ¿Puede decirme dónde lo ha visto?

Rose le dio su dirección y se fue a preparar el baño. Nunca se había fijado en esa pegatina del sida en el coche de Malik, aunque, pensándolo bien, encajaba a la perfección. Cuando salió del baño y terminó de vestirse para empezar el día, el Mercedes verde con las pegatinas en la ventanilla trasera había desaparecido. ¡Qué raro! Pensaba que Malik pasaría a saludarla.

De vuelta en su terraza de Garden Lane y ante una segunda taza de Nescafé —un acontecimiento insólito: nunca tomaba más de una taza para desayunar desde aquel día aciago en que murió su mujer—, Malik sopesó la situación. Había recuperado su coche, pero no el cuaderno, pese a que registró todos los huecos, rincones y fisuras posibles. Y tenía un problema añadido. Las normas de la competición eran muy claras: no podía establecer contacto con Rose Mbikwa: ni personal, ni telefónico, ni epistolar, ni por mediación de una tercera persona ni de ningún otro modo. En ningún momento tuvo la intención de violar esa norma, pero lo había hecho. No pudo colgar el teléfono cuando oyó aquella voz. No tenía más remedio que esperar el veredicto del comité. Al menos había logrado recuperar el coche sin ver a Rose.

Pero ¡ay!, el sonido de su voz... Acudieron a su memoria las palabras de una vieja canción que Malik no había vuelto a escuchar desde que vivía en Londres, en la década de 1960. ¿Era de Dusty Springfield? «Me vengo abajo. No lo puedo remediar. Me vengo abajo cuando oigo tu voz». Eso era exactamente lo que había sentido al oír la voz grave de Rose Mbikwa al otro lado de la línea telefónica. Y seguía con la misma sensación. ¿De verdad tenía alguna posibilidad de ganar aquella absurda competición? ¿Era posible que Rose Mbikwa aceptara su invitación para el baile del Club de Caza? ¿Era posible, sería posible, que bailara con ella y que su voz suave pronunciara su nombre?

Pájaros. Necesitaba más pájaros. Soltó un largo suspiro, seguido de otro tan sonoro que Benjamin, que para entonces había terminado de barrer alrededor de la casa y el paseo, y se encontraba en mitad del césped, levantó la vista.

—Ay, Benjamin.

¿Por fin iba el señor Malik a hablar del Arboreto?

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí, Benjamin?

—Cinco meses y medio, señor. Desde que terminaron las pequeñas lluvias.

—Sí. Cinco meses, ¿verdad? ¿Y alguna vez vas a casa en tus días libres?

—No, señor. Todavía no he podido. Puede que vaya pronto, cuando haya ahorrado lo suficiente.

Entre bombones y Coca-Cola (por no hablar de que había tenido que comprarse un recambio de ropa completo, zapatos incluidos), Benjamin descubrió que ahorrar en la gran ciudad era más difícil de lo que imaginaba.

—¿Cuánto tardarías en autobús?

—Cuatro horas, señor. Eso contando con un pinchazo. Si hay más pinchazos, puede que más.

—¿Y si no hubiera pinchazos?

—Entonces no tanto, señor.

¿Qué había dicho el chico de su aldea? ¿Que allí se veían más pájaros que en Nairobi?

—Benjamin —dijo Malik—. Creo que es hora de que te tomes unas vacaciones.

Para ir desde Nairobi hasta las llanuras y el extenso valle rocoso, pueden tomarse dos carreteras: la alta y la baja. La alta es más nueva, y mejor, pero precisamente por ser nueva y mejor tiene mucho más tráfico. La baja es más estrecha y tortuosa, pero en ella es menos probable encontrarse con un camión cargado hasta los topes en un mal tramo de la carretera, o con cincuenta personas alrededor de un autobús, viendo cómo el conductor repara el primer pinchazo de la mañana. Malik decidió tomar la carretera baja y llegó a Naivasha justo dos horas después de salir de casa.

La tierra estaba seca en las llanuras y hacía calor. Las lluvias largas no fueron buenas, y las lluvias cortas no se presentaron en muchos meses. El maíz crecía en los campos, aturdido y marrón. Apenas quedaba verdor en la hierba dura que las ovejas y las cabras aún no se habían comido, y los animales, flacos y lánguidos, se cobijaban en la escasa sombra de los espinos. Tal vez no hubiese sido tan buena idea darse el paseo hasta allí. No era un buen lugar para las aves.

Tras otra hora de viaje en dirección norte, nada más pasar junto a un cartel de gran tamaño en el que se aseguraba que Omo sigue lavando más blanco, un entusiasmado Benjamin dirigió a Malik por una pista de tierra sin señalizar. Cuando frenaron para dejar paso a una vaca famélica y un ternero más famélico todavía, una nube de polvo marrón envolvió el vehículo. Pasaron varios minutos hasta que Malik empezó a ver de nuevo con claridad.

—Ésa es la vaca de mi tío, señor. Cuando me marché no tenía ningún ternero. Es bueno que haya tenido un ternero.

Malik estaba de acuerdo.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

—Ya estamos casi en la escuela, señor. Desde la escuela hay cinco kilómetros.

La escuela primaria de Eritima resultó ser una casa de madera, de una sola habitación, justo al borde de la carretera. Tras ella había un edificio mucho más pequeño, presumiblemente la casa del maestro. A un lado se veía un campo de fútbol, sólo distinguible de la tierra desnuda que lo rodeaba por la presencia de sus porterías de madera dobladas. Un grupo de niños estaba echando una carrera. Todos iban descalzos.

—Ésa es mi escuela, señor. Ahí es donde aprendí. Es una escuela muy buena. Están practicando para las pruebas deportivas.

—Entiendo. Pero ¿por qué no está la escuela en la aldea? ¿Por qué está tan lejos?

—Por la electricidad, señor. Aquí hay electricidad, pero en la aldea todavía no hay.

Malik comprobó que el fino cable eléctrico que iban siguiendo desde que entraron en la pista de tierra terminaba en la casa del maestro.

Se dirigían hacia unas colinas bajas, peladas y marrones, como el resto del paisaje

circundante. La pista empezaba a empinarse y se encontraba en peor estado. Malik aminoró la marcha, sorteando charcos y cantos rodados.

—Allí, señor. Allí está mi aldea. —Habían llegado a la cresta de la colina, y Benjamin señalaba hacia un pequeño valle—. Ahí es donde nació. Ahí es donde viven mi padre y mi madre. Es una aldea muy bonita.

Malik esperaba encontrar un montón de chozas rodeadas de polvo marrón y tierra pelada, como la escuela. Pero la tierra ni estaba pelada ni era marrón. Detuvo el coche.

La mayoría de las viviendas parecían concentrarse en una calle principal, y tras cada una se extendía una pequeña franja verde y brillante. Más parcelas de verdor cubrían el valle. Algo se cultivaba allí. En los infinitos kilómetros cuadrados de tierra árida que circundaban la aldea, ésta era un oasis de vegetación.

En pocos minutos habían llegado a la calle principal y estaban rodeados por una multitud sonriente. Malik tuvo la impresión de que le presentaban a todos los hombres, mujeres y niños del poblado, y de que todos eran el padre, la madre, el tío, la tía o el primo de Benjamin. Esperaba ver un río que cruzara la aldea, ¿cómo explicar si no los huertos judías y de tomates, o las cosechas de sorgo y de maíz? Y había un río, pero su curso no estaba cubierto de agua rizada, sino de piedras y arena seca.

¿De dónde sale el agua, Benjamin?

De la fuente, señor. De la fuente que está detrás de la montaña. Es una fuente muy buena, señor. Venga, se la enseñaré. Allí encontraremos a los pájaros.



32

El Cessna 207 Skywagon monomotor sobrevoló el pueblo en círculos antes de aterrizar suavemente en la pista de Kakamega, cuando faltaban unos minutos para las nueve. Su aparición en el cielo había sido una señal para el único taxista local, y los tres pasajeros de la avioneta apenas tuvieron que esperar unos minutos la llegada del Peugeot 504 —de cosecha apenas más reciente que el de Rose Mbikwa y de aspecto similar— que los llevó hasta la casa de huéspedes. Construida en la década de 1930 por el propietario del aserradero, a la sombra de un grupo de olivos Elgon que aún no había talado, cortado y vendido, la casa de huéspedes de Kakamega no sólo ofrece un magnífico desayuno sino que es un lugar excelente para ver aves que no se ven en ninguna otra parte de Kenia, incluida la eremomela de Turner, de extraño nombre.

Desde 1753, cuando el naturalista sueco Carl von Linné publicó su gran *Systema Naturae*, todas y cada una de las especies de animales y plantas conocidas por la ciencia pasaron a identificarse por un binomio único, una combinación de dos palabras que corresponde a una sola especie y sólo a ella. Yo, por ejemplo, pertenezco a la especie *Homo sapiens*. Ustedes probablemente también. El león es a *Panthera leo*. El cordero es un joven miembro de la especie *Ovis aries*. Los pájaros no quedan fuera de la clasificación linneana. El milano negro, al que seguramente recordarán, es conocido por los ornitólogos como *Milvus nigrans*. El abejaruco de pecho canela ostenta con orgullo el nombre de *Merops oreobates*. Esto ha facilitado enormemente la labor de los ornitólogos, que hoy pueden tener la certeza absoluta de que cuando hablan de un pájaro están hablando del mismo.

Los hablantes del inglés aficionados a las aves —y un estudio recientemente realizado en el Reino Unido indica que el 87,4 por ciento de los aficionados del mundo emplea el inglés como primera lengua (mientras que un preocupante 85,1 por ciento lo emplea como primera y única lengua)— han emprendido importantes esfuerzos para alcanzar un consenso similar con los nombres comunes de las aves. Según esta visión del mundo ornitológico, cada una de las casi diez mil especies de

aves que pueblan el planeta debe recibir un único nombre común. Lo que antes se conocía en Escocia como un tordo y en Inglaterra como un mirlo, ahora se conoce oficialmente por el nombre de mirlo común. Filomela y zorzal son nombres que ya no se utilizan; ahora se llaman ruiñón común y zorzal charlo. En Estados Unidos, la gente ha llamado durante siglos petirrojo al *Turdus migratorius* de pecho colorado, mientras que en Inglaterra se dio el mismo nombre a un pájaro distinto durante mucho más tiempo, sin que a nadie pareciera importarle demasiado. Ahora, esta especie se conoce como tordo americano, para distinguirlo de esa otra (que por desgracia no guarda ninguna relación con la anterior, pero ya sabemos que nada es perfecto) bautizada en primera instancia como tordo europeo. No creo que quepa esperar que en Estados Unidos se abandone el nombre de «carbonero de capucha negra» y se adopte la denominación inglesa, más antigua, de «herrerillo».

¿Pero qué sucede con ese sesenta por ciento de especies de aves que no tienen la fortuna de vivir en un país de habla inglesa? Tomemos por ejemplo a ese pequeño y alegre pajarillo grisáceo de garganta blanca, con una raya negra en el pecho y una mancha de color castaño en la frente que corresponde al nombre científico de *Eremomela turneri* (una combinación de palabras latinas a partir del griego ερημομελα o «pájaro cantor del desierto» y el nombre de su descubridor europeo, el excéntrico epicuro y naturalista inglés Henry Turner o «Henry el Loco»). ¿Cómo lo llamaremos: pájaro cantor del desierto de Turner? El problema de esta especie es que, si bien la mayoría de los miembros pertenecientes al género *Eremomela* viven ciertamente en los desiertos, ésta en particular sólo habita en las selvas tropicales. ¿De frente castaña, banda negra y garganta blanca? Convendrán conmigo en que resulta un poco farragoso. Cuando se encuentran con este tipo de pájaros —especialmente, y con razón, si son pequeños—, los encargados de estas cuestiones suelen adaptar el nombre latino al inglés, y ahí termina el problema. De este modo, *Cisticola hunteri* se ha convertido en cisticola de Hunter; *Apalis ruddi* es conocida por los ornitólogos rigurosos como apalis de Rudd; nuestra pequeña amiga *Eremomela turneri* ya aparece descrita en las guías de aves de África Oriental como eremomela de Turner. Y el único lugar donde puede encontrarse, como seguramente recordarán que George le dijo recientemente a Harry Khan en el Hilton, es la selva de Kakamega, al oeste de Kenia.

—¿Visteis esa avestruz cuando despegábamos?

Harry rebañaba con una cuchara el último resto de carne naranja de una papaya partida por la mitad. No sabía si continuar con huevos revueltos o huevos escalfados.

—¿Avestruz? —preguntó George—. No. No hemos visto ninguna avestruz, ¿verdad, Davo? ¿Queda algo de beicon?

—Al lado de las salchichas. —Estaban desayunando en la terraza—. ¿De qué creéis que estarán hechas las salchichas keniatas?

—Una vez me llevaron a una fábrica de salchichas en Toronto —dijo Harry—. No sé de qué estarán hechas éstas, pero no creo que pueda ser peor. ¿Cuál es el plan?

—El plan es... Espera un momento. —David soltó el tenedor y cogió los prismáticos—. ¡Que me aspen! George, Harry..., mirad eso.

—¿Dónde? —Harry apuntaba con los prismáticos hacia el tupido dosel de la selva, donde algo de gran tamaño se movía entre el follaje—. Ah, ya lo veo. —Se quitó los prismáticos y se frotó los ojos. Volvió a mirar a través de los prismáticos—. Lo veo, aunque jamás he visto nada igual. ¿Qué narices es eso?

—Eso —dijo David, consultando su guía— es *Corythaeola cristata*, el genuino y único gran turaco azul.

¡Ah, el gran turaco azul! Siempre que se concede algún premio a las especies de aves más raras, el gran turaco azul figura entre las mejores. Tomemos un pollo. Pongámosle un pico grande con la punta roja. Démosle también una cola larga y bonita. ¿Qué color le aplicamos? Un poco de rojo en la parte inferior, tal vez, y el pecho verde manzana. El resto que sea azul brillante —cabeza azul, cuello azul, alas azules y lomo azul—, pero ¿qué tal si le añadimos un poco más de amarillo debajo de la cola y una elegante raya negra en la punta? De momento va bien, aunque tengo la sensación de que falta algo. Ya sé. Para compensar esa franja negra de la cola necesitamos una gran cresta negra, en forma de abanico, justo en el centro de la cabeza. Ahí está, ¿qué les parece? ¿Es o no un pájaro imposible?

—Es maravilloso —dijo Harry.

—Es increíble —dijo George.

—Es alucinante —dijo David, sirviéndose un poco más de beicon.

Otro turaco se unió al primero, que se había posado a plena vista en la punta de una rama muerta para desplegar su espectacular plumaje.

—Toc —dijo el primero.

—Toc. Toc. Toc —dijo el segundo.

—Toc. Toc. Toc. Toc. Toc —repitió el primero. Y debía de ser un chiste de turacos, porque los dos empezaron a emitir una risa espasmódica.

—Ése hay que incluirlo en la lista, definitivamente —dijo Harry.

—Hummm —dijo David—. Un momento... ¿Qué ha pasado con las salchichas?



Patel estaba transcribiendo los nombres de las aves que Harry Khan había visto ese día. Además de la eremomela de Turner, notable por su rareza (es un pájaro muy pequeño y bastante soso), el resultado de la excursión a Kakamega había sido impresionante. Junto al gran turaco azul figuraban en la lista de Harry no menos de veintiséis especies nuevas, la mayoría de las cuales se acercaron a beber al estanque que los avifílicos propietarios de la casa de huéspedes habían construido en el jardín.

—Veintisiete —anunció Patel con una sonrisa—. Muy bien, Khan. Eso suma un total de ciento noventa y nueve.

Pero, al ver la expresión de Gopez, borró su sonrisa y enarcó las cejas con gesto preocupado. Harry llevaba una ventaja de más de sesenta. ¿Qué posibilidades tenía Malik? ¿Y dónde estaba Malik?

El Tigre también se había fijado en que las manecillas del reloj del club se acercaban a la hora establecida. Un grupo de socios se había congregado en la puerta principal y vigilaba la entrada.

Malik salió de la aldea de Benjamin con tiempo suficiente. Para estar en Nairobi a las ocho. Habían tardado dos horas y media en llegar al poblado. Calculaba que si se ponían en camino a eso de las cuatro, no, mejor a las tres, por si se presentaba algún imprevisto, podría llegar al club bastante antes de la hora prevista para el recuento. Pero ciertos imprevistos son más imprevistos que otros, sobre todo si en ellos intervienen fusiles de asalto AK47.

Un buen número de los casi setenta millones de este modelo de arma resistente y fiable, que se fabrica desde 1947 en distintos lugares del mundo, ha llegado hasta Kenia. Nadie sabe con exactitud cuántos hay, pues se encuentran en manos de criminales, bandidos, gánsteres, cuatreros y otros personajes de nefandos propósitos. Este epíteto resulta bastante exacto para referirse a los dos individuos que salieron de detrás de una valla publicitaria (¿recuerdan que Omo lava más blanco?), sosteniendo

sus AK47 con aire desenfadado, cuando Malik y Benjamin, tras abandonar la aldea, estaban a punto de llegar a la carretera principal.

Existen en Kenia dos escuelas de opinión al respecto de lo que conviene hacer en semejantes situaciones. Unos dicen que hay que imponerse y confiar en la suerte. Otros dicen que bajo ningún concepto se debe arriesgar la vida de una manera tan insensata. Lo mejor es detenerse, bajar del coche con las manos en alto, y sólo entonces encomendarse a la suerte. Malik, como seguramente recordarán por el incidente ocurrido en City Park, es de esta última opinión. La vida vale mucho más que la propiedad, en casi cualquier circunstancia imaginable. Los objetos materiales pueden sustituirse, incluso se puede prescindir de ellos. Pero una vida no se recupera. Esto fue lo primero que le vino a la cabeza al ver a los dos hombres. Sin embargo, no había terminado de pensarlo cuando otra idea le vino a la cabeza. Si esos dos hombres tenían intención de quitarle el coche, no llegaría al club a tiempo para el recuento. Si no llegaba a tiempo perdería la apuesta, y con ella la oportunidad de llevar al baile a Rose Mbikwa, cuya adorable voz había pronunciado su nombre esa misma mañana y aún resonaba en los oídos de Malik. Si no paraba el coche no sólo ponía en peligro su vida. Llevaba un pasajero, y el pasajero en cuestión no sólo era un muchacho inocente sino que además le había ayudado a ver un montón de especies de aves, de manera que aún tenía una posibilidad de asistir al baile con la mujer de sus sueños. Esta reflexión no fue secuencial sino simultánea, y lo mismo la decisión de Malik. Tenía que parar el coche. En ese momento su pasajero dijo:

—¡Siga, señor Malik! ¡Siga!

Y el pie derecho de Malik, que estaba a punto de pisar el freno, se clavó con fuerza en el acelerador. Circulaba en segunda. En lugar de impulsar el coche hacia delante, las ruedas traseras perdieron agarre en el polvo y empezaron a patinar. Malik vio fugazmente la expresión de asombro de los dos hombres armados, envueltos en una densa nube de polvo.

—¡Siga, señor Malik! ¡Siga!

Malik seguía intentando avanzar. Levantó el pie del acelerador hasta que notó que uno de los neumáticos agarraba en una superficie de roca. El coche dejó de deslizarse hacia la izquierda y salió disparado. Acelerando esta vez con mayor suavidad, Malik lo dirigió hacia donde esperaba encontrar la carretera. Al emerger de la nube de polvo marrón, comprobó que sus cálculos eran correctos. Aumentó la velocidad: metió tercera y luego cuarta; se alejó del cartel, del polvo y de los siniestros hombres armados. Pero no a la velocidad suficiente. No oyó el chasquido de la primera bala de 7,62 milímetros al salir del arma, aunque sí el ruido que hizo al atravesar la luna trasera e impactar en el parabrisas, justo entre él y Benjamin. Tampoco oyó el disparo de la segunda bala, pero sí la explosión de un neumático, al tiempo que notaba que el coche se hundía. ¿Cuánta distancia podía recorrer un viejo Mercedes 450 SEL con una rueda pinchada? Era el momento de averiguarlo.

Ya he mencionado que desde 1947, cuando Mijaíl Kalashnikov diseñó el AK47, este fusil semiautomático se ha hecho famoso por su resistencia y su fiabilidad. Estas características tienen un precio. Una de las razones por las que el mecanismo del AK47 no se encasquilla fácilmente con el barro, el agua o el polvo es el generoso espacio que separa sus piezas móviles. Pero, también por esta misma razón, el arma no siempre ofrece toda la precisión que debiera. Alcanzar un blanco a más de cien metros se convierte en cuestión de azar más que de destreza. Los bandidos lo sabían. El disparo en la rueda había sido un golpe de suerte. El coche no podría llegar muy lejos, por lo que no había necesidad de malgastar la munición. Llegado este punto debo mencionar algo que Benjamin sospechaba, pero Malik no. Los asaltantes no iban en busca de Malik, ni de su coche, ni de su cartera. No eran hombres de la zona, ni siquiera samburu o turkana, llegados del norte salvaje. Benjamin supo nada más verlos que eran somalíes. Y aunque existe una larga tradición de incursiones en Kenia por parte de las tribus somalíes para llevarse el ganado, estos delincuentes modernos no iban en busca de vacas, sino de personas. En Somalia, como en el vecino Chad y en algunas zonas de Etiopía, se paga un buen precio por un muchacho joven y fuerte, al que se vende como soldado. Benjamin no quería ser soldado.

—¡Siga, señor Malik! ¡Siga!

El Mercedes recorrió otros doscientos metros a sacudidas, hasta que el neumático reventado se desprendió de la llanta. Malik vio los jirones de la rueda por el retrovisor, pero no se detuvo. Se le ocurrió que si Benjamin pudiera pasarse a la esquina contraria, el coche tal vez equilibrara el peso sobre tres ruedas. El problema estaba en que la rueda pinchada era la trasera izquierda y la esquina contraria era la que ocupaba Malik.

—¡Benjamin! —gritó, entre traqueteos y sacudidas—. ¿Puedes sentarte encima de mí?

Benjamin consiguió embutirse, sin hacer preguntas. El coche no se levantó sobre tres ruedas, tal como esperaba Malik, pero la maniobra seguramente alivió un poco el peso en la rueda pinchada. Ahora estaba por ver cuánta distancia podía recorrer con la llanta al aire sin destrozar definitivamente la transmisión. Se conformaba con alejarse lo suficiente para tener tiempo de cambiar la rueda. Lo malo es que Malik no había cambiado una rueda en su vida.

—¿Has cambiado una rueda alguna vez, Benjamin?

—Sólo de bicicleta, señor. Pero he visto cómo la cambiaba el conductor del autobús.

La llanta sonaba cada vez peor.

—Tendremos que intentarlo. Si conseguimos pasar esa curva, no podrán vernos. Con suerte ni siquiera se darán cuenta de que hemos parado.

En cuanto los hombres armados desaparecieron del retrovisor, Malik levantó el pie del acelerador, redujo la velocidad y frenó progresivamente.

—Ven —dijo, saliendo del coche—. Tenemos que encontrar la rueda de repuesto

y ese chisme, lo que levanta el coche.

—¿El gato^[3]?

Malik parpadeó.

—Sí, eso. Creo que está detrás.

Benjamin salió corriendo hasta la parte de atrás del coche, donde el maletero ya estaba abierto.

—¿Lo ves? ¿Ese chisme y la rueda?

Benjamin encontró la rueda de repuesto debajo del maletero. No había gato.

—Es inútil, señor Malik. No tardarán en llegar. Tiene que venir conmigo, señor. Sígame.

—Pero... ¿adónde? ¿Qué quieres decir?

—Venga, señor. Le esconderé y luego iré en busca de ayuda.

Benjamin estaba en lo cierto. No tenía sentido esperar a los somalíes. Aunque Malik no había visto ningún vehículo, y suponía que los hombres iban a pie, no tardarían más de cinco minutos en alcanzarlos. Benjamin empezó a trepar por la ladera de la montaña.

—Por aquí, señor. Hay una cueva. Se quedará allí mientras voy en busca de ayuda.

—En busca de ayuda... ¿adónde?

—A mi escuela, señor. Está justo detrás de esa loma. Es una escuela muy buena.

Malik no tuvo más remedio que seguir a Benjamin hasta un agujero de tamaño apenas suficiente para meterse.

—Espere aquí, señor. No salga hasta que yo vuelva.

Y dicho esto, Benjamin desapareció.



Las manecillas del reloj del Club Asadi se acercaban a las ocho. ¿Dónde estaba Malik? ¿Dónde la lista de aves que había identificado ese día? A la multitud, agolpada en las escaleras, se sumaron Patel, Gopez y el Tigre Singh. ¿Sería capaz Malik de fallarles, sería capaz de mancillar el honor del club? Se oyó un ruido muy extraño, que al principio pareció el rugido de un león en la distancia, seguido del estruendo de un millar de pezuñas en la tierra dura y seca. A medida que se acercaba, el sonido resultó ser el gemido chirriante y grave de un coche no sólo con el motor en las últimas sino con la transmisión definitivamente destrozada. El Mercedes verde de Malik entró renqueando en el aparcamiento justo cuando el reloj empezaba a dar las ocho. No hubo un solo hombre en el Club Asadi que no ovacionara la llegada de Malik. Patel figuraba entre los más entusiastas. Bajó corriendo las escaleras y se precipitó a abrir la puerta del coche.

—Malik, justo a tiempo. ¿Qué le ha pasado a tu coche? Parece como si le hubiera caído una roca encima. Bueno, eso da igual. Entra. ¿Tienes tu lista?

Malik buscó el cuaderno en el asiento trasero y se lo lanzó a Patel.

—Aquí tienes, cuéntalas. Y, por favor, que alguien le traiga una bebida a mi amigo, a mi invitado. Una Coca-Cola: que sea grande.

Benjamin sonrió desde el asiento del copiloto.

—Oye, ¿eso de la luna trasera es un agujero de bala? —preguntó el Tigre, alzando la voz para hacerse oír en medio del barullo.

—¿Desesperado, Malik? —dijo Gopez. ¿Has estado disparando al buen tuntún? Sabes que eso va contra las normas.

—Luego os lo cuento. Primero tengo que asearme.

Duchado, con la cabeza lavada y la ropa no exactamente impoluta, pero sí bastante más presentable después de un buen cepillado, Malik volvió al bar, donde fue recibido de nuevo con vítores. Hasta Harry Khan lo ovacionaba.

—No me gustaría ganar por los pelos.

Mientras Patel comprobaba el recuento y sumaba el total, Malik les contó las peripecias del día. Primero les habló de los pájaros. Benjamin estaba en lo cierto cuando dijo que en su aldea había más pájaros que en Nairobi. El poblado no sólo era un oasis para la gente y el ganado en mitad de un secarral; era también un oasis para las aves. En una pequeña charca, muy cerca de la aldea, habían visto todas las aves del desierto. Eran en su mayoría pájaros pequeños, pájaros que sobrevivían a duras penas con semillas e insectos encontrados en la tierra seca; pero una especie es una especie, por diminutos que sean sus miembros. Abundaban los pinzones, los picos de coral, las bisbitas y las lavanderas, y había también estorninos y tejedores. Las palomas eran visitantes asiduas del lugar: tortolitas de cola larga, tórtolas senegalesas, un poco más grandes, y pequeñas bandadas de tórtolas de El Cabo; y aunque el gran turaco azul no tuvo a bien presentarse, un grupo de parientes cercanos, los turacos enmascarados, llegaron emitiendo esos gritos tan extraños. A primera hora de la tarde bajó a la charca una ganga, lo cual según Benjamin era muy raro, porque estas aves normalmente sólo pasaban por allí muy de mañana. Por las cejas blancas y la mancha negra alrededor del pico, Malik pudo identificarla como una ganga de cara negra. Maravillados, la vieron meterse en la charca, ahuecar las plumas y hacerse un ovillo.

—Esto lo he visto a veces, pero sólo a los padres —dijo Benjamin. Y Malik, que nunca había visto una ganga, recordó algo que dijo Rose en uno de los paseos.

—Lo hacen para los polluelos —explicó—. Se llevan el agua al nido para darles de beber. Por debajo tienen unas plumas especiales, como esponjas.

Benjamin estaba impresionado, tanto por el comportamiento del pájaro como por los conocimientos del señor Malik.

En los árboles y los arbustos que rodeaban la charca se habían instalado diversas especies de alcaudones y gabilanes. Una hembra de gabilán chikra, la variedad más pequeña de gabilán africano, parecía pegada a su espino, mientras que un gabilán de mayor tamaño, un azor lagartijero, sobrevolaba frecuentemente el entorno en busca de alguna presa incauta. En total, según los cálculos de Patel, Malik había visto ese día sesenta y dos especies nuevas.

—Sí, sí —dijo Gopez—, pero dejemos a un lado a los pájaros. ¿Qué le ha pasado a tu coche?

—Ah, el coche.

Malik les habló entonces de los dos somalíes, de los AK47, de eso que les faltaba para cambiar la rueda y de lo que ocurrió después.

Desde la penumbra de la cueva Malik veía el coche varado en la carretera, al pie de la loma. Todo estaba en silencio. No chirriaba un grillo ni cantaba un pájaro. Al cabo de un rato, que a Malik le pareció una hora, aunque su reloj le indicaba que no habían sido más de quince minutos, aparecieron los bandidos. Iban riéndose y parecían muy

contentos, seguros de que su presa no podría llegar muy lejos y de que sus armas serían invencibles para un viejo y un niño. Registraron el coche y otra vez se echaron a reír. Seguramente habían visto que habían sacado la rueda de repuesto, pero faltaba el gato. Uno de ellos habló en un idioma incomprensible, y acto seguido se separaron. Era evidente que se disponían a peinar la zona. ¿Cuánto tardarían en encontrarlo? Habían recorrido apenas unos metros cuando uno de los hombres gritó y señaló hacia el escondite de Malik. Lo habían visto. Estaba perdido.

De pronto se oyó el chasquido de un arma y al momento un gran estruendo. Por la ladera de la loma bajaba una roca enorme, seguida de otra, y de muchas más. Las rocas pasaban rebotando junto a la entrada de la cueva, rodaban ladera abajo y se estrellaban en la carretera. Uno de los bandidos levantó el fusil, pero una piedra en vuelo se lo arrancó de las manos. Sonó otro disparo en la cima, y un aluvión de chillidos aterradores. Para sorpresa de Malik, los somalíes miraron una vez más y huyeron.

—Señor, ¿está usted ahí, señor Malik?

Nunca se había alegrado tanto Malik de ver al chico. Salió reptando del agujero y buscó con la mirada al grupo armado que, al parecer, Benjamin había reunido de la nada. Lo acompañaban unos cincuenta niños. Tras ellos había un hombre mayor, que sonreía ampliamente y sostenía lo que parecía ser una pistola de fogeo.

—Señor Malik, éste es mi maestro, el señor Haputale, y éstos son mis primos, sobrinos, sobrinas y amigos del colegio. Han venido a ayudarnos.

Los niños rieron mientras el maestro estrechaba con gesto grave la mano de Malik. Benjamin bajó hasta el coche con una docena de los chicos mayores.

—Y ahora, amigos, cuando yo diga levantad, levantáis.

En un abrir y cerrar de ojos habían cambiado la rueda, y Malik y Benjamin estaban de nuevo en camino.

—Benjamin —dijo Malik, mientras se alejaban en dirección a Nairobi, dejando atrás a los niños y al maestro, que les decían adiós con la mano—. Benjamin, tienes razón. Es una escuela muy buena.



— **A** migo mío —dijo Gopez, apurando las últimas gotas de su vaso—, ¿de verdad esperas que creamos que además de haber visto..., cuántos pájaros has dicho, Patel, sesenta y dos..., tuviste tiempo de enfrentarte a unos bandidos?

—Sí —dijo Harry Khan—. ¿Estás seguro de que no te limitaste a pinchar en Uhuru Road?

—Señor Gopez —habló el Tigre—. ¿Cuestiona usted la palabra de un miembro del Club Asadi?

—En absoluto, Tigre, en absoluto. Sólo me sorprende.

—Bien.

Y Malik pareció recordar de repente.

—Hay otro asunto que debo someter al comité. Pido disculpas por no haberlo hecho antes.

Se aclaró la garganta.

—Todavía no os he contado cómo recuperé el coche. Esta mañana hablé por teléfono con la señora Mbikwa. Fue ella quien me dijo dónde podría encontrarlo.

Se produjo un breve silencio.

—¡Eh! —dijo Harry—. ¿No quedamos en que nada de contacto? Eso me suena a contacto. Me da que podrías tener problemas, Jack.

El Tigre recorrió con la mirada a los presentes, sacó del maletín el contrato que establecía las normas de la competición y leyó en voz alta. «Ambas partes se comprometen asimismo a no establecer contacto alguno —personal, telefónico, epistolar, por mediación de tercera persona o por cualesquiera otros medios— con la mencionada dama, desde este momento y hasta el momento en que haya concluido la apuesta». ¿Hablamos de eso, Malik?

—Sí —admitió Malik—. Yo no lo he propiciado, pero no cabe duda de que esta mañana tuve contacto telefónico con la señora Mbikwa.

—Pero, mi querido amigo, nos has dicho que fue «ella» quien te llamó. *Ergo* no iniciaste el contacto, *ergo*... estoy seguro de que mis amigos convendrán en que... no

hay caso.

Sus amigos asintieron con la cabeza. Harry Khan torció el gesto. Malik suspiró aliviado.

—Sin embargo —continuó el Tigre—, creo que debemos atender un asunto más grave. Señor Khan, me ha parecido oírle hablar de una bañera para pájaros. ¿Es correcto?

—Sí, en la casa de huéspedes. Hay una bañera para pájaros al lado de la terraza.

—Una bañera para pájaros... ¿Estás seguro?

—Sí, una bañera. Con agua. Los pájaros van allí a beber.

—En ese caso, caballeros, creo que debo llamar su atención sobre la norma número cinco.

—¿La norma número cinco? —dijo Harry Khan.

—¿La norma número cinco? —dijo Malik.

—La norma número cinco, caballeros. Se prohíbe expresamente el uso de reclamos, señuelos, otras aves cautivas o sonidos grabados para atraer a los pájaros. Me temo que una bañera es un señuelo.

El bar enmudeció.

—Creo que lo que dices tiene sentido, Tigre —reconoció Patel.

Malik guardó silencio. Sí, lo que decía el Tigre tenía sentido, pero en tal caso también él había incumplido la norma.

—Me gustaría intervenir, si el Comité me lo permite —dijo—. Si quedan excluidos los pájaros que ha visto Khan esta mañana, creo que los míos también deben excluirse.

—¿Qué dices? —exclamó Gopez—. ¿Por qué? ¿Cómo?

Y Malik explicó una vez más que había ido con Benjamin hasta las llanuras, donde la tierra estaba completamente seca. Sin embargo, la aldea era un oasis.

—¿Por qué? Porque tenía una fuente. Se extrae el agua de la fuente con una bomba, se almacena en un depósito y se conduce hasta las casas y los campos a través de unas tuberías.

—¿Y en qué se parece eso a una bañera para pájaros?

—En que, A. B., una de la tuberías tiene una fuga, muy cerca de la aldea. Nadie se ocupa de repararla, porque los pájaros van a beber a la charca que se forma allí. A la gente le gusta que puedan beber cuando hay sequía.

—¿Estás diciendo...?

—Que es lo mismo que la bañera de la casa de huéspedes. Está ahí para los pájaros, aunque no para atraerlos. No sé si comprendéis la diferencia. Pasa lo mismo con la bañera.

El Tigre intercambió una mirada con sus compañeros del comité.

—Caballeros, ¿seguimos discutiendo este asunto?

—Yo no lo veo necesario —dijo Gopez.

—Si a vosotros os parece bien, y si Malik y Khan están de acuerdo, naturalmente,

a mí me parece bien —dijo Patel.

—En ese caso se desestiman las objeciones. Patel, dinos, por favor, cuál es el resultado.

—Khan, ciento noventa y nueve. Malik, ciento noventa y ocho.

—¡Guau! —exclamó Harry—. Se está acercando.

—No necesito recordaros, caballeros, que mañana es el último día. Espero veros mañana aquí a las doce, para el recuento final. Y ahora, si me disculpáis, he prometido ir a cenar con mi mujer a la Asociación de Abogados.

—Yo también os dejo, chicos —anunció Harry. Me temo que mañana tendré que madrugar.

—Disculpadme también a mí —dijo Malik—. Ha sido un día muy ajetreado.

—Buenas noches, Tigre. Buenas noches, Khan —dijo Gopez. Se volvió a Malik y, bajando la voz, le preguntó—: Y ahora que se han marchado, dime una cosa, Malik: ¿qué le pasó de verdad a tu coche?



36

—**L**o normal es suponer —dijo Harry Khan, espantando un mosquito de un manotazo— que la gente tiene mejores cosas que hacer un viernes por la noche.

—En realidad un sábado por la mañana —corrigió David, espantando otro mosquito con bastante desgana.

—Chorradas, Dave —dijo George, que estaba sentado con ellos en el duro banco de madera—. Viernes o sábado, ¿qué más da?

Una hadada voceaba en un árbol cercano. Una gallina de Guinea respondió con su extraño sonido. Entre los barrotes de hierro de la jaula donde estaban metidos, veían teñirse de rosa el cielo del amanecer.

Como saben los buenos ornitólogos, hay en Kenia cuatro especies de gallinas de Guinea. Aunque muy parecidas, se distinguen por ligeras diferencias en el tamaño o el plumaje. La más corriente es la pintada común, de plumas grises y manchas blancas, que suele verse en pequeños grupos en las zonas más secas del país. Menos comunes son la pintada vulturina y la guinea moñuda, y la más rara de todas es la guinea plumífera, hoy sólo presente en la selva de Sosoke, al norte de Mombasa (si tienen la suerte de verla, la reconocerán por el tono azul de sus manchas y el cerco un poco más encarnado alrededor de los ojos). Esta última especie era la favorita del soldado William Hakara, originario de la costa de Takanungu. Asada, frita o guisada, nada le gustaba a William Hakara más que una buena gallina de Guinea, y desde niño desarrolló una notable habilidad para cazarlas.

Las guineas plumíferas son pájaros tímidos y cautelosos. Nunca abandonan su pequeña franja de bosque, donde conocen cada rama y cada senda. Es casi imposible acercarse a ellas, abatirlas de un disparo o atraparlas. Sin embargo, son animales muy curiosos y nada las atrae tanto como el color azul. Yo no he tenido ocasión de comprobarlo, pero mi amigo Kennedy me aseguró que una gallina plumífera se quedó

varios minutos observando con mucha atención un paquete vacío de cigarrillos Clear Sky. De ahí que para atrapar a una de estas aves, el mejor cebo no sea ni el grano ni la fruta ni nada comestible, sino cualquier objeto azul. De pequeño, William Hakara siempre llevaba un trapo azul atado a un palo, que a su vez empleaba para activar una sencilla trampa: el pájaro se acerca a picotear el trapo, el palo libera la rama, la rama tira de la cuerda y el dogal atrapa al pájaro. A veces tendía una de estas trampas camino de la escuela, y la presa lo estaba esperando cuando volvía a casa.

Terminados sus estudios, William Hakara recibió con alegría la noticia de su admisión en el ejército, si bien no tardó en decepcionarse cuando, una vez completado su periodo de instrucción básica, lo destinaron no a la costa, tal como él esperaba, sino a Nairobi y al cuartel del Primer y Segundo Batallón de la Brigada de Fusileros Keniatas. Es fácil imaginar su entusiasmo cuando, en su primera semana en este destino, durante la guardia nocturna dentro del perímetro del cuartel, oyó un cloqueo familiar que procedía de unos arbustos situados al otro lado de la valla metálica. La noche siguiente cogió su fusil, unos alicates, un trozo de sedal y un trapo azul. Nadie notaría el pequeño agujero en la valla a ras de suelo, del tamaño suficiente para un pájaro curioso. Con suerte, nadie se fijaría en el trapo atado a un palo, ni en la rama doblada y el dogal. Y con algo más de suerte, la noche siguiente, cuando terminara su turno de guardia, podría chupetear los huesos de una buena gallina de Guinea asada.

Lo primero que se le pasó por la cabeza al soldado William cuando vio los destellos de linternas en las proximidades del perímetro fue que alguien se proponía robarle su cena. Quienquiera que fuese hacía un ruido de mil demonios. Lo segundo que pensó fue que algunos de sus compañeros volvían tarde y borrachos del Blue Beat Hotel and Bar de Magadi Road, e intentaban saltar la valla para esquivar a la policía militar; en ese caso tenía que ayudarles. Pero ¿por qué hacían tanto ruido? Se acercó, vio a tres hombres con linternas y prismáticos, y tuvo entonces un tercer pensamiento. Los hombres no eran ni ladrones de trampas ni compañeros. Eran intrusos.

—Alto —dijo—. ¿Quién va?

Al otro lado de la valla, a Harry Khan le pareció que algo se movía... ¿Un pájaro?

—Chsss —ordenó—. No hagas ruido, David..., vas a asustar a las lechuzas.

—No era yo. Estoy justo detrás de ti.

—Pues entonces estate quieto, George.

—Yo tampoco he sido.

—Alto —repitió la voz— o disparo.

¿Disparo? Harry miró en torno. Vio a David con su linterna y a George con la suya. Y al otro lado de la valla vio otra luz. Pensó rápidamente. El MEATI había cerrado hacía bastante rato, y su Mercedes rojo era el único coche que había en el aparcamiento. No habían visto que se acercara ningún vehículo. Era de noche. Estaban solos, desarmados, y lejos de cualquier ayuda posible.

—George, David..., ¿estáis de acuerdo en obedecer la voz de «alto»?

Se detuvieron y volvieron a oír la voz.

—Bien. Ahora apaguen las linternas y déjenlas en el suelo, por favor. Y pongan las manos arriba.

Tres focos de seiscientas mil candelas descendieron lentamente y se posaron en el suelo. Tres pares de manos se levantaron. Oyeron algo parecido al chasquido y el chisporroteo de una radio, y un minuto más tarde un vehículo rodeaba la valla y se detenía detrás de ellos.

Se encendieron otras luces y vieron el destello del cañón de un fusil.

—Mierda —dijo Harry entre dientes—. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren?

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros, caballeros —dijo otra voz—. Media vuelta y en marcha.

Y así lo hicieron. Pasaron junto al *jeep*, junto al Mercedes aparcado, junto a la entrada del MEATI, enfilaron la carretera y llegaron a unas verjas identificadas con un gran letrero como el Cuartel del Primer y Segundo Batallón de la Brigada de Fusileros Keniatas.



Pocas cosas asustan tanto como un abogado. Las cosas que hacen los hombres y las razones que tienen para hacerlas, los extremos a los que llegan para ocultar lo que han hecho y esconder sus temores, deseos y emociones más profundos —incluso ante sí mismos—, rara vez escapan al escrutinio forense de un abogado. H. H. Singh, doctor en Derecho por la Universidad de Oxford, tuvo sin embargo que confesar ante su recelosa mujer cuando, ese sábado por la mañana, en el momento en que se disponía a salir para el club, recibió una llamada de teléfono. Era del coronel Jomo Bukoto. Uno de sus hombres había detenido a unos intrusos en el cuartel, y uno de los intrusos requería su presencia. Harry Khan... ¿Conocía a ese hombre?

El Tigre hizo un par de llamadas, se cambió de ropa y llegó al cuartel treinta y cinco minutos después de recibir el aviso. Tras darle su nombre al soldado de guardia en la puerta, fue escoltado al comedor de oficiales, donde el coronel Bukoto lo esperaba con ropa de golf, a punto de cascar un huevo duro. Junto al huevo había una tostada con mantequilla, previamente cortada en tiras. De pie, junto al coronel, se encontraba un militar corpulento y con uniforme de teniente.

—Gracias por avisarme, coronel.

El coronel Bukoto lo miró de arriba abajo. Y ahora verán lo buen abogado que es el Tigre Singh. Porque el Tigre vestía pantalones de *sport* claros, camisa de manga corta, chaleco de punto y mocasines, que lo identificaban de inmediato como golfista.

—El señor Singh, supongo. —Sonrió el coronel—. Siéntese, amigo mío. ¿Té?

Aunque el tiempo era vital, el Tigre no podía andarse con prisas.

—Gracias, coronel. —Hizo amago de sentarse, vaciló, se llevó una mano al bolsillo trasero, sacó una pelota de golf amarilla y finalmente se acomodó en la silla—. Un té sería estupendo.

—Traigan a ese hombre —ordenó el coronel a un ordenanza—. Khan.

—Ah, sí, coronel Bukoto. Harry Khan. ¿Podría darme algún detalle?

—Uno de los guardias lo encontró anoche al otro lado de la valla, al parecer intentaba entrar en el cuartel.

—¿Solo?

—No. Con un par de *wazungu*... australianos. Dicen que son observadores de aves.

—Ya. —El tigre hizo una pausa para aceptar la taza de té—. ¿Y usted los cree?

—No lo sé.

—¿Observadores de aves, dice?

El tono era neutral, pero el ligero fruncimiento de ceño con que el Tigre acompañó estas palabras hizo que el coronel, que en otro tiempo había sido un entusiasta seguidor de las novelas de Ian Fleming, recordara con certeza que en una de ellas aparecían unos observadores de aves. ¿*El hombre de la pistola de oro*?

—¿Quiere decir...?

—Dígame, coronel, ¿le ha pedido alguno de los otros que avise al cónsul australiano?

—Sí, los dos lo han hecho.

—Hummm —respondió el Tigre.

—Pero Khan ha preferido avisarle a usted.

—No es Khan quien me preocupa, coronel. A Khan lo conozco. Un *playboy*. Tiene dinero a espuestas. No es un mal hándicap. De hecho, esta misma tarde me enfrento a él en la final del club..., no sé si lo habrá mencionado. Pero los otros dos... —El Tigre se inclinó hacia delante—. Dice usted que han pedido que avisen al cónsul.

—Sí.

—Comprendo.

—Y repelente de mosquitos.

—Ya. ¿Y se lo ha proporcionado?

—No.

El Tigre asintió.

—Creo, coronel, que conoce usted perfectamente su oficio. Dígame una cosa, ¿los han separado ya?

El coronel Bukoto se volvió a su ayuda de cámara.

—¿Los han separado ya?

—No, señor. Usted no ha...

—Háganlo. De inmediato.

El ayuda de cámara masculló la orden a otro soldado de uniforme, que se marchó precipitadamente.

—¿Ha hablado con ellos personalmente, coronel?

—No, todavía no. Me pareció mejor esperar un poco.

—Por supuesto. —El Tigre cogió su taza y dio un sorbo de té caliente—. No tengo mucha experiencia en esta clase de asuntos, pero creo que tiene usted una buena base legal.

—Sí, lo he comprobado, naturalmente.

El coronel se dirigió a su ayuda de cámara con un asentimiento de cabeza.

—Facultad legal de arrestar a cualquiera que se aproxime a doscientos metros de cualquier instalación militar, coronel. Facultad legal de detener e interrogar durante veinticuatro horas, coronel.

—Y eso —dijo el coronel, cogiendo la servilleta para limpiarse las migas del bigote— sin tener en cuenta la nueva legislación antiterrorista.

—Dispone de mucho tiempo para interrogarles. Yo diría que puede hacer hasta nueve hoyos antes de empezar. —El Tigre sonrió, y acto seguido frunció el ceño—. Ah, coronel, me gustaría ver a Khan, si no tiene inconveniente. Pero ¿le importa si hago primero una llamada al club?

El Tigre hizo cuanto pudo por convencer al coronel.

—No, señor Singh. Me temo que debo insistir.

—Pero hay normas, disposiciones.

—Señor Singh, aquí soy yo quien dicta las normas.

—Pero...

—No. Ya he tomado una decisión. Llévase a Khan. Ya les sacaré la historia a los otros dos, por eso no se preocupe.

—Pero coronel, esto es una irregularidad. Ese hombre está legalmente detenido.

—En ese caso puede quedar en libertad legalmente, ¿o no? Eso es asunto mío.

—No es más que el torneo del club. Ya habrá otra ocasión, el año que viene o...

El coronel levantó una mano.

—Señor Singh, considérelo una orden.

Y así, ese sábado, quince minutos antes de la hora en que terminaba la competición, vemos llegar al Tigre Singh con su atuendo de golf al Club Asadi, seguido de un Harry Khan insólitamente abatido. Sus planes para la observación nocturna y las horas que había previsto pasar en el Parque Nacional de Nairobi antes del mediodía se habían ido al garete por obra del soldado William Hakara.

Pero ¿dónde estaba Malik?



Malik también pasó la noche en vela en su casa de Garden Lane, bajo la mosquitera de su cama. La experiencia del día anterior en la aldea de Benjamin había transformado su perspectiva de las cosas. Nunca había estado tan cerca de la muerte. La vida le parecía distinta. Hoy no pensaba ir en busca de pájaros. Nada más desayunar su Nescafé y sus dos plátanos, pidió un taxi por teléfono. Indicó al taxista que continuase hasta la rotonda. En la segunda salida pasaron por delante de la oficina de correos, telégrafos y cambio, giraron a la derecha en la mezquita y a las ocho y media en punto entraban en el Eastlands Hospital. ¿No había faltado ya a una visita por ese asunto de los pájaros, por ese asunto de Harry Khan? Había cosas más importantes, incluso más importantes que ganar una apuesta para llevar a Rose Mbikwa al baile del Club de Caza.

Pasó las dos horas siguientes, como tantos sábados por la mañana de los últimos cuatro años, sentado junto al lecho de los enfermos y los moribundos, hablando con ellos o sin hablar, pero siempre escuchando, y siempre pensando. Después (sin sus prismáticos) fue al cementerio, con su tapia rota y sus recuerdos, para seguir pensando. Sí, había cosas más importantes. Mientras observaba a las escuálidas gallinas que picoteaban alrededor de las tumbas se preguntó si los pájaros llorarían por la muerte, si lamentarían sus pérdidas.

Cuando llegó al Club Asadi, a las doce menos diez, lo encontró tan lleno de gente que apenas pudo abrirse camino hasta el bar.

—Malik, ¿eres tú? —le gritó Gopez.

—Creo que has ganado, amigo —dijo Patel.

Harry ya había comunicado al comité que no había visto ninguna especie nueva desde la tarde anterior, y había contado además su triste historia. Khan le llevaba un punto de ventaja, pero seguro que Malik había visto algo.

—Dejadle paso —dijo el Tigre—. Dinos, Malik, ¿qué has visto desde ayer?

—Nada nuevo —dijo Malik—. Absolutamente nada.

—Sí, sí, sí —dijo Gopez—, pero ¿cuántos pájaros has visto?

—Ninguno.

El bar guardó silencio.

—Caballeros —se elevó la voz del Tigre—. Ya hemos aprendido una lección de la desafortunada experiencia de Khan y sabemos que desde anoche no ha podido incluir ningún ave en su lista. ¿Estás diciendo, Malik, que tú tampoco estás en condiciones de hacerlo?

Malik asintió.

El bar estalló en vítores, gritos y silbidos. La expresión de Harry Khan pasó del abatimiento resignado a la más radiante de las sonrisas. El Tigre tuvo problemas para acompañar a Malik hasta la mesa de la esquina, donde esperaba el resto del comité.

—Por Dios, Malik —dijo Gopez—. ¿No has visto ni un puñetero pájaro? ¿Dónde narices has estado toda la mañana?

Pensando en los enfermos a los que había visitado en el hospital y en la hora que pasó a continuación en el cementerio, Malik sonrió.

—Me temo que hoy no he visto más aves que unas cuantas gallinas viejas —dijo.

Gopez hundió la cabeza entre las manos. Patel la sacudió despacio. El Tigre guardó silencio, y al fin dijo:

—En ese caso, caballeros —dijo en su tono más suave—, creo que tenemos un empate.

Gopez levantó la cabeza.

—¿Un empate? ¿Te refieres a las gallinas? Sí, Tigre. Muy gracioso. Lo más gracioso que he oído nunca.

—Gallinas —musitó Patel—. Hummm.

—Pues claro que me refiero a las gallinas —dijo el Tigre—. Que yo recuerde, no hay nada en las normas que excluya a las gallinas.

—Pero es un ave de corral —dijo Gopez—. Ni siquiera es originaria de África.

—Digo que en las normas no se excluye a las aves de corral ni a las especies traídas de otros lugares.

—Pero... ¿una gallina? —dijo Malik.

El reloj dio las doce.

El comité debatió por espacio de una hora y revisó minuciosamente las normas antes de emitir su veredicto final. La gallina, aunque domesticada, se encontraba en libertad y por tanto podía incluirse entre las especies admitidas. Malik la había visto antes de que expirase el plazo; no había razón para no incorporarla a su lista. El resultado era en consecuencia un empate.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Gopez.

—Yo os lo diré —dijo una voz desde el bar—. Decididlo a cara o cruz.

A esta voz (que no les sorprenderá saber era la de Sanjay Bashu) se sumaron muchas otras, y algunos se apresuraron alegremente a ofrecer una moneda. Harry Khan habló bajo la lluvia de chelines.

—Si a Jack le parece bien, a mí me parece bien.

Malik estaba pensando que no le parecía bien, cuando otro miembro del club tomó la palabra.

—Un momento. Yo no he apostado cinco laj para que una moneda decida si gano o pierdo. Si hay empate, que se devuelvan las apuestas.

La multitud parecía dividida entre los que abogaban por echarlo a suertes y los que exigían la devolución de las apuestas. El Tigre intervino una vez más.

—Caballeros, caballeros. ¿Es necesario recordar las circunstancias que rodearon el inicio de esta apuesta, de esta competición? El verdadero premio, como todos sabéis, no es monetario. Lo que está en juego es la mano de una dama, siquiera temporalmente. Y creo que todos convendréis conmigo en que dirimir semejante cuestión lanzando una moneda al aire es muy poco indicado, por no decir que es monstruoso. No, caballeros. Un empate es un empate. Dada la situación, creo que debemos dar las apuestas por canceladas.

Las palabras del Tigre fueron un alivio para Malik, que había reflexionado en términos muy parecidos.

—Gracias, Tigre —dijo.

—Vale, todo eso está muy bien —dijo Gopez—, pero no resuelve el problema.

—¿El problema, A. B.?

—Sí. ¿Qué pasa con la invitación? Las apuestas se cancelan, pero ¿van a invitarla los dos? ¿Es eso?

—Entiendo tu objeción. Justo lo que intentábamos evitar. Poner a la dama en una situación incómoda y todo eso.

—Yo también lo he pensado —dijo Malik.

Los tres miembros del comité se volvieron a mirarlo.

—Lo he estado pensando y creo que, dadas las circunstancias, lo justo es que... —Malik vio surgir a Harry entre la multitud. Levantó la voz—. Creo que como miembro veterano del Club Asadi y a la luz de las circunstancias, lo justo y lo correcto es que me retire de la competición. No le pediré a la señora Rose Mbikwa que venga conmigo al baile.

Tras un momento de silencio, todos los allí presentes lanzaron un grito ahogado.

—¿Estás seguro, amigo? —preguntó Patel.

—Tal vez debiéramos discutirlo —propuso Gopez—. No te precipites, después de todo lo que has pasado.

—No —dijo el Tigre—. Opino que lo más justo es que ninguno de los dos se lo pida.

—Mi decisión está tomada —repitió Malik.

Sí, pensó, había cosas más importantes.

Harry Khan sonrió. El Tigre se puso en pie y se volvió hacia él.

—En ese caso, señor Khan, parece que has ganado. Al parecer no hay impedimento ni razón para que no invites a la señora Mbikwa al baile del Club de Caza.

—Gracias, Tigre. Y gracias, amigos..., a ti también, Jack. Ha sido divertido, muy divertido.

Amplió su blanca sonrisa y dijo:

—¿Dónde está el teléfono? Éste podría ser un día de suerte para esa damita.



— ¿Quién iba a imaginarlo? —dijo Patel, cuando los tres miembros del comité, ya disuelto, se sentaron esa noche a su mesa de siempre.

Gopez sacudió la cabeza.

—¿Por qué narices habrá hecho eso? Sé que no ha ganado, pero tampoco ha perdido.

—Reconozco que a mí también me ha sorprendido la actitud de Malik..., su abdicación, si se le puede llamar así —dijo el Tigre—. Mi mujer también se quedó muy sorprendida cuando se lo conté.

—No dejo de pensar si el encuentro con los bandidos habrá tenido algo que ver.

—¿Que se ha desinflado, quieres decir? —preguntó Gopez.

—Puede que haya sentido lástima del pobre Khan.

—¿Por lo del cuartel? —preguntó Patel—. Sí, Tigre. No nos has contado lo que pasó.

—Lo siento, está *sub iúdice*.

—No me vengas con ésas, Tigre —dijo Gopez—. Puedes contárnoslo, ¿o no?

El Tigre reflexionó unos segundos.

—Supongo que no hay nada de malo en exponer los hechos. Parece ser que un soldado, en su guardia nocturna, sorprendió a Harry merodeando por los alrededores del cuartel de Limuru Road.

—¿El que está al lado del MEATI?

—El mismo.

—¿Qué narices estaba haciendo allí?

—Según me ha dicho buscando pájaros, provisto de focos, con una pareja de turistas australianos con los que ha formado equipo. Supongo que eso no va contra las normas.

—Hay que ser idiota para ir con focos por allí —masculló Gopez.

—Desde luego, A. B., pero creo que ninguno de los tres sabía dónde estaba. Sin embargo, el ejército —y en concreto el coronel Jomo Bukoto, del Primer y Segundo

Batallón de la Brigada de Fusileros Keniatas— se toma muy en serio estos asuntos.

—¿Y cómo lograste sacarlos de allí?

—Me temo que no lo logré, A. B. Sólo lo saqué a él. Y ése es un detalle confidencial.

Gopez asintió de mala gana.

—¿Quieres decir que los otros dos siguen en el trullo?

El Tigre consultó su reloj.

—Supongo que el coronel ya habrá terminado su partido de golf y puede que en este momento los esté interrogando. El caso es complicado, aunque no creo que llegue a los tribunales..., se quedará probablemente en una discreta expulsión.

—¿Expulsión? ¿Pero no son inocentes?

—Inocentes en cuanto a la intención, A. B., pero no en cuanto al hecho. Merodear de noche por los alrededores de una instalación militar está prohibido por la ley, aunque sólo vayas en busca de pájaros.

—¿Y no protestarán los australianos? —dijo Patel.

—Es muy posible que el cónsul tenga algo que decir, pero la situación es delicada. Aunque nuestro gobierno siempre actúa con diligencia para defender a los turistas, también se comporta con mucho celo para demostrar que cumplimos las normas en materia de seguridad. Tengo la impresión de que aquí primará la seguridad.

—¿Cuánto crees que tardarán en echarlos del país?

—Eso depende de cuánta publicidad quiera el gobierno.

—Seguro que lo exprimen todo lo posible... Recordad lo que os digo. Habrá titulares durante meses. No me extrañaría —señaló con desdén A. B. Gopez.

Patel se volvió a su amigo con una sonrisa inocente.

—Yo no estoy tan seguro —dijo, rebuscando en el bolsillo para sacar su cartera.

Como todas las mujeres de Nairobi —1.431.116 según el censo oficial, y puede que el doble extraoficialmente—, Rose Mbiwa no estaba al corriente de ninguno de estos hechos. Su principal preocupación desde que volvió de Suiza era recuperarse de la operación lo antes posible. El cirujano le aseguró que la probabilidad de recuperación total era muy elevada, pero las prisas no eran convenientes, incluso podían ser perjudiciales. Su visión ya había mejorado bastante con la nueva lente artificial, sin embargo, el ojo tardaría algún tiempo en acostumbrarse del todo. No debía forzarlo, y tenía que llevar el parche cuando saliera de casa durante un mes como mínimo.

Una semana después de su regreso a Nairobi, Rose bajaba de su habitación muy cavilosa. Le decepcionó no ver a Malik cuando pasó a recoger su coche, aunque no tenía la menor idea de por qué le importaba. Era un hombre raro, con ese peinado que se hacía para esconder la calva, y tímido, pero era una buena persona, y la bondad es lo que importa. Llevaba mucho tiempo acudiendo al paseo de los martes y nunca iba

a ninguna parte sin cargar su viejo Mercedes de jóvenes ornitólogos. Siempre tenía el detalle de avisar a todo el mundo cuando veía algo que podía interesar a los demás, pero con discreción, no como otros. Tal vez tuviera algo que ver con esa pegatina del sida. Ella llevaba una idéntica en su coche. Tal vez le interesaran todas esas cosas. Y Rose sabía que Malik amaba Kenia y amaba a los pájaros, igual que ella.

También le decepcionó un poco, aunque de otra manera, que Harry Khan no estuviera en la ciudad. Harry era divertido, y, mientras estuvo en Suiza, Rose pensó que iba siendo hora de poner un poco de diversión en su vida. Un poco menos de pasado y de futuro y un poco más de presente. Harry dejó recado de que estaría una semana fuera de Nairobi por negocios, algo relacionado con una franquicia. Tal vez pudieran verse a su regreso. Sí, tal vez. Otra de las causas de la decepción de Rose tal vez fuera que, al volver de un viaje, aunque sólo hubiera pasado nueve días fuera, a todo el mundo le agrada saber que los demás se alegran de verlo o al menos han notado su ausencia. Decidió pasar por el museo. Se había tomado un mes de baja, pero podía haber cheques que firmar o cartas urgentes. Seguía notando algunas molestias en el ojo, tapado con su parche de pirata, pero por lo demás se encontraba bien. De hecho, le apetecía dar un paseo.

Ya he hablado del peculiar sistema que emplean en Nairobi para deshacerse de la basura. El humo de las hogueras que contribuyen a mantener las calles relativamente limpias, eliminando desde hojas muertas hasta perros muertos (esto es verdad, lo he visto con mis propios ojos), también ensucia el aire. Y combinado con el humo de cincuenta mil vehículos diésel en su mayoría viejos, produce un característico olor urbano. Sin embargo, ese día de julio el olor que Rose percibió al cruzar el jardín para salir a la calle le resultó casi delicioso, por lo familiar.

¿Y todos aquellos coches? Había más coches que nunca en la puerta de la casa del vecino. No tendría más remedio que hablar con el juez. Cómo había terminado allí el coche de Malik seguiría siendo probablemente un misterio... Puede que los ladrones buscaran un lugar donde pudiera pasar inadvertido por algún tiempo. Rose se alegraba de haber reconocido el coche, y se alegraba más todavía de que Malik lo hubiera recuperado. Y no dejaría de hablar con el juez, aunque tampoco tenía prisa. Saludando con un alegre movimiento de cabeza a su primera *askari*, Mukhisa la mayor, se ajustó el parche y echó a andar por Serengeti Avenue. Se alejó de los coches aparcados casi sin fijarse en la pequeña hoguera que ardía en la alcantarilla, justo en la puerta de la casa del juez, y siguió cuesta abajo. De pronto empezó a llover con fuerza. Rose, que no había cogido un paraguas, decidió volver a casa. Lo cierto es que tenía bastante que hacer allí. Para empezar, responder a esa invitación que acababa de recibir. Regresó corriendo, con la cabeza baja.

¿Es posible preocuparse más y menos por lo mismo y al mismo tiempo? Malik pensaba que sí. No por perder la oportunidad de invitar al baile a Rose Mbikwa; eso estaba zanjado y con ello todas sus posibilidades, pese a que las entradas habían llegado finalmente y ahora estaban en la mesita del vestíbulo. Ya se le ocurriría qué hacer con ellas. Había recogido el coche del taller, con la transmisión y la luna trasera sustituidas, y el techo más o menos devuelto a su forma original. Pero había perdido su cuaderno.

Que no le hubiera llegado ninguna noticia al respecto podía significar que los ladrones lo habían perdido, olvidado o tirado en cualquier parte. Sin embargo, Malik no podía evitar la inquietante sensación de que, precisamente por eso, alguien a cuyas manos nunca debió llegar estuviera examinando su cuaderno. Alguien del gobierno o de la judicatura. Les encantaría descubrir la identidad de Dadukwa, esa china en el zapato. ¿Qué harían si llegaran a averiguarlo?

—Papá —dijo Petula una mañana en la terraza, al ver que, una vez más, su padre sólo se había tomado la mitad de un plátano—, ¿te pasa algo?

Últimamente estaba muy silencioso y parecía abatido. Llevaba una semana sin pasar por el club. Petula confiaba en que no fuera su corazón. Malik levantó la vista del Nescafé y esbozó una sonrisa lenta.

—No, cariño, nada.

Si no era su corazón, tal vez fuera ese accidente del que le había hablado. ¡A quién se le ocurre conducir con una rueda pinchada! Normal que hubiera perdido el control del coche y hubiera roto la luna y abollado el techo. ¿Cómo le dio por hacer un viaje tan absurdo hasta esa aldea con Benjamin? Sí, ¿qué fue a hacer allí exactamente? Algo raro estaba ocurriendo.

Tenía que acordarse de preguntarle a Benjamin.



La temperatura en la cocina del Hotel Suffolk es de treinta y ocho grados, y sigue subiendo. Todos los hornos y los calentaplatos están encendidos. Hierven los *currys* a fuego lento, borbotean los biryanis, chisporrotean las gambas picantes, las chuletas de cordero y las alitas de pollo. El aroma de la carne asada escapa por la puerta trasera y se mezcla con la brisa. Fuera se están asando tres corderos en grandes espetones, sobre las brasas de carbón. Llevan dando vueltas desde el mediodía. En otra sala, trescientos hojaldres de *curry* y el mismo número de samosas (de carne y de verdura) ya están alineados en sus bandejas metálicas, a la espera de recibir una última pasada en el horno. Seiscientos volovanes aguardan su relleno. El propio chef está decorando los pasteles con un toque de azúcar glasé. Falta una hora para el baile.

En el comedor del desayuno, que se ha habilitado para las bebidas, hay ocho cajas de Johnnie Walker, ocho de Hennessy y ocho de Gordons detrás de la barra. En la cámara hay suficiente cerveza Tusker, tónica y soda para saciar la sed de una manada de hipopótamos. Un sonido chirriante llega desde el salón, engalanado con flores y ramas, cuando Milton Kapriadis prueba el micrófono. Ya ha colocado los atriles y los instrumentos de percusión y ahora está toqueteando amplificadores y cables. Sabe por experiencia que es preferible no dejar estas cosas en manos de otros. De una vieja maleta azul saca unas partituras y las va distribuyendo en los atriles. La primera es el vals de *El Danubio azul*, en la versión de Glenn Miller. Esta melodía abre el baile del Club de Caza desde mucho antes de que él empezara a tocar allí. A continuación interpretarán un *foxtrot*, seguido de un *two-step*, un *quickstep* y un buen popurrí de *rock and roll*. Tras el primer descanso habrá otro vals. A última hora piensa incluir algo de música disco; no hay más remedio que estar al día. En el número 12 de Garden Lane, Malik está viendo la tele, en pijama.

Ya han llegado los invitados. Milton Kapriadis levanta la batuta. Su excelencia, el embajador británico, toma de la mano a su mujer y sale a la pista para abrir el baile.

Harry Khan se vuelve a la mujer que está sentada a su lado.

—¿Qué te parece, linda? ¿Bailamos o qué?

Ella asiente con una sonrisa cortés. Se dirigen a la pista cogidos del brazo. Otras parejas los siguen. Entrelazan las manos, él la rodea con un brazo y un-dos-tres, un-dos-tres, empiezan a dar vueltas por la pista, detrás del embajador y su mujer. Harry parpadea. De pronto se separa de su pareja. Situados frente a frente, doblan las piernas, dan un paso a la derecha, un paso a la izquierda. Giran... ¿Qué ha sido del vals? Se dan la mano contraria, y ella pasa por debajo del brazo de él, se detiene y vuelve a pasar. Más giros, más pasos. ¿No es eso un *swing*? ¿Un *rock and roll* en 3/3? En los setenta años de historia del Club de Caza, nadie ha visto nada igual.

Nadie baila. En una mesa para cuatro, junto al bufé, están sentados Jonathan Evans y su mujer, con Patsy King y su marido. Jonathan le pedirá a Patsy el próximo baile y ella lo rechazará con frialdad, para asegurarse, así lo esperan, de que sus respectivos cónyuges continúen sin sospechar nada acerca de su amor ilícito. Otros veteranos del paseo de los martes ocupan las mesas contiguas, repletas de bebidas. Hilary Fotherington-Thomas (*gin tonic*) y Joan Baker (coñac con soda) están sentadas una junto a otra, escudriñando la pista de baile. Las dos son antiguos miembros del Club Karen y constituyen las dos quintas partes del comité del baile del Club de Caza. Alrededor de su mesa sigue habiendo dos sillas libres: seguro que Tom Turnbull ha tenido problemas con el nudo de la corbata o con su Morris Minor, o a lo mejor con ambas cosas (como miembros del comité, Hilary y Joan saben quién ha comprado las entradas). Rose sigue sin dar señales de vida.

Resulta que la mujer con la que está bailando Harry Khan no es Rose Mbikwa. La llamó por teléfono desde el Club Asadi, y le dejó recado. Ella le llamó después al hotel. Dijo sentirse sumamente halagada por la invitación, pero tenía otro compromiso. Fue entonces cuando Harry insistió para convencer a su madre. Ella nunca ha asistido al baile del Club de Caza, y aunque protesta porque la música está demasiado alta y los hojaldres de *curry* llevan poco *curry*, lo está pasando muy bien. Los acompañan la guapa sobrina de Harry, Elvira, además de su hermano Sanjay y la novia de éste. Y está también el prometido de Elvira, recién llegado de Dubai y con cara de pocos amigos, quizá porque en ese momento la mujer con la que Harry está bailando es Elvira. Han pasado las dos noches anteriores ensayando movimientos (no todos, hay que decirlo, estrictamente en posición vertical) en la cama de Harry, en el hotel, y ella se ríe a carcajadas.

Pero Harry Khan y Sanjay Bashu no son los únicos miembros del Club Asadi que han comprado entradas para el baile. Al otro lado del salón, el señor y la señora Patel comparten mesa con los Gopez y los Singh. El Tigre viste de esmoquin, y su mujer está radiante con un vestido rosa. Patel luce una sonrisa especial, que sólo puede explicarse porque acaba de ganarle una apuesta a Gopez. Dos asientos en su mesa siguen también vacíos.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Gopez.

—No lo sé, A. B. —dijo Patel—. La verdad, no lo sé.

—Y bien, papá, ¿qué tal estoy?

Malik, todavía en pijama, está viendo las noticias de la BBC World. Aparta la vista del televisor y ¿qué es lo que ve? A su hija Petula, y sin vaqueros. Malik sonrió primero y luego frunció el ceño. Ese sari escarlata con un ribete dorado... ¿no era de su mujer? Y ese pequeño brillante en la frente, ¿no era idéntico al que lucía ella? Cierto que su hija no tiene esas trenzas largas y oscuras que su mujer se recogía en el cuello para lucir la nuca esbelta, causando ese efecto tan bonito, pero el pelo corto de Petula brilla como el ébano y, sí, seguro que esos pendientes de oro y rubíes que adornan sus lindas orejitas también son de su madre.

—Hija mía —exclamó, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Estás preciosa. ¿Adónde vas?

—Al baile, naturalmente.

—¿Al baile?

—Al baile del Club de Caza. Date prisa. Llegaremos tarde.

—¿Tarde..., nosotros?

—Papá, he visto las entradas. He captado la indirecta. Vamos.

—Yo...

—Vamos, papá. Ya sabes que una chica no puede ir sola al baile.

Petula sonrió, y Malik tuvo que apartar la mirada, porque volvieron a llenársele los ojos de lágrimas.

Entró en su habitación y abrió el armario de madera de alcanforero. Sacó una chaqueta de vestir, pantalones y una camisa. Se afeitó y se duchó. Los pantalones y la chaqueta le quedaban un poco justos, pero los pantalones tenían cinturilla ajustable y podía llevar la chaqueta desabrochada. Al menos los zapatos de cordones todavía le entraban. Se acercó al espejo y se hizo el nudo de la corbata. Cogió el peine y se colocó bien el pelo, acercándose un poco más al espejo.

—Y bien, hija. ¿Qué tal estoy? —preguntó Malik al volver al cuarto de estar.

—Estás guapísimo, papá.

Benjamin se sorprendió mucho cuando Petula le preguntó qué había ocurrido en la aldea, y relató entusiasmado la aventura de los pájaros y los bandidos. Después le contó el resto de la historia tal como se la había contado a él el camarero del Club Asadi mientras se tomaba su Coca-Cola (como no era miembro del club, no pesaba sobre él la obligación de no divulgar esta información confidencial). Y así Petula supo de la apuesta de su padre con Harry Khan y del asunto de las entradas para el baile. Lo demás se lo imaginó sin dificultad. Y supo cómo debía actuar.

Insistió en ir al Hotel Suffolk en su pequeño Suzuki, no en el coche de su padre.

—Será mucho más fácil aparcar.

Y tenía razón, porque logró encajar el coche en un hueco donde el viejo Mercedes verde nunca habría podido entrar. Llevando a su hermosa hija del brazo, Malik cruzó la carretera y subió las escaleras hasta el vestíbulo. Desde el salón de baile, a la izquierda, llegó una ráfaga de instrumentos de viento. Acababa de terminar la primera parte. Un camarero salió corriendo de la cocina, sosteniendo dos bandejas de volovanes de champiñón con un brazo en alto y una mano abierta. Lo siguieron hasta el salón.

Patel fue el primero en verlos. Se levantó.

—Estamos aquí, Malik.

Los bailarines regresaban a sus asientos, y les costó a Petula y Malik llegar hasta la mesa y saludar a sus amigos.

—Me alegro de que hayas venido, amigo —dijo Gopez—. Ya empezaba a pensar que no aparecerías.

—¿Cómo iba a faltar? —respondió Malik, mirando a su hija y notando que volvían a llenársele los ojos de lágrimas. ¡Cuánto se parecía a su madre esa noche!

—Parece que no falta nadie —dijo Gopez—. Supongo que habrás visto a Harry Khan. Ha estado bailando... con esa sobrina suya, ya sabes.

Malik miró alrededor. Sí, allí estaba Harry Khan, ahora sentado a una mesa con la chica y Sanjay Bashu, y otras dos personas que Malik supuso serían su madre y otro miembro de la familia. En otra mesa vio a algunos amigos y conocidos del paseo ornitológico. No logró ver a Rose Mbikwa, pero Joan Baker se levantó y se acercó al micrófono. Las voces se apagaron en el salón.

—Excelencia, damas y caballeros. La cena está servida en el bufé.

En el instante de silencio que sucedió a este anuncio, los que estaban más cerca de la ventana oyeron un portazo, seguido de una maldición y de un chasquido, y de otro portazo. Un minuto después entraba en el salón Tim Turnbull. Su chaqueta de vestir era casi tan vieja como su coche. De su brazo, enfundada en un vestido de raso azul oscuro y cubierta con un chal azul pálido, iba Rose Mbikwa.

Ni a Malik ni a Harry se les había pasado por la cabeza que Rose pudiera tener otro admirador. Que todos los años, durante los diez últimos años, Rose hubiera recibido la misma invitación. Que ésta nunca se formulara personalmente en el paseo de los martes, sino que llegara siempre por correo: el señor Tim Turnbull ruega a la señora Rose Mbikwa le haga el honor de acompañarlo al baile del Club de Caza de Nairobi. Y que ella se hubiera excusado todos los años con una nota amable. El asunto no volvía a mencionarse hasta que llegaba la siguiente invitación. Este año, por alguna razón, Rose había aceptado. Ni siquiera ella sabía por qué. Tal vez tuviera que ver con la operación y con que ahora veía las cosas mejor, diferentes. Tal vez tuviera que ver con Harry Khan y con las ganas de divertirse. Incluso tal vez tuviera algo que ver con Malik.

Le pareció a Malik que nunca había visto a Rose tan guapa. Se soltó del brazo de

Tim Turnbull para saludar a Joan y Hilary con un beso. Malik vio cómo la miraba Harry y cómo ella sonreía y le saludaba con la mano. La gente dejaba las mesas para acercarse al bufé. Rose recorrió el salón con la mirada, como si buscara a alguien. Cuando miró hacia Malik y sonrió, éste no pudo evitar volverse para ver quién estaba detrás de él. Rose se inclinó entonces hacia sus amigas, que habían vuelto a sentarse, y murmuró unas palabras antes de abrirse camino entre el gentío en dirección a Malik, sonriendo.

—Señor Malik —dijo—. Esperaba encontrarlo aquí.

—Señora Mbikwa. Creo que yo esperaba lo mismo.

—Tiene que disculparme, señor Malik —dijo Rose—. Prometo que no le alejaré demasiado de sus amigos o de su cena, pero... ¿tiene un momento?

Lo condujo hasta el vestíbulo y el mostrador de recepción, dejando atrás el bufé.

—¿Podría darme el paquete que acabo de dejar aquí, por favor?

El recepcionista le entregó una bolsa de plástico. Rose sacó algo de color azul, chamuscado y empapado.

—Hilary me dijo que había comprado unas entradas. Por eso pensé que tendría la oportunidad de devolverle esto personalmente. Es suyo, ¿verdad que sí, señor Malik?

Malik miró los restos de su cuaderno desaparecido.

—Es mío, señora Mbikwa. Pero ¿cómo ha...?

—Lo encontré en la puerta de mi casa. En Serengeti Avenue. Estaba en una hoguera, cerca de donde dejaron su coche el otro día. Al ver el pájaro en la tapa me pareció reconocerlo. Me imaginé que se caería del coche o que alguien lo tiró. Se ha chamuscado un poco, y está empapado. Lo siento. Estaba lloviendo. —Le puso el cuaderno en la mano—. No lleva su nombre, pero estaba segura de reconocer ese dibujo de la cubierta... de los paseos omitológicos. Supuse que le gustaría recuperarlo... Con todas esas notas.

—Sí, yo...

—Bueno. ¿Qué le parece si lo dejamos aquí a salvo, en recepción, y lo recoge cuando se vaya?

—Sí, eso es lo que haré. Gracias. Debo decirle, señora Mbikwa, que es un gran alivio haberlo recuperado. Más de lo que pueda imaginar.

Rose sonrió y lo miró a los ojos.

—Sí, me lo figuro.

En ese momento Milton Kapriadis levantaba la batuta para abrir la segunda mitad del baile.

—Ah, el *Vals de Viena* —dijo Rose al oír las primeras notas—. Era uno de los favoritos de mi marido. —Se inclinó hacia Malik, le posó suavemente una mano en el brazo y dijo—: Señor Malik... ¿O debo llamarle señor Dadukwa? ¿Le apetece bailar?

Y así, con la música de Milton Kapriadis y sus Safari Swingers dejamos el baile del

Club de Caza de Nairobi. En la pista del Hotel Suffolk, Malik tiene en sus brazos a la mujer de sus sueños, que le sonríe casi con ternura. Si en ese momento no es el hombre bajito, gordo, calvo y moreno más feliz del mundo es que yo no sé lo que es la felicidad. Lo vemos mirar a su hija Petula, que también está en la pista. Con su sari escarlata y dorado, está más guapa de lo que jams lo estuvo su madre.  Y no es el prometido de la sobrina de Harry Khan con quien baila Petula? Se miran a los ojos, y los dos parecen también muy felices. Harry Khan y su sobrina Elvira se han sentado con los amigos del Club Asadi, y seguro que Harry les está contando un chiste porque todos se ríen. Igual es una anécdota de Bill Clinton, o de las mujeres de sus franquiciados. Espero que no esté contando cómo se ganó Malik ese apodo en el colegio, porque yo no pienso hacerlo.



Nicholas Drayson, naturalista y novelista, nacido en Inglaterra. Vive en Australia, donde es asesor del Museo Nacional para la adquisición de ornitorrincos. Su primera novela, *Confessing a Murder* (2003), fue aclamada por la crítica en Inglaterra y Estados Unidos y elegida uno de los libros del año.

Notas

[1] Puro, correcto o apropiado. Conjunto de las prácticas permitidas por la religión judía. [Todas las notas son de la traductora]. <<

[2] Lo mismo en la religión musulmana. <<

[3] El mecanismo que se emplea para levantar el coche recibe en inglés el nombre de *jack*. <<